EL CONFESONARIO

40559

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Establecimiento tipográfico de M. Núñez Samper
Martín de los Heros, 13.—Teléfono 993.

Al distinguido jurisconsulto señor don Juan López Díez, por amistad y por identidad de ideas acerca del asunto de esta trilogía, dedica EL CONFESONARIO

El Autor.

EL CONFESONARIO

I

El sacristán acababa de abrir las puertas del templo.

Era muy de mañana, y había helado bastante aquella noche.

Por delante de la iglesia pasaban las gentes madrugadoras, que lo eran por obligación: las mujeres, arrebujadas en gruesos mantones de lana, cubierta la cabeza con el pañuelo de seda de colores, y amoratado el rostro por el frío; los hombres, resguardando el aliento con el embozo de viejas capas ó la molesta lana de la bufanda; y los que iban á cuerpo, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón ó de la chaqueta, pisando fuerte, pateando con los gruesos zapatones, para que entraran en calor los pies.

A semejante hora transitan por la calle los obreros, que se dirigen unos al taller y otros al

andamio con apresurado andar, y todos ellos balanceando á cada movimiento, colgado de la muñeca, en el brazo, por el atado de las cintas, el saquito de lienzo crudo, dentro del cual va la tartera de hoja de lata con la dorada tortilla y la rebanada de pan que han de ser su frugal almuerzo.

Se detienen algunos delante de los puestos de *café económico;* entran en grupos en la recién abierta taberna á beber una *bala rasa*, prefiriendo los más cuerdos un vaso de vino á la dañina dosis de aguardiente.

Discurren por entre estos alegres grupos, se encuentran, y, al cruzarse con ellos, tienen que soportar una descarga cerrada de chicoleos, piropos y atrevimientos de palabra y obra, modistillas, costureras, sastras, ribeteadoras, operarias de la fábrica de tabacos, mientras que las cocineras salen también de los portales, cesta al brazo, puesto su vestido de lana, desecho que les regaló la señora, bien untado el pelo con bandolina, encaminándose á la *plaza* para hacer la compra y dejarse hacer el amor por los *alfonsos*, cuya fidelidad tienen alquilada al precio de una cajetilla de picado, el desayuno y hasta un par de reales para el bolsillo, producto de sisas hechas en reparación y como

venganza de los celos que se toman y dan *por mor de las pesadeces del señorito.*

En mesas de pino, cuya blanquísima veta acusa la monomanía de la pulcritud, el roce diario con el estropajo y la arena, mesas que á la vez sirven de mostrador y de escaparate, se despacha la mercancía de buñuelos y leche, esta última trasvasándose á los cacharros del comprador desde las grandes cántaras de zinc, relucientes como la plata, y aquéllos enristrados en flexibles y lustrosos juncos.

Por en medio, por el arroyo, discurren hombres y mujeres harapientos, la miseria de las grandes ciudades, esa *última capa social* que no tiene capa para cubrir su casi desnudez, removiendo afanosa los montones de basura, disputando á los perros el hueso y el mendrugo emporcados y mal olientes, por todo lo cual tiene el carácter más degradado su lucha por la existencia, en la que, de una parte, hay golpes y blasfemias, y, de otra, ladridos y dentelladas rabiosas.

A veces, la reyerta entre perros sin amo y vagabundos, se interrumpía al aparecer anunciándose de antemano con alegre sonar de innúmeras campanillas, las burras de leche recorriendo la calle en precipitado y menudo trote

dando una carga, ante la cual era preciso ceder y apartarse, reanudándose después de esto la asquerosa rebusca, hasta que el persistente repiqueteo y la baraúnda con que llegaba, atronándolo todo, el carro de la limpieza pública, con su séquito de barrenderos, los dispersaba, llevando más allá, á otra callejuela, sus repugnantes proezas.

Todo lo envolvía la niebla proverbial del amanecer madrileño, niebla que iluminaba el sol cuya salida revistió los caracteres de casualidad y acontecimiento en aquel invierno lluvioso; y se veía la lucha de los rayos de luz intentando penetrar por resquicios y junturas, para despertar con enojo á los durmientes, á quienes protegían lo herméticamente cerrado de los balcones y las fachadas de las casas altas, inmobles, en línea, á lo largo de las aceras.

Dijérase que contra el ataque de la luz, con cada manzana formaban el cuadro los edificios.

El sacristán continuaba en el atrio.

A la izquierda, conforme se salía del templo, y como á unos cincuenta pasos, veíase una casita baja, de dos pisos, y en cada uno de ellos un solo balcón, cerrado más que los de las casas restantes, acusando con esto la escrupulosidad con que atienden á evitar los rayos de la luz diurna los que por trasnoche y mala vida quieren dormir hasta la tarde.

Nuestro individuo fijó en aquel punto una mirada, en que se vió la expresión de grandes rencores. *Aquello* era un lupanar. Entre el servidor del templo y la casita mediaba un odio á muerte. Y como si la mancebía, adivinando la presencia de su enemigo, quisiera contestar al reto, abrióse el portal, y en él apareció una vieja desgreñada, sucia, horrible, que miró hacia la iglesia; y viendo bajo el pórtico la figura del acólito, sonrió, enseñando lo húmedo, oscuro y cavernoso de su boca desdentada.

Bastóle al de la sotana con esta mueca para girar sobre sus talones y correr á refugiarse en el sagrado recinto.

No había en la iglesia devotos. Era temprano aun para las mismas beatas de esas que pasan el día comiéndose los santos.

En el presbiterio, dos monaguillos, el uno con la escoba y el otro con los zorros, estaban armando una polvareda espantosa.

El ministro se acercó al que barría, que estaba cumpliendo su cometido con sobra de pereza, y sin pronunciar palabra alguna, le alcanzó con un soberbio pescozón.

—¿Por qué me pega usted? ¿Yo qué hago?— gritó el arrapiezo, volviéndose con el coraje sentido al recibir el golpe, y fijando en su corrector una mirada que metía miedo.

—Por eso, porque lo que tú haces es *hacer que hacemos*.

Y como siguiera el monaguillo sin bajar la vista, levantó de nuevo airadamente el brazo.

—¡Descarado! ¡Insolente! ¡Granuja!

—A mí no me insulte usted. Usted no es quién para pegarme—replicó el chico, poniéndose con premura fuera del alcance del puño amenazador.

Pero el otro bajó la mano, y, sin mostrar lo que se encolerizaba, siguió andando hasta el altar. Encaramado y puesto de pie sobre los mantelillos, el otro muchacho, el de los zorros, como poseído de un frenesí, daba una buena de disciplinazos á la imagen del altar, que era un Cristo de talla, magnífica pieza, regalo hecho á la iglesia por uno de sus celebrantes.

El sacristán dirigió la palabra al que estaba en los altos.

—Ya está bien; no levantes más polvo. Bájate de ahí; coge otra escoba, y ayuda á este haragán á ver si entre los dos despacháis antes.

Y aunque no había esta vez motivo para ello,

como estuvieran á tiro de dedos las pantorrillas de este chicuelo, propinó en ellas un pellizco á la diligencia, tan doloroso como el pescozón antes adjudicado á la pereza. Hecho lo cual, el tremendo acólito se alejó por una puertecilla del mismo presbiterio, camino de la sacristía.

Los dos monaguillos quedaron solos, comentando el caso, echando pestes contra su corrector, y poniendo en práctica la máxima y consejo popular de que «cada uno se rasca donde le duele».

Era una iglesia hermosísima. Misterio y símbolo había por todas partes: en el coro cerrado como el Santo de los Santos; en su forma de nave; en el altar mayor mirando hacia Oriente, según la recomendación del Papa Virgilio; en todo, hasta en sus cuatro dimensiones, en que están simbelizados los cuatro sagrados Evangelistas, cuya voz se oyó en las cuatro partes del orbe, como canta nuestra Madre en e oficio de los Apóstoles.

Longitud, latitud, altura y profundidad, eran equivalentos á las virtudes cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y á las otras tan estimadas de la Majestad divina, que son:

paciencia, caridad, esperanza y humildad, de todas las cuales estaba adornada la brillante medida de oro con que el ángel que vió San Juan en el *Apocalipsis* del Señor medía, lleno de gozo, la celestial Jerusalén.

Una galería central y dos laterales, y en éstas se veían las capillas por entre las macizas columnas. Mucha sombra y poca luz, porque esta última, cuando quería penetrar por los vidrios de colores de las altas ventanas, encontraba siempre un cortinón que, corriendo por las varillas con estridente ruido, la cerraba el paso.

En la torre, cuyo capitel representa la vida y el entendimiento del Prelado, había el signo del priorato, que parece la tosca ℒ del gótico primitivo; y mientras que sobre la veleta estaba la cruz, dando á entender que en todo aire, próspero ó adverso, hemos de tener la cruz sobre nosotros, el signo de redención y de martirio denotaba también ser aquélla la casa y palacio de Cristo, casa de oración, casa de contemplación, escenario á propósito para que se representara allí todos los días la inmortal tragedia del Calvario.

Rodeando la base de las pilastras, y al pie de la escalerilla por donde el sacerdote subía al púlpito, se amontonaban las sillas y reclinatorios; los ruedos de estera estaban dispersos por el suelo; la luz de las lámparas abrillantaba el barnizado rostro de las imágenes; colgaban exvotos curiosísimos en las paredes de una capilla, que era la del Cristo de la Salud, y se veían apenas en los rincones más obscuros los confesonarios. El polvo que levantaban los dos monaguillos olía á incienso, y formaba nubes rastreras en el presbiterio.

Allí, en los días más calurosos de verano, debería ser muy agradable sentarse para disfrutar del fresco. Ahora, en invierno, hacía frío, un frío intenso, y se notaba algo de humedad nauseabunda, como la que debe haber en los sepulcros.

Y es que hubo allí cadáveres enterrados al pie de los altares en los tiempos en que tales hechos permitió la ignorancia unida al fanatismo.

Respecto á quién hubiera sido el arquitecto, la tradición era una conseja que lo suponía construído en una sola noche por el diablo.

De todos modos, una obra admirable.

Aquel edificio, centro de la vida religiosa, donde, según el signo de la torre, hubo en no lejano tiempo prior y monjes, combinaba sus líneas rectas y curvas, paralelas y horizontales, para producir en el ánimo la impresión de lo

respetable y de lo grandioso, buscada y encontrada felizmente por el artista.

El simbolismo de la religión católica, simbolismo de que están llenas las páginas de la Biblia y del Evangelio, y que la liturgia derrama en todas sus oraciones, en todas sus ceremonias y en los objetos mismos destinados al culto, había sido la inspiración que dió al ignorado artífice su programa, sus planes y su ornamentación, dirigiendo las líneas y las proporciones, prestando un significado á cada piedra, revistiendo de poesía, en aquel y en todos los templos, los pórticos, las bóvedas, los arcos y las torres, dando un poder divino á las campanas, transfigurando y espiritualizando toda la naturaleza.

Todo objeto visible representaba allí cosas invisibles; todo lo que era y había salido de la tierra servía para recordar cosas del cielo; porque «la Iglesia material es figura de la Iglesia espiritual de Cristo, que fué edificada sobre el plano de la Cruz», y cuyas piedras vivas son las almas, sus pilares los Apóstoles, sus torres los prelados y predicadores, sus puertas son las tres divinas Personas, en cuyo nombre se entra en ella, y las luces de las ventanas son los dones del Espíritu Santo, que bajan de lo alto.

No se sentía allí la admiración que se experimenta al ver las imponentes moles de los templos de la India y del Egipto; ni el encanto que produce la arquitectura griega, resumen, compendio y perfección de la oriental pureza de líneas, elegancia de proporciones y buen gusto de formas; no como cuando se penetra por entre largas filas de esfinges en los monumentos del panteísmo indio, y se llega á los grandes salones de Isamboul ó de Karnac, sentíase vértigo y confusión en las ideas, á presencia de la multitud de figuras simbólicas, ni como en la estrecha *cella* del templo griego, acometía el deseo de dejar la estatua en su soledad para ir á respirar más libremente bajo el pórtico, ¡no!

Allí el hermoso idioma del arte no tenía palabras, ó tenía muy pocas, para los sentidos, y la gran riqueza de su lenguaje hablaba toda al espíritu. Allí la belleza era interna.

Allí la belleza era la de aquel Nazareno, cuya santa desnudez devolvió al mundo el sentimiento del pudor; sus carnes flageladas brotaron sangre, y la sangre, al humedecer la tierra, hizo florecer como lirios regados aquellas vírgenes que, en medio de los tormentos del martirio, cantaban como Inés este cántico nuevo de la mujer cristiana:

«Yo amo á Jesucristo, y yo seré su esposa. Su

amor me hace casta. He gustado la miel y la leche de sus labios, y por ese alimento celeste, su carne está unida con la mía, y su sangre da color á mis mejillas.»

Lo plácido era allí íntimo; lo bello, ideal; el arquitecto, como Dios, habíalo dispuesto todo con número, peso y medida, combinando las distancias, regulando la perspectiva y distribuyendo la luz de manera que resultara la unidad, el orden, la conveniencia, la armonía, la paz, la variedad y la claridad. Eran aplicables á este sagrado sitio, más que á otro lugar alguno, las célebres frases de Montaigne:

«No hay alma tan endurecida que no experimente un sentimiento de reverencia y de respeto al considerar la grandiosidad de nuestras iglesias, la diversidad de ornamentos, el devoto sonido de nuestros órganos y la armonía pausada y religiosa de nuestro canto.»

La forma ojival, cuyo carácter dominante es el arco quebrado, era la arquitectura de este templo; y por aquella forma, la piedra imitaba la naturaleza, tenía algo del cruzamiento de las ramas y de la augusta sombra de nuestros bosques; y siendo iglesia de esta villa y corte, estamos propensos á considerar en él la ojiva como una importación oriental que, según algunos arqueólogos, procede de las Cruzadas, y acaso para nosotros de los árabes que invadieron nuestra patria.

La basílica romana, tipo de la iglesia por excelencia, encuentra en la arquitectura ojival su más completa forma, la más expresiva para el cristianismo.

Construída la iglesia con bóveda perfecta, empleáronse arcos de piedra para sostener las aristas ó esquinas de esta bóveda, y las líneas curvas, cortadas en ángulos rectos, daban en geometría y en perspectiva todas las variaciones del arco triangular.

Si este arco se coloca bajo el cielo de una iglesia abovedada del siglo XII, se obtendrá el mismo efecto de óptica que bajo el de una iglesia ojival. La línea que cortase el movimiento ascendente de las demás daría el arco doble que separa los tramos.

Ese arco doble en plena bóveda se quiebra poco á poco, primeramente en el arco triunfal del crucero, y después en los arcos de la nave principal, ya sea como medio de construcción para aminorar el empuje de las bóvedas, ó ya como un medio de armonía y de unidad, por razón de que el arco quebrado se aviene mejor con el cruzado de las ojivas.

El arco quebrado se superponía también allí

al abovedado perfecto que separaba la nave principal de las laterales, de igual manera que se colocaba en otro tiempo el orden jónico sobre el orden dórico, porque lo que sirve de apoyo debe ser más sencillo y más fuerte que lo que está sostenido.

Estas dos formas diferentes, sin destruir la unidad, presentaban, como efecto de óptica, una apariencia de disminución en las dimensiones de las columnas y la sensación de una altura mayor.

Aquel conjunto de líneas ascendentes elevábase al cielo como una plegaria, multiplicaba el espacio, producía maravillas de perspectiva, mientras que la escultura, casta y bella también, como su hermana, uniéndose á la piedra, se apoderaba de los capiteles, corría por las cornisas, por los aristeros á lo largo de las columnas, esculpiendo lo que había encontrado en los bosques y en los campos, la hoja orgullosa del acanto, ó desechando ésta para *enaltecer á los humildes*, dando preferencia á las plantas y á las flores más pequeñas, á los helechos, á las celidonias, el geranio, la hiedra, la vid y la rosa del agavanzo, cuya precisión de líneas se armoniza perfectamente con la arquitectura; y aparecían también, medio ocultos y combinándose con el follaje, los animales simbólicos de la fábula, dejando cada uno su moraleja, una enseñanza, y á veces una sátira, componiendo esos monstruos híbridos en que están representados los demonios y los vicios, esos espantables dragones cuya cabeza quebrantan los santos con el callo de sus pies, y esas serpientes sobre cuya viscosa piel dejan su huella breve las inmaculadas plantas de María.

Allí estaba, en fin, la escultura que desde el triunfo de Constantino se dedicó á decorar con bajo-relieves los sepulcros de los cristianos y de los mártires, y reprodujo en ellos las composiciones de las catacumbas, que los artistas llevaron hasta los sagrarios de marfil donde se guarda el pan eucarístico; allí estaba en la ornamentación misma del mueblaje, en la fuente bautismal, en el púlpito, en las urnas, en todo lo que era del servicio del templo, en el coro de forma cerrada y en las mismas sillas de éste, en sus antepechos y en sus misericordias.

De todas las de Madrid, era indudablemente la iglesia que contaba con más obras de arte.

En pinturas, el asunto principal era Jesucristo, su vida y su doctrina, sus milagros, su pasión, su muerte, su resurrección, su Iglesia y sus promesas. Él era allí unas veces el nuevo Adán, que reparaba en el árbol de la cruz los daños

del pecado original; el verdadero Isaac ofrecido en sacrificio; el Moisés de la ley de amor; la piedra de que brota el agua de vida eterna; el hombre de dolor, como Job; el vencedor de Goliat, como David; el pez de Tobías dando vista á los ciegos; Jonás arrojado al mar por salvar á todos, y Elías subiendo al cielo y dejando á su discípulo Pedro el manto de su poder y la infalibilidad de su doctrina.

Por los vidrios de colores llegaba al templo la luz del cielo, á través de las imágenes y vidas de los santos pintadas en ellos. Eran transparentes. También había allí simbolismo.

Aquellos profetas, aquellos apóstoles, aquellas vírgenes y mártires habían sido en otro tiempo los encargados de transmitirnos, con la transparencia de sus virtudes, la divina luz que Nuestro Señor vino á derramar sobre la tierra.

Aquello era la basílica primitiva, engrandecida, perfeccionada y transfigurada. Se acentuaba la cruz del tránsito; quedaba el coro aislado, como el Santo de los Santos; las capillas irradiaban el altar, coronando la cabeza de Cristo; todo convidaba al recogimiento, á la oración dicha en voz baja, á doblar la rodilla y hundir la frente en el polvo; el ánimo quedaba embargado al sentir lo augusto; y cuando desde alguna elevadísima ventana bajaba un rayo de sol, en el polvo de oro de aquella faja de luz parecía leerse la inscripción del mosaico del *Triclinium* romano, las primeras palabras que oyeron los hombres cuando el Señor se apareció en carne humana: *¡Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis!*

El cántico de los ángeles. ¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Es á la vez templo y palacio, la importantísima concordia del trono espiritual y del trono temporal. Cristo vence, reina é impera; y dijérase una aparición en la cúpula del ábside, rodeado de sus Apóstoles, siendo el Cordero victorioso que domina el mundo, brotando de sus pies los cuatro ríos del paraíso terrestre, mientras que los ciervos corren á extinguir su sed en las aguas del Evangelio, y la Virgen Madre recibe los honores que le son debidos, cuando su Hijo la corona por Reina de los ángeles y de los hombres. Los mártires salen entonces de sus sepulcros y celebran el triunfo de Jesús. Digámoslo otra vez: *¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*

II

Los monaguillos acabaron de barrer el presbiterio y se encaminaron á la sacristía. Podían ir sin miedo á pellizcos y pescozones, puesto que no se encontrarían á solas con el acólito, y, por tanto á su merced. Además contaban con la decidida protección del colector de la parroquia, hombre muy aficionado á los chiquillos.

Apenas entraron, vieron á tres ó cuatro sacerdotes en los vestidores, y al padre Fermín, que les propinó un cariñoso tirón de orejas.

—¡Hola, monicacos!

—Buenos días, señor colector—contestaron alegremente con sus vocecillas atipladas.

Con el bueno de D. Fermín tenían cierta familiaridad, y gustaban de sus bromas.

En cierta ocasión se rieron mucho porque el padre hubo de decirles que el salir revestido el sacerdote de la sacristía públicamente, representa, según la liturgia, la salida del

del vientre virginal de Nuestra Señora.

Desde entonces, ambos pilluelos llamaban á dicho lugar «el vientre de la Señora»; y cuando había mucho culto, exclamaban, soltando la carcajada ó guiñando los ojos picarescamente:

—¡Hoy está el vientre de parto continuo!

Por más que el cargo de *colector de misas y entierros* es, según el derecho canónico, anejo al de cura párroco, pudiendo este último nombrar para tal desempeño al sacerdote que estime conveniente, y por el mismo derecho removerle; esto no rezaba con el padre Fermín, que estaba nombrado por el Ordinario, por lo que el párroco tenía que limitarse á exigirle que cumpliera las obligaciones que le señalaban el título y costumbre de la parroquia, así como también obligación de que participase de aquellos emolumentos y derechos indicados en el título, arancel y hábito legítimo de la Iglesia.

Téngase en cuenta que el sacerdote nombrado colector de misas no tiene, por razón de tal nombramiento, derecho ninguno, ni tanto por ciento, nada absolutamente de los estipendios que pasan por su mano, según se ordenó en varias bulas de Benedicto XIV, sino que debe hacer que se celebren tantas misas cuantas ha

recibido; de manera que si recibe, *verbi gratia*, ocho mil reales para sacrificios, debe entregar mil estipendios á ocho reales cada uno, sin retener para sí ni un solo céntimo por ningún concepto; pero como hace un trabajo, es justo, según los liturgistas, que reciba alguna recompensa, y ésta no puede ser sino la dotación que le señale el Gobierno ó la participación que le conceda la costumbre de lo obvencional.

Esto del estipendio de la misa es cosa antiquísima, siempre admitida por la Iglesia, en especie ó en metálico, directamente al templo para mantener el culto y dar socorros á los pobres, ó directamente á los sacerdotes que han de aplicar el santo sacrificio.

En cualquiera de estas formas es legítimo; porque, como dice San Pablo, «los que al altar sirven, con las cosas del altar se alimentan». Pero debe atenderse, sin embargo, á que no es el precio de la misa, lo cual sería simonía, sino *una limosna* que se da al sacerdote para su sustento, bien que como limosna *no se admite si baja* del *mínimum*, y aun no puede ser este mínimum el mismo en toda la Iglesia, porque el valor del dinero no es igual ni en todos los tiempos ni en todas las partes; con lo cual, habiendo fijado los obispos la cantidad menor, los fieles pueden, si

quieren, dar otra mayor, y los sacerdotes no pierden nada con tomarla; pero el obispo les prohibe celebrar por menos estipendio del señalado, y hasta impone penas á los que no se atengan en este punto á lo prescrito por la ley. La Sagrada Congregación explica esto, porque, bajando como por puja el estipendio, *quodammodo viliscere Missæ Sacrificium.*

Justo es decir que el sacerdote practica la pobreza y la humilcad en este asunto aceptando la limosna en plata acuñada y en la cantidad que él mismo fija al corazón caritativo, el cual no puede ejercer la caridad, ni es aceptada como virtud, si por carencia de más quiere socorrer con moneda de cobre.

Un tan gran filósofo como Santo Tomás se encargó de decir con toda la sutileza de su ingenio:

«*Sacerdos non accepit pecuniam, quasi pretium consecrationis Eucharistiæ, hoc enim simoniacum; sed quasi stipendium suæ sustentationis.*»

Sea de ello lo que fuere, el caso es que don Fermín vivía bien, gastaba mucho y era el ídolo, no solamente de cuantas beatas iban á la parroquia, sino de sus colegas los señores sacerdotes adscritos, á quienes tenía el difícil arte de dejar siempre contentos y bien *socorridos, esti-*

pendiados, etc., sin que por ello se disgustara el reverendo cura párroco.

Lo que era sombra en la iglesia era luz en la sacristía, luz clarísima, que alegraba el ánima y dejaba ver el polvo en los dorados marcos de las cornucopias, las telarañas en el techo, todos los descuidos del sacristán; el local estaba entarimado; y como si esto no bastase para el abrigo, grandes zaleas amarillas y rojas veíanse de trecho en trecho.

Había escupidores de metal llenos de espliego, y hasta cuatro hermosos braseros, en que se amontonaba el orujo y que mantenían el interior á buen temple.

«El vientre de la Señora», como decían los monaguillos, era siempre lugar de hablillas: formábanse grupos, y el colector, amigo de murmuraciones y de quitarse el frío, iba con frecuencia de uno en otro, atizando el fuego de los braseros y el de las conversaciones en voz baja, poniendo de su cosecha alguna que otra historieta acerca de tal ó cual colega ausente ó de algún feligrés de todos conocido. Esto no lo hacía para evitar que su propia vida privada fuese también objeto de muy lindos ccmentos,

pues que no valían allí sus tretas y disimulos para tener la reputación á cubierto de cualquier ataque. Pero, en puridad, importábale muy poco, y cuanto pudieran decir de él no era tan grave como lo que nuestro colector sabía de todos y cada uno.

En los días de misa solemne, el padre Fermín sonreía mirándolos revestidos y celebrando en el altar mayor. ¡Sí! ¡Sí! ¡Buena colección de p.... se reunía en el presbiterio! ¿Que él tenía una sobrina muy guapa? ¡Bah! Ninguno podía probar que aquella mujer flamenca hasta la petenera y el *zapateao* no era sobrina suya. Y en cambio, él, el padre Fermín, desde el preste hasta el turiferario y ceroferario, pasando por el diácono y el subdiácano, podía contar de todos ellos bonitas hazañas, realizadas con sobrinas y no sobrinas, ó con las mismas penitentes.

Él podía contarlo, y también Carponto, el sacristán; sólo que éste último, por la inferioridad de su grado en la Iglesia militante, se guardaría de hacerlo, por buenas ganas que se le pasaran, no de dar suelta á la lengua, sino á las manos (que ya sabemos eran muy largas), para emprenderla á mojicones y azotainas con sus superiores jerárquicos.

Este Carponto era un ser terrible, que, en

fuerza de estar al servicio del templo, había llegado á figurarse que era cosa suya; fenómeno y caso nada extraño, pues acontece de igual modo en la vida mundana, que, en realidad, quien más disfruta del coche es el cochero, y así es en todas las servidumbres; de donde resulta que en un principio es el cuidado de la propiedad ajena obligación retribuída, y, como obligación, se cumple á disgusto; hasta que, viendo el usufructo en estos mismos cuidados, y hallando reciprocidad de servicios en la cosa que se sirve, llega á considerarse como propia.

Pues bien: Carponto era así, y pensaba de esta suerte. El templo como casa, no sólo era la de Dios, sino la suya. Allí vivía. Dios no era huésped molesto; los santos cada cual tenía su capilla, es, á saber, su habitación; pero los sacerdotes... ¡Oh, los sacerdotes! Si no hicieran más que cumplir con su deber, enhorabuena; ¡pero lo que hacían! Eso no había paciencia que lo aguantara. Lo dijo una vez:

—Que entren, que celebren, que prediquen, que confiesen, y nada más. ¡Pero no quiero escándalos en mi casa!

Llegaron á tenerle miedo, llegó á imponerse á sus amos, como suele acontecer con algunas cocineras de mal genio. Procuraban mimarle;

solicitaban su sonrisa, buscaban su halago, y Carponto extremó el laconismo de palabras contestando á las de cariño con un gruñido de bestia montaraz.

Otras veces era peor. Solía interpelar bruscamente á cualquiera de ellos, cuando se encontraba á solas con él en alguna nave desierta, ó en el corredor que daba acceso á la sacristía.

—¡Padre Servando!

—¿Qué ocurre, hijo mío?

—Ocurren muchas cosas. También he tenido que limpiar hoy el confesonario de usted. ¡Cuándo será el día!...

—Pero, hijo, ¿yo qué culpa tengo de que las cosas se llenen de polvo?

—Polvo, ¿eh? Eran manchas; manchas, en el suelo.

Las mejillas del padre Servando tomaban el color rojo cereza; apresuraba el paso, procuraba apartarse del acólito con verdadero afán, é íbase balbuceando:

—¡Qué remedio tiene! Yo escupo mucho. ¿Hay culpa en esto?

Mientras que Carponto refunfuñaba en un aparte de teatro, es decir, con voz que llegaba perfectamente á los oídos del fugitivo:

—¡Si yo fuera el párroco! ¡Ya veríamos! ¡Yo

pondría remedio! No está mala saliva. ¿Habráse visto?

Era nuestro sacristán, en su aspecto visible y corporal, la vera efigie de Don Quijote.

Todo él fibra y huesos. Un manojo de nervios y un depósito siempre lleno de bilis. Tenía los dedos largos y delgados como latiguillos; las uñas mal cortadas y siempre sucias, ribeteadas de negro. Se afeitaba cada ocho días, los domingos; de manera que el sábado, por tener áspera y ruda la barba, como cerda, parecían sus carrillos acericos cuajados de alfileres. Las cejas muy espesas, y tanto, que se las pudiera peinar, á transigir Carponto con semejante detalle de aseo. Él mismo se cortaba el pelo al rape, y llevaba, por ende, la cabeza llena de trasquilones. Su sotana era la más raída, y exponíase en las negruras del paño una curiosísima colección de manchas de cera, de aceite, de polvo de ladrillo que no se sacudía, hasta de barro. Aquella prenda jamás conoció el cepillo; y en cuanto á los rotos y descosidos, como Carponto vivía solo, él mismo los repasaba con grandes y caprichosas puntadas hechas con hilo blanco, y después de hechas disimuladas por medio de la tinta.

Olía el sacristán á hombruno, á sudor, á qué sé

[illegible] cuantas cosas, contra las cuales era ineficaz [illegible] incienso como desinfectante, siendo estos [illegible]ores tales y tan fuertes, que hubo quien aseguró que por donde pasaba iba enrareciendo la atmósfera.

Siendo Carponto el odio y la intolerancia personificadas, hacía, no obstante, dos valiosísimas excepciones. Eran éstas el colector y el padre Román, contra los cuales jamás arqueó sus cejas, lanzó miradas furibundas, ni salió de su garganta aquel gruñido de jabalí que se acula en los jarales. Es más: yo creo que el D. Fermín era el domador de aquella fiera; y en cuanto á Román, no necesitaba domarla, teniéndola sometida y encadenada por lazos de un extraño cariño que sintió Carponto al verle desde el primer día.

Román, con su gran figura de arcángel, su majestad de movimientos, su hermosa cara, su apacible acento, que penetraba y conmovía dulcemente, era para nuestro acólito el tipo acabado y perfecto del sacerdote católico. Se complacía en servirle; las vestiduras de Román eran las más cuidadas; su cáliz, el mejor; y cuando se preparaba para celebrar, ayudábale él mismo, honor que difícilmente concedía Carponto á los demás presbíteros, y que á regañadientes cumplía por deber con el mismo cura párroco. Tole-

raba de Román lo que jamás toleró de nadie. Una vez, como el sacerdote se sintiera molestado, quizás hasta la náusea, por el mal olor que despedía aquel cuerpo humano, hubo de recordarle lo que dijo Isaías:

—«Estad del todo limpios, vosotros que lleváis los vasos del Señor.»

Y desde aquel día, Carponto no se lavaba las manos, pero se limpiaba las uñas con un naipe.

A Román llamábale, para mayor consideración, por el apellido; y así como al de las manchas famosas le decía padre Servando á secas, si alguien preguntaba por el «padre Román», corregía inmediatamente: «¡Dirá usted el padre Acebedo!»

Cuando los murmuradores de la sacristía hablaban de ciertos pecadillos, y recordaban no sé qué historias acerca de la hermana de Román ó de la sobrina de D. Fermín, tenían muy buen cuidado de que el acólito no lo oyera; y la buena opinión en que para éste privaban ambos sacerdotes se condensaba y sintetizaba en la siguiente frase:

—¡Son dos benditos, cada uno en su género!

Del colector decía: «No roba.» Y del padre Acebedo: «Es el que cumple mejor sus deberes de celebrante, y, además, el mejor de todos nuestros confesores.»

En esto último no se equivocaba, á juzgar por el crédito de que Román disfrutó entre los feligreses desde el primer día que se sentó en el tribunal de la penitencia, para lo cual, según pública voz, *tenía mucho ángel.*

¡Oh! Carponto, el mismísimo Carponto, se confesó con él, y recordaba siempre el dulce acento con que Román le acogió, la caridad con que le alentó á declarar sus culpas desde el principio. Al verle arrodillado, como si no lo conociera por tal sacristán, sino como lo que entonces era, como un penitente, he aquí lo que le dijo:

—Dad gracias al Señor, que os ha esperado hasta ahora y os trae hoy aquí: consoláos; la paciencia que ha tenido es una prueba de que quiere salvaros. Así, pues, valor; yo os ayudaré, hijo mío; por más que os haya sucedido, con la gracia de Dios lo remediaremos todo. Hablad, pues, con santa confianza.

¿Y aquel varón era el hombre de quien se decía que si con su hermana?... ¡Imposible!

Aquel era un nuevo San Alfonso de Ligorio, según Carponto.

III

Sí. Con su hermana, con su misma hermana. Nuestro acólito podía negarlo rotundamente, incomodarse muy de veras, cuando llegó, por fin, á sus oídos; amenazar á todos con declarar cuanto él sabía de cada uno de estos calumniadores. No calumniaban. Era cierto. Aquel confesor tan admirable, que tenía palabras cordialísimas, que solía decir: «¡Oh! ¡Cuán querida es para mí tu alma con todo lo que me ha declarado! Los ángeles ahora se regocijan y celebran con fiestas esta acción, y yo te felicito con ellos; pero debes prometer á Dios no volver á caer, y á mí también», tenía también una gran tolerancia, que era muy reveladora de sus propios delitos, sobre todo cuando alguno tenía reparo en confesar sus pecados por vergüenza ó temor.

Entonces le inspiraba confianza, exclamando:

—*¿No soy acaso tu padre?*

Y esto lo repetía hasta que dijeran: *Sí;* y luego añadía:

—¿No es verdad que quieres decírmelo todo? Dios espera que desahogues tu corazón; tiene los brazos abiertos para recibirte. ¡Mira, yo ocupo el lugar de Dios! ¿Y tendrás vergüenza de mí? *Pero fuera de aquí soy un pecador; y aunque hayas hecho todos los males del mundo, no me causará extrañeza.*

¡Extrañeza! No. El sacerdote incestuoso no podía sorprenderse de nada. Los mayores delitos contra la ley divina eran pecados veniales comparados con el suyo. Él era por eso el confesor más buscado, el que no causaba males por el rigorismo, sino por la laxidad.

Tenía facilidad de absolver como juez á los que no venían dispuestos, por lo que los mantenía en sus malas costumbres, quedando, por lo tanto, sin cumplirse una porción de obligaciones graves y urgentes de restitución, reconciliación y reparación de escándalo.

De esta manera llegaba á ser para aquellos tristes penitentes, no sólo inútil, sino hasta sacrílego el uso de los dos sacramentos más grandes: la confesión y la comunión.

¿Qué cuenta no tendría que dar á Dios por tal conducta, y qué dolor para la Iglesia el saber

que de tal laxidad provienen los gemidos de los buenos y el triunfo de los impíos y herejes, que se valen de tan deplorable descuido para negar los unos la eficacia y los otros hasta la existencia de la confesión?

Los mismos infieles, viendo la corrupción de estos cristianos, puntuales, por otra parte, en frecuentar los sacramentos, pierden todo el aprecio á la religión y rehusan abrazarla.

Carponto no sabía que el confesonario del padre Servando, lleno de viscosidades y de abominación, era, sin embargo, más acepto y grato, como tribunal de justicia, que aquel otro de Román, colocado en sitio visible, siempre limpio y sin mancha, en el cual, satisfecha la carne con el incesto, aun cuando el incesto no se había consumado más que una sola vez, no se notaba que el sacerdote durante la confesión tuviese vencimiento por no saber guardar los sentidos, exponiéndose á las tentaciones más peligrosas al fijar la vista en las personas de otro sexo, y olvidando el sabio precepto de que, en general, sobre cualquier asunto con las mujeres se necesita, en el tribunal de la penitencia, *sermo brevis et austerus*, sin omitir nada de lo que es necesario para su bien, pero evitando con sumo cuidado las conversaciones largas, aunque sean de la vida espiritual; porque es demasiado fácil que en estas pláticas prolijas, cuya necesidad no constituye un deber, entre alguna afición menos pura, y se pierda mucho más de lo que se gana. El que lo sabía todo era el padre Fermín, el otro ídolo de Carponto, porque el colector y Román vivían en dos pisos de la misma casa, y habían llegado á intimar de tal suerte, que no se separaban ellos y ellas más que á la hora de recogerse.

El colector y su célebre sobrina, la que iba siempre á la iglesia llena de perifollos y oliendo á perfumes ingleses, moviendo con sumo garbo las caderas al andar, y al moverse haciendo que sonaran escandalosamente en el sagrado recinto las más ruidosas enaguas y las mejor almidonadas de toda la parroquia; el D. Fermín y Anita estaban enterados de cuantas peripecias tenía el tremendo *delicta carnis* de Román y su hermana Gracia.

Pero ni el tío postizo ni la sobrina falsa hablaban con nadie de esto, y aun á solas, en lugar de comentarlo, exclamando: «¡Qué pecado!», decían con honda tristeza: «¡Qué drama, qué desdicha!» Se ponían muy serios, y se les quitaban las ganas de retozo, si por acaso les hubieren acometido.

¡Drama! ¡Desdicha! Eso era. ¡Drama espantoso! ¡Desdicha cruenta!

Una historia en que el amor se convertía en enfermedad del organismo. Una cama de matrimonio en que el sacerdote, abrazando á su hermana, despertó del incesto una noche camino de la locura.

Evocando los recuerdos, aquellos criminales amores tuvieron, como todo crimen, sus antecedentes, que no servían para justificarlo, pero podían ser circunstancias atenuantes.

La culpa era de Román, cierto; pero no era suya toda la culpa. Román había luchado desesperadamente hasta el último momento. Se defendió como un héroe. Todo se conjuró en contra suya. Fué vencido. Si Román no hubiera sido sacerdote católico, y, como tal, célibe forzoso, su hermosa naturaleza de varón fuerte, triunfando de todo, hubiese derribado, muerta á sus pies, la monstruosa bestia que trataba de desgarrar sus entrañas.

La culpa era de la Iglesia, de los concilios, de la oposición entre los preceptos de los papas y los del mismo Dios de Abraham, de Jacob y de Moisés.

Jehová diciendo al sacerdote: «Tomarás virgen de tus pueblos por mujer, y no amancillarás

tu simiente», ¡y el concilio de Trento declarando nulo el matrimonio celebrado por los ordenados de mayores ó por los regulares que han hecho voto solemne de castidad!

El Creador de todas las cosas queriendo que todas sigan sus leyes, haciendo que la tierra gire y se traslade alrededor del sol, para que la claridad del astro produzca el día, dando al hombre órganos de generación para que perpetúe su especie, ¡y la Iglesia que se dice de Dios condenando por hereje al sabio que descubrió el movimiento de la tierra, y proclamando al eunuco como tipo de la perfección humana!

La Iglesia contfa Dios.

Un duelo á muerte entablado por los partidarios del Hijo que vino á la tierra á buscar alianzas para destronar á su Padre.

El Nuevo Testamento que parece escrito con el propósito de contradecir cuanto se redactó en el Antiguo.

Eva y María frente á frente. Dos rivales. Eva, como buena hija, defendiendo á Jehová, su creador; María defendiendo á Jesús, como una leona á su cachorro; los patriarcas contra los apóstoles; la ciencia, la razón, hasta el arte mismo, declarándose ya por los primeros, y Jesús resucitando una vez y muriendo dos; la primera,

en la cruz del Calvario, muerte corporal, allá en Judea; la segunda, en la gran ciudad filosófica que levantan los conocimientos humanos en el siglo XIX, no escarnecido, sino admirado, pero con el *INRI* puesto en la cruz por todos los pensadores.

¡El incesto de Román! Como el que en un arrebato de cólera hunde el puñal en el cuerpo que tiene delante, y si le preguntan, contesta: «¡Estaba ciego! No sé lo que hice», así fué, así sucedió. No era en cierto modo responsable de sus actos. Aquel crimen, llevado á los tribunales, hubiera encontrado como defensores, no á los abogados, sino á los hombres, que con la ciencia basada en la fisiología y en la higiene demostrarían claramente que era un caso de medicina legal. Fué una epopeya de la que, por segunda vez, Séneca hubiese dicho: «La lucha del hombre de bien contra sí mismo es un espectáculo digno de la mirada de los dioses.» Donde él sucumbió, todos, en su mismo caso, antes, mucho antes que él, habrían perecido.

El era digno de compasión. El y Gracia, su hermana. Gracia, que contaba diez y seis años, y que en tan temprana edad se prestó á la comisión del delito. ¿Por qué? ¿Era el suyo un temperamento sexual, priápico? ¡Oh, no! Ya lo he-

mos dicho al hablar de ella en otra ocasión y en otro libro (1). Antes de despertar una noche en los brazos de su hermano, Gracia, ignorante de lo que es nauseabundo, cerrado, como su carne, estaba su espíritu á conocer de la repugnancia. Había solo en ella una línea divisoria, ancha y profunda, que separaba en dos partes desiguales el sentimiento y los sentidos. El sentimiento llevábase la parte mayor.

Curiosa por lo ignorado de la materia, éralo en fecto, pero no por figurarse que la materia fuese manantial de goces tales que se equilibraran, cuando menos, con los del espíritu.

Adivinaba que la mujer, en la procreación, era la parte pasiva, obediente, no tanto á su placer como al ajeno, y aun el suyo consistiendo en el que por su medio había de ser procurado al distinto sexo.

De aquí, de estas ideas, que son depreciadoras del acto carnal y ensalzan en cambio lo que es de puro espíritu, y hacen que la mujer llame amor á lo que es tal, y lujuria á lo que le corresponde serlo; de aquí, á poco que se reflexione, resulta lo que en teoría abandonada

(1) Véase *El Cura*, primera parte de esta trilogía.

para que la discutan los filósofos, es un absurdo; pero en lo racional y en lo real confirman los hechos; es á saber: que la consanguinidad es para la mujer un peligro, porque en ella el amor es lo primero, y es ya un amor el lazo de parentesco, más profundo, más grande cuanto éste sea mayor é íntimo.

Gracia cayó, pues, sin resistencia; Román, cuando las fuerzas para luchar le faltaron. Pero la misericordia se experimenta justa y legítima con respecto á la hermana. Porque allí donde ella fué vencida por el cariño, él sucumbió á las dominaciones de la carne.

En vano sonaron de tremendo modo en los oídos del presbítero las palabras de Jehová en el Deuteronomio:

«Maldito el que se echase con su hermana, hija de su padre ó hija de su madre.»

«Y herirle há Jehová con maligna pústula en las rodillas y en las piernas, sin que pueda ser curado: aun desde la planta de su pie hasta su mollera.»

«Y enloquecerá á causa de lo que verá con sus ojos.»

Román cometió el pecado. En Román, la satisfacción de sus apetitos, contrariados por el celibato, había producido un daño mayor. La

reacción á la continencia cuando ésta entraba ya en período de desorden. El progreso de su enfermedad, lejos de disminuir, era creciente.

Iba por el gran declive que conduce al abismo de los deseos insaciables.

Ya no era su hermana la que excitaba sus apetitos, nuevamente y con más fuerza contrariados. Román no amó á Gracia sino porque Gracia era mujer. Román no sentía una pasión, sino algo monstruoso que rápidamente se estaba desarrollando en su organismo. Algo que le separaba de la razón y le llevaba á la locura, como ya he dicho.

¡La locura! Y como causas de ella, su edad, que era ya de veintiséis años; su temperamento sanguíneo-nervioso; su constitución robusta; su profesión de sacerdote sobre todo, porque en esta profesión hallábase expuesto á mayores peligros y en constante trato con lo femenino; exaltando sus facultades intelectuales el estudio de los sistemas filosóficos, la lectura de obras piadosas, las maravillas del relato bíblico, las quimeras del Apocalipsis, el apasionado estilo del Salmista, la superstición, toda aquella base de conocimientos que formó su educación eclesiástica, y de la que D. Fermín en vano le aconsejaba un sano alejamiento, porque con ellos se

aumentaba la energía natural, pero exagerada, de sus instintos y sentimientos, los movimientos pasionales intensos y frecuentes; y el halago habitual de estas inclinaciones afectivas vino á tener un auxiliar poderosísimo en el confesonario.

Así las cosas, el más leve motivo era lo que faltaba para determinar la invasión del mal, y con ella los desastres y trastornos que á él van unidos.

IV

La mañana que comienza nuestra relato, Román estaba en la sacristía al lado de la mesa en que sumaba y recibía los estipendios del colector, su amigo, y hablaban los dos de cosas indiferentes, cuando Carponto vino á interrumpir aquel diálogo.

—Padre Acebedo...

—¿Qué ocurre, hijo mío?

—¿Ocupará usted hoy el confesonario?

—Naturalmente. En seguida. Estamos en el cumplimiento de la Iglesia.

—Pues bien: es el caso que ahí fuera hay una señora que viene á confesarse con usted.

—¿Conmigo? ¿Me conoce?

Carponto sonrió satisfecho.

—De fama, según parece; quiere confesar con el padre Acebedo, porque le han hablado de usted algunas amigas suyas.

Román hizo un gesto de enojo.

—¿Qué clase de persona es?—intervino el padre Fermín.

—¡Oh! Una señorona. El monaguillo estaba á la puerta cuando bajó del coche. Dos caballos. Escudo de armas en las portezuelas. Una peseta de limosna á cada uno de los pobres al entrar. Desea conocer personalmente al padre. De manera que voy...

Ya se disponía á salir, cuando Román le detuvo:

—Es inútil. Es mejor que los confesores no tengan relaciones de amistad con sus penitentes. Dígala usted que me espere, que iré en seguida. Ya debía estar allí.

—Hay mucha gente—notició Carponto.

—Al momento, al momento.

Y separándose del padre Fermín para prepararse, á poco aparecía Román en el templo, puesto de sotana y sobrepelliz, con estola y bonete, y provocando un murmullo de amor entre un grupo de seres arrodillados alrededor de su confesonario, reunión de ovejas que esperaban á su pastor delante de la choza.

La fama del padre Acebedo, como confesor, era, en efecto, muy grande y no menos legítima. Habíase dedicado con entusiasmo á la curación de almas. En la suya, perturbada por su horrible y nauseabundo delito, este celo tenía una razón de ser, poderosísima. Buscaba por aquel medio, ganando réprobos y procurando arrepentimientos, prestando importantes servicios á la Iglesia, el perdón de su propia culpa.

Aquel ardor para la práctica del confesonario lo experimetó de improviso un día, al reflexionar que los confesores tienen la salvación asegurada, según nos lo enseña el Apóstol Santiago: *Qui converti fecerit peccatorem ab errore viæ suæ, salvabit animam ejus a morte, et operiet multitudinem peccatorum: su alma*, es decir, el alma del que convierte, como vemos en el texto griego. Era tan asiduo al tribunal como San Felipe de Neri, el gran confesor de Roma y de la Iglesia católica. Cuando la iglesia estaba abierta, bajaba apenas amanecía al confesonario, y no salía de allí sino para decir misa, ó para algún asunto de grande importancia, diciendo siempre adonde iba.

Si no había penitentes, permaneccía junto al confesonario, ora leyendo, diciendo el rosario ó rezando el oficio. Se paseaba á veces á corta

distancia para esperar á los pecadores y que le viesen mejor. Fué del todo incomparable en la caridad de padre, habilidad de médico y ciencia de doctor. Entregábase á este ejercicio sin más medidas ni límites que la necesidad de los que á él recurrían: tado lo abandonaba por esto, á no ser que se hallara ocupado en alguna cosa más importante para la gloria de Dios, porque sabía que en este sacramento se consiguen grandes provechos para las almas.

Todos los domingos y fiestas recibía, sin diferencia ni acepción de personas, á cuantos se presentaban, señores, damas encopetadas, criadas, mendigos, enfermos, sarnosos, personas hediondas y abyectas, nunca repelía á nadie, por miserable que fuese, y, al contrario, á quien lo era, recibíalo con más caridad interior, y lo halagaba con más ternura que á los ricos y bien formados; concedía á los penitentes el tiempo necesario para confesarse bien; nunca les daba prisa: llegó su fama á tal extremo, que en Madrid era conocido, y en las grandes festividades, jubileos y otras ocasiones parecidas, acudían de todos los distritos, aun de los más lejanos, á la parroquia, viéndose precisado algunas veces á confesar de día y de noche, y entonces exclamaba, como San Francisco de Sales:

—Estos días los aprecio á peso de oro por la multitud de confesiones.

¡Oh! ¡Y qué palabras brotaban de sus labios para provocar la confianza y la declaración de enormes pecados á los más perversos. Palabras que el padre Fermín y Anita llamaban *evangélicas, porque eran la pura verdad.*

«No hay diferencia entre vuestro corazón y el mío; todo soy vuestro; nuestras almas son iguales.»

Lloró con algunos sus pecados, y trataba con tal afabilidad á los penitentes, que los conmovía. Después de la confesión, su voz era suave, su acento el más cordial:

—¡Cuán querida es para mí tu alma con todo lo que me ha declarado! Los ángeles ahora se regocijan y celebran con fiestas tu acción, y yo te felicito por ello. Pero debes prometer á Dios no volver á caer, y á mí también.

Imponía penitencias muy ligeras, diciendo:

—¿No es verdad que harás lo que te diga? Di, pues, tal cosa—que por lo regular era alguna oración vocal fácil de rezar, y no mandaba nunca hacer consideraciones sobre ningún misterio.

Una vez aquel famoso padre Servando, objeto de los rencores de Carponto, pidió á Román

que le escuchara en el tribunal de la penitencia.

Al punto le prestó oído y corazón, haciéndole salir de aquella piscina saludable como Naamán de las aguas del Jordán.

Al levantarse el eclesiástico penitente, exclamó:

—Ahora bien, padre: ¿qué pensáis del pecador más grande de la tierra?

—Que Dios ha derramado sobre ti su gran misericordia—dijo el sacerdote;—para mí estás ahora refulgente de gracia.

—Pero, ¿sabéis lo que soy?

—Lo que digo—repuso el confesor.

—Quería decir lo que he sido.

—Es de lo que no me acuerdo. Y, ¿por qué había de conservar en mi memoria lo que Dios ha echado en olvido? ¿Me confundirás acaso con el fariseo que tomaba á la Magdalena por lo que había sido, y no por lo que era, cuando bañaba con sus lágrimas los pies del Salvador?

Estas palabras y este comportamiento fueron propalados por el mismo padre Servando, y desde entonces se confesaban con Román muchos eclesiásticos.

Cuando entró en la Iglesia, hubo de ver, como

ya hemos dicho, el grupo que formaban sus penitentes.

Un sentimiento de curiosidad le llevó á buscar con la vista á la *señorona* de que acababa de hablar Carponto, y que con tanta instancia solicitaba los beneficios de su confesión. Vió, en efecto, una hermosa figura de mujer, arrodillada en un reclinatorio, leyendo devotamente su libro de oraciones. Aquella tenía que ser. Al acercarse el sacerdote, no apartó los ojos de las páginas, no volvió la cabeza, y Román no pudo ver su cara. Pero la supuso joven, porque la esbeltez del cuerpo acusaba también ligereza de miembros y agilidad propias de la juventud. Había gran distinción en la actitud humillada, y resultaba envuelta en irresistible atmósfera de encanto.

Se adivinaba en ella una de esas reinas de los salones aristocráticos, divinidades de la moda, que de vez en cuando se sienten acometidas del hastío, llenas de saciedad por la adoración de su brillante corte de galanes; y mal envuelto el rostro en los pliegues del manto, madrugadoras un día, acuden á la casa del Señor, cargados aún los ojos por el sueño del baile, fijan sus miradas en la cruz, llevan una joya por devocionario, esparcen olor mundano en el sagrado

recinto, y parecen acudir allí á escondidas del marido para una cita de místico amor con el varón desnudo y herido en el Calvario.

Es un ataque de religiosidad que las acomete, algo más intenso que un capricho, pero que también tiene sus causas y está influído por los nervios, por las contrariedades que produce la arruga del traje ó el mayor lucimiento de una rival.

Hay en aquel sentimiento una pequeñez encantadora, femenina, y el sacerdote suele aprovecharse de ella para convertirla en grandeza de pasión, en verdadera fuente de arrepentimiento.

Román no solía pronunciarse demasiado contra las vanidades de la mujer. A imitación de San Felipe de Neri, habiéndole preguntado cierto día una señora si se había vestido con demasiada elegancia, se contentó con responderla: «Cuida de no caer, hija mía.»

Conoció, pues, en seguida, por su práctica del confesonario, la clase de penitente que se le deparaba. Sonrió, abrió la puertecilla, y, como centinela valeroso puesto de avanzada en el campo de la Iglesia con la consigna de dar el ¡quién vive! tres veces al pecador y á la tercera hacer fuego, entró resuelto y sereno en su garita.

La dama, al oir el ruido, tuvo un ligero estremecimiento, pero siguió adorando la cruz.

Un hombre se había arrodillado ante el confesor: era el primer reo que se presentaba. Parecía en todo extremo contrito. Se signó con la señal de la cruz, y con acento conmovido rezó la oración pidiendo misericordia á Dios Todopoderoso, implorando el patrocinio de María Santísima, madre de pecadores, y de los santos Apóstoles, piedras fundamentales de la Iglesia; de todos los santos y santas, para que por su medio usara el Señor de su piedad infinita y se ahuyentara el enemigo. Era un pobre hombre del pueblo. Había llegado antes que la *señorona*, y se confesaba antes. El quería ser perdonado, y le tardaba. Román tuvo que armarse de paciencia, porque aquel hombre era muy prolijo, y, poco entendido, venía con un fárrago de cosas embrolladas. No lo trató, no, con celo paternal, como el de Jesucristo, según aconseja San Gregorio el Magno; se dejó llevar por un falso cuidado, ó, para hablar con más propiedad, una bilis acalorada y una impaciencia disfrazada con la apariencia de la solicitud le movió á tratar con dureza al penitente. Estuvo tentado á despedirlo, so pretexto de que no se hallaba bien dispuerto.

El pobre reo lloraba y se embrollaba cada vez más. Entonces Román desechó el rigorismo y fué

laxo; se cubrió con el manto de la caridad, que no quiere hostigar con preguntas ó que teme hacer odioso el sacramento envolviendo la absolución entre dificultades. Aquel imitador de San Alfonso de Ligorio estuvo desconocido. Tenía prisa; y cuando llegó al *Misereatur tui* y al *Dominus noster Jesus Christus te absolvat*; cuando, por último, exclamó: *Passio Domini nostri Jesu Christi*... pronunció estas deprecativas palabras en voz alta, dejándose besar la mano; y lanzando un suspiro de desahogo, levantó la cabeza para fijar sus miradas en la recomendada de Carponto, que se acercaba á su vez á la rejilla de la derecha. ¡Por fin!

Ya estaba lejos de allí el pecador recién absuelto, y Román escuchaba, movido de fruición inmensa y recogimiento profundo, un acento dulcísimo que le hablaba en voz baja, con cierto deje andaluz.

¡Era ella! La desconocida, cuya sola presencia, por modo tan extrano, había desbaratado y destruído en el sacerdote, durante la confesión anterior, las cualidades que tanto le distinguieron siempre en el tribunal de la penitencia.

Era hermosa, Román, ahora, á traves de la rejilla, podía escudriñar aquellas facciones.

Ojos azules, limpiamente engastados en los

párpados, como joyas; muy rubia, de un color de oro mate; muy pálida, y no palidez enfermiza, sino delicada, distinguida: el nácar con el azulado tornasol de las venas transparentándose levemente; dientes menudos, iguales, como escogidos todos del mismo tamaño: dos sartas colocadas en las ranuras de un estuche forrado de terciopelo rojo; el óvalo de la cara, como las redondeces donde terminan algunas nubes, tenía límites tan vagos, líneas tan confusas, que no podía copiarse con lápiz, sino con difumino. Era toda ella así. Un ligerísimo vello dorado idealizando la carne. Opulentas formas, y, sin embargo, la ilusión producida por aquel vello era tal, que se concebía la idea de un peso tan ligero como el de los cuerpos más porosos. Daba en cierto modo la semejanza con las muñecas de lujo. La ponderación del vestido, y nada más. Una mujer hecha á propósito para que, sin producir cansancio alguno, la llevaran siempre en brazos.

Jamás vió el sacerdote humillarse ante la justicia de Dios obra tan acabada de distinción, gracia y belleza. Román, por primera vez, se acordó del padre Servando, y hubo de estremecerse. La penitente hablaba, y él no la oía. Él pensaba en su hermana; en que se hallaba

en pecado mortal, á pesar de su arrepentimiento; en que no podía, por tanto, administrar; que él era un condenado, un réprobo, y, como tal, se impuso el castigo de llevar almas al cielo, para que pidiesen por él, al verse por él salvadas, la divina misericordia; pero que en aquella hermosísima pecadora estaba la tentación, y que era preciso huir, levantarse, pretextar algo, enviarla á otro confesor. A cualquiera. Al mismo padre Servando. ¡No se levantó! Creyó oir como consejo en contra de aquellas razones espirituales los deseos de Jesucristo, que quiso que el uso de la confesión fuese perpetuo y necesario en su Iglesia y que administrasen este sacramento hombres y no ángeles.

Acabaron de inmovilizarle estas palabras de la pecadora:

—Conozco á muchas señoras que tienen la dicha de vivir bajo su santa dirección, y me han asegurado que Dios le hizo nacer en este siglo para enseñarnos la virtud. Le elijo á usted como mi buen padre espiritual, y me propongo ser su querida hija según Dios. Qniero hacer una confesión general.

Estaba dicho como convenía: en aquella mujer, hasta la devoción era elegante.

Román adoptó su afectuoso tuteo, su tono familiar; agradeció lo lisonjero de la frase sin más que una leve inclinación de cabeza. Y cuando vió que la penitente callaba, esperando una respuesta, exclamó con regocijo:

—¿Conque has venido para hacer una confesión general, hija mía? Me alegro. Puedes creer que te servirá como de segundo bautismo. Cobra ánimo, no tengas cuidado, y confía en mí, que te ayudaré cuanto pueda. Espero que te irás consolada. Pero dime: ¿cuánto tiempo hace que no te has confesado?

—Hace unos dos meses.

—¿Has cumplido la penitencia?

—He faltado á ella, padre, dejando de rezar algunos rosarios y de ayunar algunos días; y no sólo en esta confesión, sino en muchas, he omitido las penitencias.

Román adoptó un tono de dulce reconvención para contestar:

—Yo debería despedirte desde luego, para que cumplieras antes la penitencia; pero como no podrías hacerlo en poco tiempo, y supongo, hija mía, que vienes á este acto con la resolución de satisfacer por todas las faltas de tu vida

pasada, lo remediaremos todo diciéndome al fin de la confesión el número aproximado de las confesiones mal hechas y de las penitencias omitidas. Dime antes los pecados, para que yo pueda conocer el estado actual de tu alma.

La voz del sacerdote bajó de tono en este momento. La de la mujer se hizo más misteriosa. Sus blanquísimas manos cogieron los cabos del manto, tiraron de ellos á uno y otro lado de la rejilla; quedó así oculta por completo á las miradas indiscretas; podía sonreir ó llorar; pero sonrisas y lágrimas eran para su padre espiritual, y sólo él recibiría el aliento, los suspiros entrecortados y las palabras balbucientes de la pecadora.

Esta cobró, con el cariño de la paternal acogida, ánimos y confianza. Se estableció entre ella y él una dulce intimidad. Se habían aislado del mundo y de las gentes. No sabían dónde estaban; pero ningún lazo los unía á la tierra. Experimentaron á un tiempo la sensación de la libertad y del desierto.

Román se estremeció de nuevo. Había empezado por indagar la edad, estado y profesión de su penitente, y ella contestó como contestaría á un galán que, enamorado, se lo preguntase en la primera cita, antes ó después del beso.

—Tengo treinta años, y soy casada. Soy la marquesa de Florida.

¡La marquesa de Florida! Román recordó. Había oído hablar de aquella mujer como la más hermosa; sabía que era dama de la reina, que gozaba de una gran fortuna, que su marido estaba enfermo. Decíase además que la marquesa tenía amantes. El peligro para el sacerdote aumentaba. Sintió el crecimiento de su curiosidad y al par de sus temores.

—Dime, hija mía, por favor, ¿has ocultado alguna vez un pecado mortal por vergüenza, ó por miedo, ó en la duda de si lo era?

—Sí, padre—contestó la penitente, turbándose de nuevo; pero al encontrar una expresión inalterable, añadió resuelta y contrita:--Mis confesiones han sido por esto nulas, mucho más cuando no he llevado nunca dolor ni propósito de la enmienda, porque frecuentaba los sacramentos al mismo tiempo que permanecía en la ocasión próxima; de modo que conozco que me es absolutamente necesaria esta confesión general.

—Pues déjame dirigirte.—Aquí Román tuvo un acceso de tos que le cortó la palabra; cambió de postura, se acercó más á la rejilla.—Para subir al origen, dime si te acuerdas de haber

cometido alguna acción deshonesta cuando tenías seis ó siete años.

Casi no se oyó á la marquesa.

—Sí; ese es el pecado que no confesé nunca bien.

Su palidez había desaparecido. Estaba llena de rubor.

—Bien. Pero es menester, hija mía, que te expliques más. Tú habrás ido al colegio. Dime si ha sido con varón ó hembra, con hermano ó hermana, ó simplemente con algún amiguito ó amiguita; y aunque entonces, por falta de conocimiento y por impotencia natural, no se consumó el pecado en su especie, deseo, sin embargo, que para humillarte más te confieses de las circunstancias agravantes, á fin de quedar tranquila para siempre en esta parte y no pensar más en ello. Si sabes el número cierto de veces, dilo, hija mía; y si no, el número probable, á lo menos el tiempo y la frecuencia de tus caídas; y si la confusión de ideas no te permite ni aun decir esto, di que has tenido aquella costumbre pecaminosa durante los años años que estuviste en el colegio y que has caído muchas veces, para que yo conozca el estado de tu conciencia.

Y como la marquesa se obstinara en el silencio, continuó:

—¿Te acusas, pues, de toda la malicia que hubiese habido en aquella edad, según es á los ojos de Dios?

—Sí, padre, de todo me acuso; y si pudiera explicarme mejor, lo haría.

Tenía la frente inclinada. No se atrevía á mirar á la rejilla misteriosa. La voz del confesor llegó más misteriosa á sus oídos.

—Creciendo en edad, creció también la malicia, y el demonio empezó á llenarte el espíritu de pensamientos deshonestos: dime, pues, ¿cómo te has conducido en estos malos pensamientos? ¿Los desechaste siempre, ó bien consentiste en ellos, complaciéndote en las representaciones impuras que excitaban tu imaginación, y aun á veces deseando objetos de pecado? ¿Sucedía esto raras veces, ó con frecuencia?

El sacerdote esperó en vano.

—Tu silencio me indica que sientes vergüenza, y ésta es la que te impide hablar.

—Sí, padre; no puedo.

—Pues bien: no estás obligada á lo que es moralmente imposible. Te acusas, pues, de todas las delectaciones y deseos que has tenido, como también de la negligencia en desecharlos y de la ocasión que habrás dado á ellos con tus miradas y el mal uso de tus sentidos. Supongo

que te habrán asaltado todos los días, y tal vez varias veces, y que eran de todas las especies imaginables, ¿no es verdad?

—Sí, padre, así es, y no puedo decir otra cosa.

Román vencía. Sereno y grave, no experimentaba más que una piedad inmensa hacia *la señorona* de Carponto, cuya turbación iba en aumento.

A la acusación de los pensamientos y palabras deshonestas siguió la de acciones torpes que requería gran tacto por parte del confesor. Valióse Román de circunloquios para emplear ciertas expresiones que no ofendieran la modestia. Pero no omitió por un temor excesivo el hacer las preguntas necesarias para averiguar la especie y número de los pecados de su penitente, evitando hablar de ciertas particularidades obscenas que acompañan al modo de pecar. Ella, al principio, dejóse engañar de un falso temor de que el sacerdote no querría ó no podría absolverla, de que la reprendería ó se escandalizaría. Era adúltera. Pero se convenció muy pronto de que, aun siendo sus pecados dos veces más enormes, Román tenía una bondad inagotable. Era el confesor de que oyó hablar á sus amigas. El confesor que, cuanto mayor es la profundidad del foso en que caemos,

mayor es su celo y caridad para sacarnos. Tuvo buen ánimo y dijo sus flaquezas con gran confianza, sin caer en el extremo opuesto de descaro, confesándose con humildad y compunción, diciendo sucintamente todo lo que era preciso para descargo de su conciencia, que tenía, á la verdad, sobrado peso en este punto.

—Pero bien; vuestro marido, hija mía...

Aquí le interrumpió un sollozo. Cuatro palabras de la mujer hicieron que Román comprendiera el drama de aquel matrimonio.

El sacerdote oyó:

—El marqués... Después... Mucho después... Ya teníamos á nuestra hija... Una enfermedad... ¡Oh! Padre mío... La crápula... Estamos separados amigablemente para no dar escándalo... El ahora no recibe más que visitas de médicos... ¡Yo le amaba!... Pero se acabó... Ahora le compadezco...

Y entonces contó los ocultos caminos por donde había llegado al adulterio. ¡Pobre mujer! Y á pesar de todo, estaba arrepentida. Había roto la cadena de su amor culpable.

—Lea usted, padre mío. El no se conforma. Ayer volvió á escribirme.

Por entre los huecos de la rejilla pasó una carta.

Era *del otro*. Del amante.

—Está cerrada—exclamó Román al tomarla.

—No la he querido abrir, para que usted la abriera. ¡Oh! Ya no abriré ninguna. Las he roto... Las he roto todas anoche.

—Basta, hija mía. Yo no necesito leerla. Veo que tu arrepentimiento es sincero. Toma y rómpela tú.

La confesión continuó cada vez más íntima, más cariñosa por parte del juez, más fácilmente expuesta al tratar de los restantes mandamientos, en los que fué muy poca cosa de lo que tuvo que acusarse la dama de la reina.

Román tomó en seguida la palabra.

Su discurso de amonestación fué notabilísimo. Habló con una elocuencia llena de inspiración. Fué aquel padre Acebedo cuya fama cundía por todo Madrid. Teniendo presente que la devoción de las mujeres está muy sejeta á la inconstancia, trató de afirmar el juicio y fijar la voluntad de la marquesa para mantenerla en un estado perseverante.

No dijo nada vulgar. La recomendó que se ejercitara más en la práctica de las virtudes que en la contemplación.

—Hija querida, tienes que servir mucho tiempo á Dios en la vida de Marta, antes de admitirte á la de María. Conviene que te acerques á Jesús antes de unirte con El, porque es menester á tan hermoso Maestro servirle, lavar sus pies con lágrimas y enjugarlos con los cabellos antes de reclinarse en su seno y descansar con El en la unión del santo amor.

Con aquella mujer distinguida y discreta desterró todo lo que puede hacer ridícula ó aborrecible la devoción, y dijo que Dios y la virtud no pueden estar en un alma, sin que el prójimo sienta alguna dulzura. Deseaba que su virtud fuera de una gran sencillez que no degenerara en simpleza, que no la hiciera caer en ilusiones; quería que fuese prudente y no obrase jamás sin consejo.

«Ven á pedírmelo, hija mía, siempre que lo necesites.

»Quiero que seas, en medio de los combates del mundo y de sus vanidades, puesto que en ellos por tu posición social vives, como esas rocas que crecen, á lo que se dice, en medio de las olas, y que existas como se cuenta de los alciones, que, hallándose rodeados de agua, no respiran más que el aire, ni contemplan más que los cielos; y nadando como los peces, cantan como las aves.

»Quiero que practiques los consejos de Sa-

lomón y los del Apóstol sobre la excesiva curiosidad; que no desees saber más que lo necesario, ni ocupes inútilmente el entendimiento en adquirir una ciencia vana que, versando sobre objetos inútiles para el cumplimiento de los deberes de tu estado, no puede menos de hinchar tu corazón.

»Soy enemigo mortal de cierta piedad falsa cuyo carácter es estar ociosa: la verdadera devoción de las mujeres consiste en pasar útilmente el tiempo, emplearle con un santo régimen y sacar de él una ganancia provechosa para la eternidad.

»Una señora cristiana debe huir con especial cuidado de todo lo que puede alarmar al pudor: el honor y la honestidad son como el alma de las mujeres, sin la cual no son más que sepulcros vivos.

»No te obligo al retiro; antes, por el contrario, te encargo que vivas según tu condición en las tertulias de la corte, y que concurras á todas las pláticas y recreaciones convenientes á tu calidad.

»Pero quiero que tu virtud sea de la clase del ave que se dice ser del paraíso y lleva su nombre, de cuya ave se cuenta que pasa toda su vida en la tierra, sin fijarse jámás en ella; de

modo que, cuando quiere descansar, tiene ciertos filamentos pequeños con los cuales se liga á las ramas de algún árbol, donde queda suspendida.

»Así, quiero que, si llegas á aficionarte á alguna criatura, sea para descansar en Dios y fijarte en Él, como los que pescan las perlas, que, hallándolas dentro de las conchas de ostra, sólo estiman el tesoro que éstas encierran.»

La marquesa estaba maravillada escuchándole. Aquel hombre tenía mucho talento. El confesonario, puesto en el sitio el más visible, recibía la luz que de lleno daba en el rostro del padre Acebedo. La penitente se asombró también de su juventud, de su palidez de asceta, que hacía interesantes las correctas líneas de una cara varonilmente hermosa.

Las dos voces se confundieron después. La marquesa repetía con inexplicable placer las palabras que Román iba pronunciando.

Estaban haciendo los actos de fe, caridad, esperanza y contrición.

Luego Román terminó del modo siguiente:

—¿Te acusas, pues, hija mía, de todos los pecados mortales cometidos, tanto de los que has confesado como de los que no conoces, ó no recuerdas, ó no sabes explicar bien, y asimis-

mo de todos los pecados veniales, mentiras, impaciencias, curiosidades, vanidades, gulas y otros efectos semejantes? ¿Me prometes dejar todas las ocasiones de que hemos hablado?

—Sí, padre, lo prometo de todo corazón; sí, de todo corazón—contestó la penitente exaltada.

—La penitencia que te impongo debe ser proporcionada en parte á tantos pecados y penitencias omitidas, á lo mucho que has ofendido á Dios. Así, durante un año, te confesarás á lo menos una vez cada mes; y si te acercas más á menudo al sacramento, será más provechoso para tí. Durante dos meses, rezarás todos los días una tercera parte de rosario, tres veces el Avemaría en reverencia de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. Merecerías ayunos y otras austeridades, pero me contento con que hagas esta penitencia tan suave y tan ligera. Ahora repite el acto de contrición: *Señor mío Jesucristo.* ¡Dichosa tú, si estas palabras salen de tu alma! *Dominus noster Jesus Christus...*

Esto lo dijo quitándose el bonete, y terminada la oración, se cubrió de nuevo, extendió la mano derecha hacia la artística cabeza rubia y dijo:

—*Ego te absolvo ab omnibus peccatis tuis, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

La marquesa se incorporó; llegóse á besar aquella mano, hízolo levemente, y luego, con su tono afable de reina de salón:

—Padre Acebedo, vaya usted á verme mañana, mi casa está abierta desde hoy á todas horas para mi director espiritual.

Y como él hiciera un ademán de repulsa.

—Ya sabe usted que lo es. Hemos quedado en eso.

Luego, sin esperar la réplica, se alejó.

Román quedó confuso, en cierto modo enojado. Enfrente estaba mirándoles, con expresión curiosa y maligna, el padre Servando, cuyos penitentes, por lo común niños ó niñas, se acusaban de pie, puesto que no llegaban, estando de rodillas, á estrechar las distancias todo lo que era preciso para el secreto de este sacramento. Veíase á menudo la mano de un párvulo metida dentro del confesonario. Carponto á veces pasaba por allí, lanzando como un gruñido su imprecación de druida que no puede estorbar la profanación de la encina sagrada.

V

Román salió del templo aquel día en un estado de ánimo que acusaba grandes trastornos. Había tomado á su servicio y para el de Gracia una cocinera zafia, vieja, que tenía en los vestidos olor á repugnantes vahos de los pucheros, siniestramente arrugada, apergaminado y huesoso todo el cuerpo, y el abuso del aguardiente produjo en sus miembros un constante temblor, que, si era cómico en la cabeza, resultaba por todo extremo trágico en las manos, que por hábito levantaba al hablar, las dos á un tiempo, mientras que en sus ojos había una expresión de asombro y de fijeza capaz de turbar el ánimo más sereno. Esta mujer tenía un nombre que, en punto á rareza, no le iba en zaga al de nuestro conocido el sacristán. Se llamaba Teotista. Uno de esos nombres que no figuran en todos los calendarios. Sin embargo, decía que era su santo en Noviembre, y que Teotista fué una virgen solitaria. Celebraba todas estas excelencias emborrachándose en Noviembre algo más de lo que tenía por costumbre.

Teotista abrió la puerta de la escalera, y al ver al sacerdote, pronunció estas palabras:

—¡Está peor!

Se refería á Gracia.

Gracia, en efecto, llevaba una vida miserable, de melancolía. A esto quedó reducido su histerismo después de haberse manifestado con una primera convulsión; parecía ser todo ello un resultado de la revolución producida en su organismo desde la terrible noche del incesto. Obedecía también acaso al alejamiento que, después de cometido el crimen, provocó su repugnancia entre los dos hermanos. Gracia no era ya la misma; se pronunciaba su estado hipocondriaco, uniéndose á él flegmasías crónicas, vómitos nerviosos continuos; enfermaba del corazón, y se manifestaba á veces la epilepsia; todos estos accidentes, complicándose con el histerismo, sin terminarlo, desapareciendo y reproduciéndose muchas veces durante su curso, hacían que los ataques disminuyeran de violencia, reduciéndose á perder á medias el conocimiento, con rigideces musculares generales, y el estado hipo-

condriaco ocasionaba una gran debilidad en los sentidos, en la inteligencia y en los movimientos.

La hermosura del rostro era lo único que prevalecía en ella, pero perdiendo la expresión que fué su mayor atractivo. No era ya la sana juventud que vino de Tudela, trayendo entre sus ropas olor á membrillo, en sus ojos la mirada brillante y curiosa de las doncellas, tostado el cutis por el sol, como lo está el de Rebeca en el cuadro de Horacio Vernet, oreada su frente por el aire libre de las llanuras, fresca como flor recién trasplantada desde el campo al invernadero cortesano, diciendo al sacerdote al bajar del tren:

—Padre y madre están buenos. Allá encerramos ahora el grano y se pisa la uva. Aquí me tienes para servirte.

¡No! El diagnóstico todo lo atribuía al histerismo, y el histerismo á la continencia; pero éste era un análisis fisiológico. Faltaba la psicología para completarlo.

Era una enferma, pero también una apasionada. Su pasión y su enfermedad desarrolláronse juntas, progresaron á la par y concurrieron al mismo fin. No era el histerismo solamente el que la llevaba á la enajenación, á la torpeza de los sentidos, á la extenuación de la fuerza. Caminaba á la imbecilidad y la anemia. Pero aquella noche

entera en que la virgen supo los misterios de la unión carnal, aquel despertar al sentirse acariciada, aquella exclamación de horror que siguió á la de sensación inconcebible, los caracteres de locura, de frenético delirio, de ceguedad propia del crimen, que revistió la escena terrible del incesto, cuanto pasó desde el primer abrazo hasta la separación, la huída desesperada de Román golpeándose la frente, clavándose las uñas en el pecho, con un grito solo, pero inmenso, prolongado, desgarrador, grito de insensato, maldición enorme de la propia vida, aquello, ¡todo aquello era la pasión de Gracia, el origen de una afección persistente, que corrompía su voluntad! Una idea fija, y en este punto llegábase á confundir la pasión con los caracteres del organismo enfermo. Era amor, amor que no se combatía con nada: monomanía. Como pasión y como locura, incurable.

Román, horrorizado de su propia obra, evitaba ver á la enferma. Lleno de supersticiones, consideraba todos estos desórdenes como obra del diablo. Tuvo á Gracia por una endemoniada. Encargaba mucho á la vieja criada que cuidara de ella; pero él, por su parte, no entraba sino breves momentos y muy de tarde en tarde en el gabinete.

Entonces, en estas cortas visitas, acontecía un tremendo episodio. Gracia fijaba en su hermano una mirada intensa, se nublaban sus ojos, llenábanse de lágrimas, y con expresión, con acento suplicante, no decía más que una palabra, la que repetía siempre: «¡Román!», juntando las manos, incorporándose.

El, esquivando la mirada y la súplica:

—¿Cómo estás hoy?

Pregunta fría en cumplimiento de su deber. Fría, pero temerosa de la respuesta, que era siempre la misma:

—¡Moriré pronto!

El sacerdote callaba; entre aquellos dos seres entablábase otro coloquio más íntimo, en que las palabras no eran suficientes. Inmóviles y mudos, hacíase á su rededor una gran pausa, durante la cual secreteaban los sentimientos. Una lucha horrible, sin denuestos, sin imprecaciones, oyéndose únicamente la respiración á cada esfuerzo de los dos atletas. Por parte de Román, la dureza, la crueldad, invocando al Dios de las inexorables justicias. Por parte de Gracia, la ternura, la humillación de esclava. ¡Amaba! Esa era su razón constante.

—Es imposible. *Esto* puede más que yo—exclamaba por último.

Y aprovechando el instante en que los dejaba solos Teotista:

—¡Román! ¡Román mío!

Era su postrer quejido: no sabemos si su voz ó su sollozo.

—¡Reza! ¡La oración te salvará! ¡Reza!

Volvíase bruscamente y se encerraba en su cuarto.

Gracia, obediente, rezaba. ¡Oh! ¡Pero qué oraciones! Entonces se revelaba en ella la muchacha campesina, la señorita palurda que pasó sus primeros años en Tudela. Entonces sus plegarias favoritas eran las que le enseñaba Teotista. Disparates como éste, que se llamaba la oración de *El Justo Juez*, más á propósito para fomentar toda imbecilidad que para curarla:

«Hay leones y leonas que vienen contra mí: deténganse en sí propios como se detuvo mi Señor Jesucristo con el *Dominus Deo*, y le dijo al Justo Juez: Ea, Señor, á mis enemigos veo venir; pues tres veces repito: ojos tengan, no me vean; manos tengan, no me toquen; bocas tengan, no me hablen; pies tengan, no me alcancen; con los dos los miro, con tres les hablo; la sangre les bebo, y el corazón les parto. Por aquella camisa en que tu Santísimo Hijo fué envuelto, es la misma que yo traigo puesta, y por

ella me he de ver libre de prisiones, de malas lenguas, de hechicerías y maleficios, y para lo cual me encomiendo á todo lo angélico y sacrosanto, y me han de amparar los santos Evangelios, pues primero nació el Hijo de Dios, y vosotros lleguéis derribados á mí, como el Señor derribó el día de Pascua á sus enemigos; de quien se fía es de la Virgen María, de la hostia consagrada que se ha de celebrar con la leche de los pechos virginales de María Santísima: por esto me he de ver libre de prisiones, ni seré herida, ni atropellada, ni mi sangre derramada, ni moriré de muerte repentina, y también me encomiendo á la Santa Vera Cruz.—Dios conmigo, yo con Él; Dios delante, yo tras Él.—Jesús, María y José».

El día que confesó á la marquesa, al regresar del templo, á pesar de aquel «¡Está peor!» con que le recibió Teotista, Román no entró en el gabinete de Gracia.

Venía preocupado con la visita que necesitaba hacer á la hermosa penitente. ¡Hermosa, sí! Más todavía cuando le dió aquella cita en el misterio del confesonario: «Mi casa está abierta

desde hoy á todas horas para mi director espiritual». Eso dijo. Y quedó meciéndose en el aire dentro de la garita del centinela de Cristo el olor de aquella mujer, olor á una de esas flores costosas como joyas, únicas que lleva la opulencia á los salones, un perfuume delicado, que en nada se parecía á los que usaba Anita, suave como el de la gardenia, mientras que en los oídos del sacerdote persistía el crujido de la seda y el menudo taconeo de los pasos que se alejaban.

Hermosa á la escasa luz que penetraba en la iglesia, brillando sus rizos rubios y destacando su palidez de insomnio en las penumbras del templo; luego, después de la comunión, volvió á pasar por la capilla, con las alegrías de la bienaventuranza; y al retirarse, se volvió para mirar al juez á quien debía la sentencia absolutoria; movió los labios, sonrió; fué una despedida desde lejos, en que con los ojos, con la boca, con toda la actitud, la dama de la reina pareció decirle de un modo adorablemente discreto. «¡Hasta mañana!» Después se oyó el rodar del carruaje que partía. El sonido de la campanilla le sacó de aquel arrobamiento. En el altar mayor estaban alzando la hostia. Román hizo un involuntario gesto de contrariedad. La nota me-

tálica le excitaba y hería desagradablemente. La vuelta á la vida real le produjo irritación y cólera.

Las altas naves, las losas desnudas, frías, del pavimento, las molduras empolvadas de los altares, la amarillenta cera, la mortecina luz de las lámparas, colgadas á largas distancias, los bultos de devotos que se daban golpes de pecho con uniformidad automática á cada repique del badajo.

Una jamona que estaba hablándole por la rejilla, y á la que no escuchaba, le sacó por entero de aquel éxtasis.

—Acúsome, padre, asimismo, que, según la maldita moda introducida hoy por el demonio, me dejo peinar por un peluquero.

Esta fué la gota que hizo rebosar el vaso de la paciencia.

—Pues busque una peinadora, hija mía, y acabe, acabe pronto, porque me siento algo indispuesto.

¡Habráse visto! Volver de una alucinación en que estaba imaginándose habitaciones lujosas, alfombras en que se hundían los pies, espejos de Venecia, chimeneas encendidas, muebles de palo santo con incrustaciones de marfil, sillas y confidentes tapizados con las más ricas telas,

mullidos como lechos, colgaduras y cortinajes como únicas murallas que se oponían á la evasión del prisionero voluntario en un encierro de amor, donde dos brazos desnudos eran la cadena, dos aristocráticas manos las esposas, y la carcelera una mujer que repetía cada vez con mayor dulzura:

—Mi casa está abierta á todas horas para mi director espiritual.

¡Iría! ¡Ya lo creo! ¡Pues no había de ir! Se sintió dominado por una fuerza de atracción irresistible.

—Está peor; le digo á usted que está peor—siguió repitiendo la cocinera, yéndose tras él hasta la sala, impacientándose con el mutismo del sacerdote, fijando con más asombro que nunca la mirada de sus espantables ojos en la fisonomía de Román, porque trataba de descubrir algo por la preocupación que revelaba el rostro, y sospechaba mucho al verle regresar más temprano que de costumbre.

—Está peor.

El hermano de Gracia se volvió para mirar á la importuna frente á frente.

Las manos de Teotista se levantaban temblo-

rosas como para azotar ó maldecir. La cabeza tenía su movimiento burlón característico.

—¡Vete!—ordenó Román.

—Es que... Usted no me oye.

—Sí. Mi hermana está peor, ¿no es eso?

—Eso, eso—repitió, abriendo los ojos desmesuradamente.

—Pues bien. Que llamen al médico. Díselo á Anita.

Esta vez las manos se agarraron al delantal y quedaron inmóviles.

—¡Al médico!—exclamó la vieja.

—Sí. A ese que es amigo de D. Fermín. Cuando venga entraré yo con él. Déjame.

Y empujándola, logró que saliera del cuarto; no quería estar en el gabinete á solas con la histérica. Suspiró Gracia. Había escuchado. Román consentía que la visitase de nuevo un facultativo. ¿Qué sería aquello? ¿Iba á morir antes de lo que ella se imaginaba? ¡Tan pronto! ¡Dios mío! Inclinó la cabeza sobre el pecho, tuvo una rápida visión del pueblo de Tudela, de sus padres, de la labranza, del aire libre, del sol esplendente, ¡y lloró!

Entre tanto, el sacerdote, soltando sobre una silla manteo y sombrero de teja, quedábase de pie junto á la misma puerta que acababa de cerrar, mirando estúpidamente el altar de la Virgen que, cubierto de luces y de flores, servíale de oratorio y se adosaba al testero principal.

Este altar le recordaba que allí se irguió antes el Cristo de gran tamaño, copia de Montañés, y propiedad suya, que luego, por donación, pasó á serlo de la iglesia. El mismo que figuraba ahora, como ya hemos visto, en el altar mayor.

Pero aquel regalo hecho al templo tuvo una intención no piadosa, sino culpable. El Redentor fué expulsado en efigie de la casa y del cuarto del cura, porque la imágen del divino cadáver causaba pavor á la niña. Y esto se llevó á cabo como un sacrificio hecho en aras de la pasión sentida en aquel entonces. Cuando este amor fué deseo, cuando no se pensaba en el hastío, antes del horror y de la repugnancia que vinieron á la postre.

Gracia continuaba llorando. Hasta Román llegaban los sollozos comprimidos, como si vinieran de un punto situado á gran distancia.

Pensaba en la confesión general de la marquesa. Y eran los suyos pensamientos muy raros, en los que se confundían, de una parte, su celo sacerdotal por los esplendores del culto; de otra, sus apetitos sensuales, y estos últimos, lejos de mostrarse enemigos, poníanse á la ser-

vidumbre del primero. ¡Ah! ¿Con que la dama era rica? ¿Y hermosa? ¿Y apasionada? ¿Infeliz en su matrimonio, hasta el extremo de caer primero en el adulterio, y después, por arrebato de la conciencia, por afán, tal vez, de mayores y nuevos goces, y para resarcimiento de los cansancios y fatigas del mundo, por saciedad de frivolidades, levantábase de madrugada é iba á postrarse de hinojos en el tribunal de la penitencia pidiendo la cruz? Pues bien: ¡él se la daría! Él, sacerdote, á cambio de las joyas, en trueque de las riquezas, que se depositarían como ofrenda para aumentar los bienes del templo, á los pies del Crucificado, á quien juez y reo tanto escarnecieron con sus delitos.

Recuerdos de lo reciente, de lo que acababa de ser aquella misma mañana, y pensamientos de lo próximo, de lo que iba á convertirse en hecho y realidad al otro día, tuviéronle absorto largo espacio, y conoció á la postre que, por causas desconocidas, *el hombre* despertaba de pronto en su organismo, iba á renovarse la lucha, la terrible lucha en que probó sus fuerzas una vez, y quedó vencido. De esto hacía algún tiempo, que hubo de transcurrir en el arrepentimiento, pero también en la paz; tal la creyó, y era sólo una tregua.

Gracia podía seguir llorando, sintiendo crecer su mal, muriéndose; *nulla est redemptio*, dijeron ante los horrores sentidos por el culpable, y le hundieron de nuevo con mayor empuje en el misticismo; *nulla est redemptio*, exclamaban ahora llevándole al encuentro de cosas desconocidas, y mezclando lo divino con lo humano. El alma de Gracia estaba condenada á las penas del infierno. El alma de la marquesa podía salvarse y salvar la de su confesor. Román repetía mentalmente las palabras de San Agustín: *Animam salvasti, animam tuam liberasti.*

¡Ah! ¡Qué rodeos y qué argucias, cuánto espejismo engañoso tenía la pasión cuando se apoderaba de aquel hombre! ¡Siempre, como la noche del primer ensueño, la sotana sirviendo de telón para los cuadros disolventes, y la Biblia y el Evangelio dando sus asuntos para cada cuadro!

Cuando llegó el médico, Román escuchó atentamente las palabras de la ciencia; la mirada de Gracia estuvo fija en el rostro de su hermano durante la visita.

—Volveré—dijo el doctor por último.

Y pasando al cuarto del sacerdote seguido de éste, le advirtió:

—El histerismo, por sí solo, no es mortal;

pero puede serlo por las enfermedades á que dispone, abreviando de este modo la vida.

—¿Y mi hermana? ¿Usted cree?

—Hoy no me aventuro á decir nada. Puede estar complicado con otra afección, y entonces mi pronóstico será relativo á la gravedad de esta última.

El sacerdote tendió su mano para estrechar la del doctor, viendo que éste se disponía á marchar. El médico fingió no percibir el movimiento, se encaminó hacia la puerta diciendo con brusco tono:

—Hasta mañana.

Y entregó la receta á Teotista, que la recibió en sus temblorosas manos.

VI

No estaban viviendo en un palacio, como Román se figuraba, pero sí en un hotel del barrio de Salamanca. Los marqueses de Florida reunían una vez al mes á sus amigos durante la temporada de invierno, y ésta era la reuión solemne, porque además, los lunes se jugaba al tresillo, se tocaba el piano y se bailaba un poco, entre *los íntimos de la casa*, que iban allí semanalmente. El hotel era una monada. *Un bijou*, según el parecer del primer secretario de la embajada francesa.

Aquella noche daban los marqueses su reunión mensual, y desde las primeras horas de la mañana el jardinero transportaba al peristilo de la entrada, colocándolos á uno y otro lado, bajo la gran cubierta de cristales, begonias, dragenas y gomeros, puestos allí como para recibir con una inclinación graciosa de sus tallos,

ante la más ligera ráfaga, á las hermosas invitadas. Dentro se daba la última mano al trabajo de limpiar molduras, cepillar alfombras y poner tirante la lona en el salón de baile.

En las cocinas, la animación era extraordinaria. Sobre el limpio mármol de una mesa, los pinches descortezaban los grandes tambores de pan, partiendo la miga en forma de triángulo bajo el corte de la guillotina; daban la misma figura á los fiambres; y el todo, convenientemente untado de sabrosa manteca, se sometía primero á la acción de una plancha de hierro calentada hasta el rojo blanco, que resecaba la miga sin tostarla, y después á la de la prensa, de donde salían é iban colocándose en pirámide los emparedados. En el suelo, al pasar apresuradamente el jefe de cocina, revoloteaban las plumas de las aves, cuya desnudez, colocada bajo el chorro de agua que salía por el grifo del lavadero, tenía mucho de indecente. Un rayo de sol que entraba por las rejas del sótano daba reflejos de nácar á las escamas de los pescados; los langostinos, ya cocidos, eran un adorno de coral rosa que serviría para rodear algún soberbio plato montado; se preparaba la salsa madre, y allá en lo oscuro, el brillo de las hornillas y las humeantes marmitas aumentaban el calor,

haciendo la atmósfera casi irrespirable. Además del baile había una gran comida. Eran cuarenta cubiertos, y el discípulo de Vatel no podía perder el tiempo; atendía á todo, esmerábase para que no sufriera menoscabo su reputación, sometida á prueba tan ruda y decisiva.

A las tres de la tarde vióse cruzar las enarenadas calles del jardín á un sacerdote; sonó en la antecámara el timbre que ponía en comunicación el hotel con la caseta del portero. Sonó dos veces, lo cual anunciaba al mayordomo una visita para la señora marquesa.

El cura subía ya la rampa del peristilo, y ponía el pie en el primer escalón, mirando á derecha é izquierda las plantas que erguían sus hojas en los macetones. Sonrió, y con tono afable hubo de contestar á la pregunta del galoneado servidor:

—No tengo tarjeta. Anuncie usted al padre Acebedo.

Y quedó sufriendo las ojeadas curiosas de otros dos ganapanes de librea, que se apresuraron á desembarazarle del sombrero de teja y del paraguas. ¿Tardaría mucho en volver el mayordomo?

Román se sintió violento, arrepentido ya de haber accedido á los deseos de la señorona.

El lujo que le rodeaba predisponía su ánimo de mala manera; irritábale, sin saber cómo, contra la misma marquesa y contra sí mismo.

¿Qué estarían cavilando los ruines pensamientos de aquellos criados? ¡Vaya un bochorno! Luego, ¿para qué estaba allí? Para nada absolutamente. Para marcharse por donde había venido. Convertir á una mujer mundana, ¡qué absurdo! ¿Quién era él para llevar á feliz término tan dificilísimos propósitos? Se necesitaba una inteligencia privilegiada, un tacto exquisito, un talento y una habilidad nada comunes. Pues qué, ¿sería tan cómoda tarea la de conseguir que la altiva dama abandonase caprichos y vanidades, mirando con desdén las alfombras, los ricos muebles, los valiosos objetos de arte que, ahora, de cerca, al mismo Román encantaban y atraían, que se despojara, en fin, de todo aquello y de sus galas y joyas, para entregar la vida á la devoción?

Se presentó en lugar del esperado mayordomo la primera doncella:

—Tenga usted la bondad de seguirme.

¡Ah! Los antiguos caballeros que llegaban á los palacios eran así recibidos en su primera

cita de amor: los conducía y guiaba una gentil camarista; dábales su diminuta mano en los pasadizos oscuros para que no se perdieran, y llegaban de este modo al aposento donde, temblando de emoción, los esperaba la dama de sus pensamientos, ante cuya soberana belleza postrábanse de hinojos.

—Heme aquí, señora.

Estas fueron las tres primeras palabras y las únicas que pudo pronunciar el sacerdote al entreabrir su guía un portier y encontrarse en la habitación llena de luz y en presencia de la marquesa.

Era un gabinete, y con arreglo á la moda corriente entre los renegados del habla castellana, se llamaba el *boudoir*, y resultaba mucho mejor que lo pudo soñar la fantasía de nuestro presbítero. Estaban las paredes tapizadas de una tela de raso color azul pálido, embastado con botones del mismo color, *ouaté*, mullido, acolchonado (permítase la palabra). Resultaba el interior de un estuche. Hundíanse los pies en la alfombra de terciopelo, y había en el centro un mueble que parecía ser dos sillones unidos por los brazos en dirección encontrada, formando una *S*, y así era el nombre de este asiento; más allá, pegada al muro, cerca del balcón, una *chaisse-*

longue, otro sillón de rara forma, una especie de sofá con respaldo en un solo extremo; luego butacas muy pequeñas, sillas de curvas, que seguían sabiamente las líneas del cuerpo humano; la tapicería tomando inspiración de la pereza para sus creaciones, la madera cubierta, forrada, oculta, esqueleto de lo inanimado; un estuche ¡sí! un estuche en el que ni siquiera faltaba el espejo, magnífica luna biselada, que desde el techo bajaba hasta el pavimento de un solo arranque, incrustada en el raso. Estuche, no de joyas, sino de mujeres, porque había allí dos, una de las cuales, que era casi una niña, al ver á Román, se levantó presurosa, salió á su encuentro, cogió una de las manos del cura, y se la besó.

—Mi hija—explicó la marquesa; y luego añadió, cambiando de tono:—Siéntese usted.

La doncella habíase retirado, y la joven, después del beso y reverencia, continuaba de pie, mirando á su madre.

—Déjanos solos, Melita. No se irá el padre Acebedo sin despedirse de ti; descuida.

Melita, con una nueva inclinación de cabeza, obedeció esta orden.

Román, al volverse para elegir asiento, miró su imagen de cuerpo entero reflejada en el espejo. ¡Oh! ¡La sotana, el manteo, aquella figura

alta y negra; su rostro, en que estaba la palidez de las crujías del templo; las sombras de las altas naves, qué efecto tan deplorable, qué contraste acusaban en medio de aquel tono claro, alegre y elegante del *boudoir;* manchando lo azul, dijérase la oscura nube que lleva el rayo, la lluvia, el trueno, todos los horrores de la tempestad! La marquesa, mirándole, sonreía.

—¡Más cerca, *amigo mío!*—siguió advirtiendo con acento cariñoso; é incorporándose á medias, recogió la falda para dejar espacio al cura en el mismo sillón.

—Aquí. Junto á mí. En la *chaisse-longue* cabemos los dos perfectamente.

Román conoció que era necesario no resistir, porque toda resistencia pudiera resultar sospechosa.

¡Aquello se llamaba la *chaisse-longue!* Nuestro protagonista no sabía francés, pero en Francia, sin duda alguna, inventaban los tapiceros con el demonio.

Cubría las esculturales formas de la dama de Palacio una elegantísima bata, también *ouaté*, de color de acero, ciñéndose al cuerpo de ese modo especialísimo y con esos pliegues que acusan bajo la tela lo desnudo.

Román experimentó un profundo trastorno.

¿Por qué le recibía así?

Aquella mujer le daba miedo.

La entrevista fué, sin embargo, lo que debía ser.

—¡Marquesa!...

—Gertrudis, me llamo Gertrudis. Mi director espiritual no debe darme títulos mundanos. ¿No es así?

—Pues bien, Gertrudis, manifestó usted deseos de que yo viniera á visitarla, y, venciendo no pocos reparos, estoy aquí; éste no es lugar á propósito para confesiones. Vea usted en mí ahora al amigo cuyos consejos se solicitan, y tenga sólo en cuenta que este amigo es el mejor de todos, porque es un sacerdote.

—Y un hombre de mucho talento—acabó la marquesa.—¡Oh! No proteste usted. Yo sé lo que digo. El sacerdote, para mujeres como yo, necesita tener esa cualidad, y usted la tiene.

Luego se puso muy seria. No; aquello no era una confesión, pero revistió el mismo carácter.

Gertrudis necesitaba hablar así, como habló con Román, sin rodeos, sin miramientos, porque se trataba de una persona que sabía ya su historia. Sabía los hechos, pero ignoraba los secretos impulsos que los motivaron. ¿Quién había de figurarse, en el alma de tan halagada mujer, tantas tristezas? Era, sí, la muñeca de salón de baile, nacida y hecha para que la llevaran siempre en brazos. Pero á par de esto, había en ella alma, entrañas, *nervios*, y sabe Dios cuántas cosas dignas de estudio, comprendidas malamente por los héroes del cotillón y del frac, menospreciadas por un marido crapuloso, mujeriego, que se echaba á la espalda la nobleza y la llave de gentilhombre. ¡Pobre Gertrudis! Escuchaba con ávida atención las palabras del cura, que sonaban en sus oídos como un lenguaje nuevo, como la revelación de dulzuras esperadas largo tiempo. El sacerdote, sin apercibirse de ello, hablaba en voz baja, y ella también. La conversación era un cuchicheo.

Román describió al amante por el cual la esposa comete adulterio con colores sombríos, y luego con minuciosidad, con verdadera complacencia, habló de otro amor que puede sentirse cuando no se encuentra el del cónyuge. Habló de Aquel cuya potencia afectiva se dirigió hacia lo que consideraba como vocación celestial, y cuya delicadeza de cariño hacia las mujeres jamás se separó de la exclusiva adhesión hacia

su idea. «Así es que—añadía—como Francisco de Asís y Francisco de Sales, trató como hermanas á las mujeres que se dedicaban á la misma obra que él, teniendo también su Santa Clara, su Francisca de Chantal. Como acontece con frecuencia en las naturalezas muy elevadas, la ternura del corazón se transformó en El en infinita dulzura, en vaga poesía, en encanto universal. Sus íntimas y libres relaciones, pero de un orden absolutamente moral, con mujeres de conducta equívoca, se explican igualmente con la pasión que se aferraba á la gloria de su Padre, inspirando una especie de celo á todas las bellas criaturas que le podían servir. Éste fué y éste será siempre el amante de los amantes. Jesucristo. Una de aquellas galileas entusiastas que le seguían, disputándose el placer de escucharle y cuidarle, María de Mágdala, tenía enfermedades nerviosas é inexplicables en apariencia, y su organización turbada, como lo está la de usted, Gertrudis, se tranquilizó con la belleza de Jesús, con su puridad y dulzura; así es que la Magdalena le fué fiel hasta el Gólgota, y al otro día de su muerte representó un papel de primer orden, porque fué el instrumento principal por cuyo medio se estableció la fe en la resurrección. No hay más

que una cosa necesaria para la felicidad presente y para la eterna del alma, sin la cual todo lo demás no es sino turbación y tormento, ó, á lo sumo, una alegría pasajera que desaparece muy pronto. Jesús no reprueba el apresuramiento de Marta por servirle, sino que, mostrándole á María sentada á sus pies, extasiada oyéndole hablar, la advierte y enseña que toda obra hecha por Dios debe hacerse con calma y humildad, porque de ninguna manera está Dios mejor servido que con amor, y que á ese fin nada es tan propio y conducente como el escuchar á Jesucristo y el estar en unión con Él solo. «*Señor*—exclamó Marta,—*¿no consideráis que mi hermana me deja sola para serviros? Decidla, pues, que venga para ayudarme.*» A lo que Jesús respondió afectuosamente: «*Marta, Marta, tú estás solicita y turbada con muchas cosas, y por fin, de todas, una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte, y no la será quitada.*» En esa recomendación de la única cosa necesaria, levantó también la vida contemplativa, enalteciéndola y prefiriéndola á la activa, por más que sea muy laudable la acción y el movimiento hacia las cosas exteriores para servir en ellas á Dios; pero su contemplación hace conocer mejor su infinita hermosura, y la hermosura excita y en-

ciende el amor, y el amor es quien comunica al alma esa ardiente llama y ese fuego vivo y eficaz que la conduce al heroísmo y la sostiene en el sacrificio. Marta sirvió al Señor, y María, además de servirle amándole, le contempló estando en su presencia física y real, y por eso María tuvo la dicha de estar al pie de la Cruz.»

Luego, al tratar del adulterio, dijo á la marquesa tales palabras para atenuar este delito, que produjo en ella la emoción de las lágrimas.

—«En el templo estaba Jesús, sentado y ocupado en instruir á los que le escuchaban, cuando de repente se presentan los fariseos llevando atada una mujer á quien colocaron en medio del auditorio, diciendo: «Doctor, esta mujer es adúltera, y Moisés nos manda apedrear á los culpables de ese delito. ¿Qué pensáis Vos sobre esto?» Según lo que Jesús respondiera, así se disponían ellos para acusarle, ó de desprecio á la ley de Moisés, ó de dureza hacia los pecadores. Jesús, guardando silencio, se bajó y escribió en la tierra con el dedo, y, según alguna tradición, se cree que escribió los pecados de los que acusaban á la mujer mencionada; pero, según opinión de otros, se limitó á escribir alguna corta sentencia de la Santa Escritura,

aplicable á la perversidad y malicia que en ellos había, como, por ejemplo, este versículo de Isaías: «*Tierra, tierra, tú escribes que estos hombres están reprobados.*» Entre tanto los fariseos continuaban preguntándole y como pretendiendo obligarle á responder; y entonces se levantó y les dijo aquella admirable respuesta: la fina ironía del hombre de mundo, modificada por una bondad divina, no podía expresarse en un rasgo más exquisito, que jamás le perdonaron, porque los necios difícilmente dejan sin castigo un rasgo del ingenio unido á la grandeza moral. «*Aquel de vosotros*—exclamó—*que esté sin pecado, arroje sobre esa mujer la primera piedra.*» Con esta frase hirió Jesús en el corazón á la hipocresía y firmó al mismo tiempo su sentencia de muerte. Al momento se fueron de allí todos los acusadores, uno tras otro, y entre tanta gente como se había reunido, solamente quedaron, dice San Agustín, dos personajes, que fueron la Miseria y la Misericordia. Jesús dijo á la mujer adúltera: «¿Dónde se han ido aquellos que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?» Y ella contestó: «Ninguno, Señor.»—*Pues ni yo tampoco te condeno; vete en paz y no peques más.*»

Gertrudis sollozaba y procuraba reprimir los

sollozos para seguir oyendo la palabra de su director.

Román contaba divinamente.

Comentó el episodio de esta manera: «*Adelantáos,* exclamaba David, *y estableced vuestro reino por medio de la dulzura y de la justicia.*» Con una sola palabra, el Hijo de David hace triunfar la misericordia, sin lastimar la ley, desenmascara la hipocresía, confunde la malicia, liberta á la pecadora y convierte su corazón. Sin embargo, Él cumple toda justicia y toda verdad, y dice á la adúltera que no vuelva á pecar, para demostrar que al mismo tiempo que es padre misericordioso que perdona, también es juez justo que condena; y que si ampara y compadece al pecador, jamás condescenderá con el pecado. Si Jesús solamente se hubiera propuesto absolver la falta cometida, hubiera dicho á la pecadora: «Anda y vive como quieras, y puedes estar segura que yo te libraré del infierno que habías merecido con tu adulterio;» pero no se lo dice, sino que la encarga que no vuelva á pecar, sobre lo cual llama la atención San Agustín á los que no quisieran ver en Jesús más que dulzura, y les exhorta á que le teman, como yo la exhorto á usted, Gertrudis, porque Jesús, á la vez que dulce, es recto y severo.»

La marquesa no pudo resistir el brillo que tenía la mirada del sacerdote al pronunciar estas frases. Bajó la frente.

Otra vez sentía una emoción extraña, un impulso apasionado hacia los sublimes misterios; otra vez, por medio de Román, de su lenguaje, lleno de especialísima elocuencia, de su voz, que era agradable y dulce al oído, atenorada, la dama de la reina encontró en sí aspiraciones nuevas, deseos que no concibió hasta entonces.

Las parábolas explicadas de modo tan comprensible para ella; Jesús, en el episodio de la mujer adúltera, presentado, no como el Hijo de Dios, sino como el cura dijo, *como un hombre de mundo;* su exclamación llena de ironía contra los acusadores, de benevolencia para las debilidades de la pecadora, todo aquello tenía altísimo sentido en el confesonario; pero allí, en aquel *boudoir*, sentados uno junto al otro en la *chaisse-longue*, era confidencial, íntimo, y la misma amonestación al bien, la repetición de la frase del Redentor y del comentario de San Agustín aplicándola al adulterio de Gertrudis: «¡No peques más!», dijérase que trasformaba su carácter de divino en humano, que no era el Nazareno, sino Román el que se interesaba en el arrepenti-

miento, y que, como amante nuevo, perdonaba el pasado y pedía para lo sucesivo la más tierna fidelidad.

El hermano de Gracia esperaba una respuesta. Gertrudis jugaba distraídamente con un adorno de la bata, y su turbación iba en aumento. Tenía que hablar, y habló sin levantar la frente, sin atreverse á mirarle, con palabras que salían temblando de sus labios, con agitaciones del seno, que se acusaban en la ondulación de la tela que la vestía. Sí. Lo juraba solemnemente. Iba á ser fiel, no pecaría.

—No tendrá usted queja de mí, padre Acebedo.

Su acento era dulcísimo, su voz conmovía. Del cuerpo pareció desprenderse en aquel instante la poderosa y dominadora emanación de su sexo. Dejó de jugar con el adorno, y se llevó la mano al pecho para reprimir los latidos del corazón, ó, más bien, para afirmar su propósito.

El sacerdote se estremeció, su palidez fué suma. Cogió la mano de la marquesa sin saber lo que hacía, y dijo:

—Si no fuera así, yo sufriría mucho.

—¡Oh! Padre mío, y ¿por qué no? ¿Por qué no ha de ser? Yo lo aseguro. Me siento fortalecida

y reanimada. Usted me da esta fortaleza. Confíe usted en mí.

Luego, bajando la voz mucho más y mirándole por fin tímidamente, estrechó la mano que retenía la suya.

—No pido más que una sola cosa. Una sola necesito, y usted me la concederá. Ahora... al principio... para sostenerme en esta lucha contra mis antiguos instintos... quiero... deseo... verle á usted todos los días.

—En la iglesia—decretó el sacerdote.

—Y cuando no, aquí—corrigió la hermosa sonriendo.—Mañana, por ejemplo, mañana no me levantaré temprano; pero no podemos dejar de vernos.

—¿Por qué?

Gertrudis se amedrentó. Cobró susto por el enojo que presentía ante la revelación y noticia que iba á declarar.

—Porque esta noche... Esta noche doy un baile.

La impresión fué rápida y prodigiosa. Román estaba muy cerca de su penitente, y se apartó con un movimiento brusco, que hicieron los músculos sin duda, obrando por distensión como resortes. Frunció el ceño:

—¿Un baile?—repitió.

Y de una manera espontánea, sin que la voluntad del cura pudiera contener lo que quiso preguntar el pensamiento del hombre:

—¿Vendrá él? ¡De fijo! ¡Eres muy capaz de haberlo invitado!

La tuteaba con desprecio; su acento no tenía entonces nada de paternal. No era la familiaridad con la hija de confesión; era la cólera contra la mujer. Había un deseo de insultar, y un insulto fueron sus palabras. «¡Eres muy capaz de haberlo invitado!» Un olvido de la cortesía y de la caballerosidad.

La marquesa callaba, y su silencio aumentó la irritación del sacerdote.

—¡Vendrá! Y... bailará contigo. ¿No es eso?—insistió.

—¡Oh! Jamás. Eso nunca. Todo ha concluído.

Tenía lágrimas en los ojos. Su emoción llegó á ser tal, que prorrumpió en esta exclamación suprema:

—¡Todo, mucho antes de verle á usted! Antes de mi confesión. Ahora... con más motivo. Ahora, para siempre.

Román se repuso con estas palabras. Experimentó al oirlas cierto inefable gozo. Volvió á representar el papel que le imponía su sagrado ministerio.

La amonestó dulcemente. Luego se levantó.

—Llame usted á su hija, marquesa, puesto que ha dicho que quiere despedirse de mí.

Estaba impaciente. Deseaba salir. Mejor dicho, quería no ver á Gertrudis, para pensar á sus anchas en ella y en sí mismo.

Cuando se presentó Melita, el sacerdote dejóse besar la mano, pronunció distraídamente algunas frases de su lenguaje paternal, prometió confesar á la joven cuando la marquesa lo creyera oportuno, y se retiró.

Gertrudis le despidió, repitiendo:

—Mañana á esta misma hora.

—Sí—contestó Román con resolución,—á esta misma hora.

VII

Era el padre Acebedo hombre inclinado fatalmente á las alucinaciones; pero las experimentaba con fuerza tan poderosa, que se imponían á cuantos seres le rodeaban. Y esto iba á suceder ahora en el nuevo episodio de su vida.

De cierto nada tenía de común la naturaleza de Gertrudis ni sus nuevos impúlsos y arranques de devoción y misticismo con los milagros que le colgaba la imaginación del sacerdote y con los que para lo futuro se prometía. Creyó encontrarse en presencia de una mujer como María de Magdala, y la aristocrática dama, en punto á arrepentimientos, dejaba mucho que desear al menos descontentadizo en este punto. Pero empezaba á sentir por Román algo de lo que la hermana de Marta sintió por Jesucristo. Algo de que no se daba exacta cuenta y la dejaba sorprendida, no tanto por lo extraño de

la impresión como por lo inesperado. Cuanto declaró en el tribunal de la penitencia al arrodillarse por primera vez delante de aquel hombre era verdad. Pero no toda la verdad. Era adúltera, como dijo, y también cierto que estas culpables relaciones habían terminado. Pero contando los hechos, omitió las razones y motivos. Omitió decir que no iba al confesonario en demanda de la absolución por lo que ésta es en sí, sino por lo que el sacramento tiene de confidencial, por lo que su espíritu necesitaba como consuelo. No declaró que buscaba la acusación para desahogar sus penas y un amigo discreto en el sacerdote, revestido de su carácter de juez. No confesó lo que se propuso: no confesó á Román que si el amor había muerto, su altivez de dama, su orgullo de mujer estaban heridos, que odiaba á su cómplice ¡oh! de una manera y con un ardor inextinguible, pero á consecuencia de la ofensa recibida después de las caricias. Arrepentimiento, no. No estaba arrepentida, sino desengañada. ¡Muñeca de salón! Gráfica frase que la retrataba á las mil maravillas.

El marido y el amante, los dos jugaron con ella, creyendo tener en sus brazos un hermoso cuerpo sin fibras y sin entrañas, algo que sólo

era el aparato externo, y que no quedaba destrozado ni se quejaría al abandonarlo por cosas más serias: el marido, por la salud; el amante, por el pacto de un matrimonio de conveniencia. ¿Cómo podían llorar unos ojos de vidrio? ¿Cómo podía palidecer una cara de porcelana? ¿Quién imagina, quién sospecha siquiera, á no estar falto de razón, que el cuerpo, cuyas redondeces y curvas son como mullidos de artificio, suave al tacto como la cabritilla, abandonado, olvidado sobre un mueble, sobre una cama, porque caiga al lanzarlo, con el traje y los cabellos en desorden, boca arriba ó boca abajo, y con los brazos abiertos; que este cuerpo recibe daño al caer, y quién no atribuye á lo casual aquella actitud desesperada? «El médico se presenta; quédese la muñeca para cuando recobre con la salud el alegre humor que incita á renovar los juegos», dice el marido. «El porvenir me llama; la rica dote de una hija de mercader está en el altar entre las arras, y la novia se impacienta; dejemos los entretenimientos de la vida de soltero; hora es ya de tomar en serio la sociedad, el mundo y la familia», dice el amante. «¡Que espere el juguete! ¡Siempre lo encontraré donde lo dejo!», exclama el primero. «¡Ahí está para los ratos de ocio de los que

me sigan!», añade después el primer secretario de la embajada francesa, encogiéndose de hombros y esbozando una actitud cancanesca.

El primer secretario, este fué el amante de Gertrudis. El que llamaba al hotel *un bijou*, y á sus relaciones *un collage*. *Monsieur de Pontavière, vicomte de Pontavière.* El mismo. Tal fué la historia y tales sus tristes episodios. Y con dichos antecedentes, cuando Pontavière marchó á Francia para los fines de su casamiento, en uso de licencia concedida por el embajador, después de leer la carta en que el *boulevardier* explicaba las razones de la ruptura, con ese estilo especial y esa jerga de los parroquianos de la *Maison Dorée*. «*Ma petite, n, i, ni, c'est fini*», estrujó el satinado papel entre sus dedos, rompió un abanico de plumas, después de cuyos desahogos la pobre mujer sintió que necesitaba la contemplación de algo nuevo y de algo grande para no creer agotados sus ideales, para no verse empequeñecida; y un día, recorriendo las galerías de Palacio, en un grupo de damas que cerca de una ventana, en la antecámara y en las habitaciones de la reina, charlaban y miraban las colas de sus trajes á la luz, oyó hablar de religión y pronunciar el nombre del padre Acebedo, de aquel confesor humilde

cuya fama había llegado hasta allí. ¡La religión!

Jamás pensó ir á la religión y ser devota antes de tiempo. Mientras sus piernas pudieran bailar, no era preciso hincarse de rodillas. Pero el desengaño es como una vejez, y ella, hermosa todavía y solitada de amores, experimentó el deseo de llorar y gemir en lo oscuro de las altas naves, ante la imágen de las cosas divinas, cambiando la deslumbradora claridad de las arañas por el mortecino resplandor de alguna solitaria lámpara colgada en escondida capilla; quiso rezar, quiso confesarse, buscar la sombra con el afán del que tiene los ojos heridos de mucha luz, y el silencio como lo buscan los que se sienten ensordecer en el estruendo; hablar en voz baja con un hombre, sin que esta conversación fuera de amores; ser perdonada, y con el perdón rehabilitarse. La muñeca tuvo deseos de que la vistieran de otro modo. De beata.

Y otra vez las fibras y las entrañas se conmovieron; otra vez acusaron su presencia, demostraron su naturaleza humana, y reclamaron los privilegios que por ende les correspondían. En sus dos conversaciones con Román, la penitente no pudo distinguir bien si lo que removía su ser, lo que la impresionaba era la palabra evan-

gélica del sacerdote ó el lenguaje del hombre de talento. No pudo saber si nacía la devoción, ó aparecía un nuevo amor en su alma. Ello es que su voluntad y su deseo manifestáronse claramente en una sola precisión; y era ésta la de ver al director espiritual todos los días.

El secretario de embajada ya estaba en Madrid, de regreso y casado. Mirábala sonriendo, trataba indudablemente de renovar la historia antigua. ¡Badulaque! ¡Antes, quizás! Ahora, después de su confesión general, le despreciaba y no le temía. La devoción y el templo no eran decididamente tan propias de la vejez como ella había pensado.

Una hora después de haberse despedido el sacerdote, continuaba la marquesa sentada en el mismo sitio, fijas sus miradas en las bastas del raso que tapizaba las paredes, sola en el *boudoir*, abstraída con los recuerdos de la entrevista.

Empezaba el crepúsculo, y la claridad del día también empezaba á ser penumbra; en aquellos misterios que tiene todas las tardes el desmayo de la luz, la hermosura de la marquesa

olvidaba la cuenta de sus treinta años, y desvaneciendo la primera arruga que era todavía insignificante, daba reposo escultural al cuerpo, alegría y tranquilidad al espíritu. En el éxtasis volvió á ver la palidez de asceta, la figura de buen mozo, engrandecida con los anchos pliegues del traje talar, y creyó escuchar otra vez, elegantemente contado, el episodio de la mujer adúltera. Se complacía en recordar cómo vibraba la palabra, cómo sonaba, qué timbre tenía, á cual de las cuatro voces de la música podía acomodarse. Sí. ¡El padre Acebedo era tenor! ¡Qué bien hubiera interpretado la parte de protagonista en *Il Profeta!* Luego sintió una curiosidad invencible. ¿Cuál sería la historia de aquel hombre? Quería saberla, y tuvo una esperanza vaga de realizar este deseo. Ir á la religión conducida por Román era muy dulce. Román, con las simbólicas llaves, abría las puertas del paraíso, y entraba también en los corazones, puesto que estaba ya en el suyo.

Una mano que tocó su hombro hízola volver de todos estos arrobamientos.

—¿Qué haces aquí? ¿No te has vestido todavía? ¿Vas á recibir de ese modo á los convidados?

Era el enfermo. El marqués, el marido. Llegó

hasta el *boudoir* sin que Gertrudis oyera sus pasos, que apagaba la alfombra. El gentilhombre no pensaba encontrarla allí, ni tampoco iba en su busca. Se sorprendió. La interpeló sin enojos, antes al contrario, con afecto. Estaba de buen humor, porque corría parejas con las alteraciones de su salud, y aquel día estaba mejor, estaba bueno. ¡Extraña dolencia, cuyas extrañezas y secretos nadie sabía como Gertrudis! ¡Padecimiento adquirido en una noche, en una sola bacanal, y que debía durar toda la vida! ¡Enfermedad que, obedeciendo á los medicamentos, daba la tregua de un día, de dos ó de tres á lo sumo, para ser después un dolor y un grito que duraba semanas enteras!

Aquellos días de salud eran los temibles para la esposa. Aumentaban el odio y acrecentaban los ascos hacia el crapuloso palaciego, porque entonces era cuando el marqués intentaba reanudar otra vez sus entretenimientos con la mujer que era su propiedad y su juguete. Entonces era cuando la marquesa acudía también en consulta al médico y le pedía amparo, y la ciencia, con su lenguaje brutal, la aconsejaba que extremase la resistencia, creyéndola necesitada de tales amonestaciones.

Ella había amado al marqués cuando el mar-

qués la pidió por esposa, al pie del altar y luego en el tálamo, con esa ternura que tiene en lo femenino el primer amor, con ese arrebato que indica, más que la pasión, la necesidad de sentirla, llegada la edad en que la naturaleza rompe los velos y abre el camino á los instintos de una sexualidad poderosa. Aquel amor quizás hubiera tenido raíces hondas; mas para ello era preciso la continuidad de las caricias y la constante labor de los halagos, no la interrupción brusca de la historia conyugal empezada, no la frase reveladora que la llenó de estupor primero y después produjo la náusea, el decreto del médico, poco después del nacimiento de Melita, suprimiéndolo todo en nombre de la salud del marido. Con esto, los mismos recuerdos del pasado no tuvieron en la memoria de Gertrudis la melancolía de un bien perdido, sino que procuró olvidarlos, porque la repugnaban ya, como obscenidades cometidas con un enfermo. Murió el amor, y lo que rechazaba ahora con toda la fuerza de sus brazos y la ayuda enérgica de la voluntad no eran los besos del hombre á quien la dolencia misma concedía treguas, eran brutalidades asquerosas de un miserable que había ido á emporcarse como un cerdo, á revolcarse en la orgía cuando ella estaba soportando re-

signada en el lecho las impurezas que siguen á la concepción.

Y aquella tarde, en las sombras del crepúsculo que invadían el *boudoir*, aquella tarde tuvo que retroceder bruscamente, ponerse en pie, y desde sus pensamientos, concentrados en las delicias misteriosas de la confesión con el padre Acebedo, caer en los desórdenes de la lucha cuerpo á cuerpo con que el marqués terminaba siempre las súplicas inútiles y las amenazas exigentes en nombre de un derecho que ya no existía. Entonces la bata color de acero no pareció que la vestía, sino que la blindaba; un sudor frío mojó sus formas de estatua, hasta que, por último, con supremo esfuerzo, logró desasirse y huir, encerrándose en su gabinete. ¡Ah! También sería forzoso pedir al confesor consejo para estos trances, y descubrirle lo que ella ocultaba hasta á sus doncellas; hacerle saber que el gentilhombre, que tan correctamente paseaba su llave de oro y sus pantorrillas por las antecámaras regias, era una bestia de lujuria, digno maridaje, á lo sumo, para la gran ramera del Apocalipsis! Decirle asimismo que después, cuando la enfermedad recobraba sus fueros, aquel palatino pagaba á peso de oro la receta, pedía á la ciencia un adelanto y á la re-

ligión algún prodigio, cobardemente asustado ante la probabilidad de la muerte. Que lloraba como una mujer, que con el dolor prorrumpía en chillidos como un niño, y que, por último, postrábase de rodillas, no para la oración mental, sino para recitar con la estupidez de la devoción corriente plegarias aprendidas de memoria. ¡Todo, todo lo sabría á la tarde siguiente el padre Acebedo!

Y con tales preocupaciones, la marquesa de Florida, dejándose vestir y adornar por sus servidoras, á veces descomponía el estudiado pliegue del traje, ó trastornaba con la nerviosa mano el arte de los rizos, y así asistió á la comida, y así estuvo luego durante el baile.

Los concurrentes se miraban unos á otros desconcertados. ¿Qué diablos tenía la muñeca de salón aquella noche? El secretario de embajada hizo una frase diciendo que la faltaba algún tornillo. ¡Pobre Gertrudis!

VIII

Román, al llegar á su casa, halló que sus vecinos, el padre Fermín y Anita, estaban en el cuarto de la enferma, en el gabinete. Su compañero de sacristía, apenas le vió, frunció terriblemente el ceño. No dijo nada; pero aprovechando el momento en que nuestro presbítero pasaba á la sala inmediata para desembarazarse del manteo, fuése tras él, entró á la par suya, y, cerrando la puerta para evitar importunidades de Teotista, quedóse mirándole fijamente, de pie é inmóvil, esperando la natural pregunta que el otro hizo por fin, algo turbado con aquella actitud:

—¿Ocurre algo? ¿Vino el médico durante mi ausencia?

—Vino, y extrañó no verle á usted. Gracia está muy grave. Eso ha dicho.

El hermano bajó los ojos, y luego, por oponer algo, replicó:

—¿Muy grave? ¿Qué ha recetado?

Pero el colector era implacable. Se había propuesto considerar á Román como acusado, considerarse él mismo como juez, y no toleró más preguntas. Hízolas él:

—¿De dónde viene usted? Debe ser muy importante el asunto que le obliga á separarse de Gracia, dejándola en ese estado.

Acalorándose, encendidas en color las mejillas, el reo contestó:

—¡Oh! Sí. ¡Muy importante! Deberes de nuestro sagrado ministerio. ¡Una confesión! ¡Una pobre alma pecadora!

—Una confesión fuera del templo. ¿Algún moribundo?

No tuvo osadía para mentir tanto.

—¡Moribundo, no! No he dicho eso.

—Entonces...

Y D. Fermín, no pudiendo contener sus iras por más tiempo, las dejó estallar.

—Entonces, mi señor D. Román, esa pobre alma pecadora podía haber esperado hasta mañana, aunque estuviera un día más en pecado mortal; y si tan necesitada estaba de la absolución, habérmelo dicho, y yo hubiera ido; cuando la vida de un sér depende de nuestra presencia, de nuestros cuidados, de nuestra asiduidad y cariño, más que de las medicinas, y ese sér es

sangre de nuestra sangre, lo primero es eso, y eso el más sagrado de los ministerios.

Luego, extendiendo el brazo para dominar una interrupción de Román y negarse á escuchar nuevas disculpas:

—No se moleste usted. Sé lo que va á decirme. Que el confesor era usted. Que sólo con usted quería confesarse. ¡Basta! Yo adivino quién es esa penitente.

—¡Oh!

—Esa penitente es la señorona de Carponto. Atrévase usted á negarlo.

Román se irritó en tanto grado cuanto mayor y más motivada era la acusación hecha en términos tan precisos. Se irguió, alzó la frente.

—Y bien, es la misma; sí, señor. ¿Hay algún mal en eso? ¿Qué tiene usted que reprocharme?

—Yo, nada; Dios, sí—contestó el colector elocuentemente.

—¿Dios? Dios no me acusará, porque lo abandoné todo para su servicio.

D. Fermín, al oir aquello, al ver que se atrincheraba en la hipocresía de la frase, lejos de acrecentar su enojo, quedó sorprendido mirándole con infinita conmiseración. No dijo más que estas palabras. Una exclamación que estremeció á su interlocutor de pies á cabeza.

—¡Gracia está condenada á morir irremisiblemente!

Para dominar su agitación empezó á seguida á pasearse de un extremo á otro de la sala. Román, de pie junto á la silla donde había dejado el manteo, estaba de nuevo vencido, sin atreverse á decir nada ante aquel hombre que no era ni su padre, ni su superior jerárquico, que no tenía para imponerle aquel extraño respeto é incomprensible pavor más lenguaje que el de la verdad, ni obedecía á otros impulsos que los de la defensa del débil.

El colector conoció la ventaja adquirida, y no entraba por ende en sus planes la prolongación de la pausa, sino el aprovechamiento de la posición tomada al enemigo.

Estaba junto al hueco del balcón, de espaldas al hermano de Gracia, y se volvió bruscamente.

—Hablemos en razón. Parecemos dos locos —dijo.—¡Qué demonio! Para llegar á una inteligencia no se va por estos caminos.

Cogió una silla, indicó á Román con un gesto que le imitara, y cuando éste lo hizo:

—En primer lugar, cuénteme usted eso.

—¿Eso?—Esta vez el asombro de Román no era fingimiento.—Y, ¿qué es eso? ¿Qué quiere usted que yo le cuente?

—¡Diantre! La confesión de la señorona.

La estupefacción del presbítero llegó á su colmo.

—¡Imposible! ¡Usted lo sabe! Es imposible. Me pide usted que falte al sigilo sacramental. Las cosas dichas en confesión deben ser para nosotros como si no nos las hubieran dicho.

—Don Román, dejémonos de teologías. Me las sé de memoria.

El confesor dió un latín por toda respuesta:

—*Illud quod per confessionem scio, minus scio, quam illud quod nescio.* Según el papa Eugenio, lo que el confesor sabe por la confesión lo sabe *ut Deus*, y fuera de ella no habla más que *ut homo*.

Pero el tío de Anita no estaba dispuesto á que se echara la cosa á barato. Volvió á tener su acerada ironía, su rostro recobró la expresión de fauno burlón.

—Como usted quiera. Guárdese sus secretos, que no lo son ya para mí. Yo sé acerca de esto más de lo que parece.

Acercó la silla, puso una mano en el hombro de su colega, y dando un tirón para que el busto se ladeara, atrayéndolo hacia sí:

—¿Qué apostamos á que está usted otra vez medido en la danza de tentaciones de la carne? ¡Por vida de!...

Román negó rotundamente. Protestó con sobrada energía.

El colector acabó por incomodarse de nuevo.

—¡Eh! Se figura usted que á mi se me engaña como á un chiquillo. Yo no me mamo el dedo. Todo eso del sigilo es patarata. Su penitente de usted siempre será alguna mala pécora, como casi todas esas de la nobleza. ¡Buena está la nobleza! ¡Anda por ahí en carruaje cada montoncito de basura! Y por una cosa así va usted á creer que Anita y yo le dejaremos abandonar á su hermana. Si usted se conforma con que Gracia se muera, nosotros. no. ¡Ea! Sépalo de una vez.

Apenas acababa de pronunciar estas frases, arranque de su genialidad, cuando conoció que todo estaba perdido, y que su arrepentimiento era tardío. Román se levantó airado, trastornósele el semblante, y demudado el color, dijo, bajando mucho la voz y dejando salir las palabras con un silbido que delataba su coraje:

—Señor don Fermín, somos los dos sacerdotes y hemos sido amigos hasta ahora. Desde este momento nos saludaremos al encontrarnos en la sacristía, y esto para evitar comentarios. Ha ido usted más allá de lo que yo deseaba para bien de nuestras relaciones de vecindad.

El bueno del colector se puso muy pálido.

No sentía cólera, no. Pero ¡dejar de visitar á Gracia! ¡A Gracia, que, sin ellos, sin sus cuidados, encomendada á los de Teotista, sabe Dios lo que los echaría de menos! Se atrevió á decirlo, á insistir.

—He faltado, es cierto. Olvidemos lo pasado. Perdóneme usted.

—Yo perdono y olvido. Pero, créame, nuestra amistad no puede ser duradera después de las frases que hemos cambiado.

Había dureza y una resolución irrevocable.

—Tiene usted razón—asintió don Fermín, encaminándose hacia la puerta; allí por última vez se detuvo.—No es preciso que Gracia se entere de ello. Estaremos un momento más en su cuarto. Mañana le dice usted que Anita se ha puesto enferma, si extraña no verla.—Aquí la emoción hizo una pausa.—El engaño es fácil porque tendrá que durar poco tiempo.

Román no contestó y le dejó salir.

Quedó por fin libre para reflexionar. Libre, pero no de una manera absoluta. Algo era en él testigo importuno y enojoso, mucho más que don Fermín, puesto que más astutamente leía

en sus pensamientos. ¿La conciencia? ¿El remordimiento producto de ésta? Lo ignoraba; pero sentíase sujeto por la realidad, amarrado á la vida; y como si el tabique de separación entre la sala y el gabinete no existiera, se figuraba que le acechaban miradas curiosas de Anita, severas del colector, y suplicantes de Gracia. Sin embargo, quería sustraerse á tales sujeciones, romper las ligaduras que le encadenaban con el pasado, no ver como nudos las responsabilidades, mirar hacia delante y al porvenir. Pensar en Gertrudis, que estaría en tal hora despojándose de la bata color de acero, cubriéndose de adornos para el banquete y para el baile. ¿Bailaría? Y si bailaba, ¿bailaría con él, con *el otro?* ¡Qué noche esperaba al cuitado!

En este punto, las palabras del tío de Anita, las reprodujo en su memoria. «Siempre será esa penitente alguna mala pécora, como casi todas las de la nobleza.» Aquello era lo que le había encolerizado. El insulto á la marquesa le hirió como recibido en algo que ya formaba parte de su ser, que era suyo. Por eso, nada más que por eso odiaba al colector. ¡Luego don Fermín no se había equivocado! ¡La tentación de la carne le llevaba á nuevos y terribles empeños! No bastaba la primera caída, que pagaba Gracia con la

muerte y él con un padecer eterno. Había otra, y era preciso caer en ésta, no tanto porque el vencido una vez es probable que le venza siempre el mismo enemigo, sino porque la derrota era más fácil. Retoño de amor, brotaba con todos los anhelos y exigencias de su derecho á la vida. No era posible equivocar la naturaleza de aquel sentimiento. Amaba á Gertrudis. Conocía también que, obediente á su deseo, la voluntad ahora no formulaba objeciones ni trabajaba en oponer obstáculos. Amaba y quería amar. Enfrente del pavor antes experimentado al ver la posibilidad de incurrir en el tremendo *delicta carnis*, estaba la palabra que sirvió á D. Fermín para combatir el celibato, una palabra, una sola FARSA. Y tras ella venían las consideraciones hechas por el sacerdote concubinario. Consideraciones que ahora recordaba.

«La religión es el primero y acaso el más acabado código de moral, y nosotros, sus ministros, debemos dar ejemplo de ello. La moral está fuerte é indisolublemente ligada con la higiene; la Iglesia está en lucha, lucha recrudecida cada vez más; la Iglesia ha de sufrir en todo lo que es de su organización interna grandes modificaciones, porque, de lo contrario, perecerá. Lo primero que va á ser objeto de reforma

es el celibato eclesiástico. ¿Por qué? Porque es una inmoralidad de marca mayor».

Con gran intensidad recordaba el razonamiento: «Porque mientras el sacerdote tenga huesos y carne, sangre y nervios, es inútil que se crea de naturaleza tan divina que pueda dejar de cumplir una necesidad cualquiera de las muchas que afectan á nuestro organismo; porque al creer esto cometemos un verdadero pecado de soberbia, presentándonos como superiores á nuestros semejantes, nosotros que debemos practicar con ellos la humildad. ¿Qué ha resultado de aquí? La ninfomanía en los conventos, la satiriasis en las iglesias, la pederastia en los seminarios». Y, por último, aquella afirmación atrevida, que entonces le pareció calumniosa y hoy encontraba justa: «Ni uno solo de los que asistieron al santo concilio de Trento y decretaron el celibato, ni uno solo guardaba la castidad».

D. Fermín estaba en lo cierto. Era inútil la lucha. Lo que es de naturaleza, si no se da, se toma. La prohibición de comer pan aumenta el número de los ladrones, haciéndolo igual al de seres humanos. Así, pues, á Román no le repugnaba ya contravenir al precepto canónico.

Al descubrir de nuevo esta inclinación hacia la marquesa, sintió algo como un escalofrío

aquella misma tarde y durante la escena del *boudoir*. Pero solo ahora en su cuarto, mirando al altar que le servía de oratorio, mirándolo sin verlo, digámoslo así, repetía una pregunta mentalmente. «¿Por qué no?»

Luego había una aspiración del sacerdote, que legitimaba en cierto modo este pensamiento. Una aspiración en la cual estaba elegido el terreno para campo de batalla. Amor sí, pero dominado y avasallado á los fines espirituales únicamente. Evitar el escollo de los confesores imprudentes, y tener muy en cuenta que, como decía el padre Sertorio Caputo, «para formar una amistad entre las personas piadosas, principia el demonio valiéndose del pretexto de la virtud, y después de formada la amistad, hace pasar del amor de la virtud al de la persona».

La marquesa tal vez no estaba en guardia contra tales riesgos, pero él sí; porque ya sentía muy difícil entre los dos una relación y trato como de ángeles, y en cambio eran sus diálogos como de seres carnales. La tristeza y enojo con que se separaron pocas horas antes, las miradas que se dirigieron y las expresiones lisonjeras, todo acusaba que así es como *spiritualis devotio convertitur in carnalem*, según declara el Angel de las escuelas. Pues bien: la voluntad suya, que

era propicia fatalmente al enamoramiento de los atractivos femeninos, lo seguiría siendo, pero abriría un cauce por donde se deslizara su cariño á la marquesa, y el que ésta llegase á sentir, tranquilamente, caminando á fines más altos. Ya tuvo el día de la confesión general, después de la absolución, en la iglesia misma, en el confesonario, esta visión, estos propósitos y este anhelo. Hacer de la dama una devota, guiarla por los diversos grados de la contemplación, por el recogimiento sobrenatural, la quietud, la oración de unión, al misticismo, y más allá, llegar mucho más allá, quién sabe si hasta la unión consumada, las visiones, los coloquios, las revelaciones y todas las gracias sobrenaturales. La mortificación, en tanto, sería para él solo. Para él, que, amándola carnalmente, pondría nudos á sus desatados deseos.

Y en cambio de esto, un sueño hermoso le fingía, allá, muy lejos de España, la figura de un anciano venerable, prisionero en un palacio, sentado en el trono del más alto poder, poder espiritual, rodeado de una corte de purpurados; y veía llegar á sus pies las riquezas del marquesado de Florida, enviadas por conducto del humilde eclesiástico, alhajas y dinero, galas, y hasta la misma corona nobiliaria, todo convertido en rico presente que recibía el pontífice con la sonrisa más astuta de los finos labios, mientras que los ojos saciaban la avaricia de su mirada en la carta de Román que acompañaba la oferta de Gertrudis, dando esta hermosa explicación del presente: «Ganado en el confesonario, y entregado por una de mis penitentes para el dinero de San Pedro.» ¡Sí! A toda costa, aquello tenía que realizarse.

En esto oyó un quejido en el gabinete. La histérica estaba sola. D. Fermín y Anita debían haberse marchado ya para no volver nunca. ¡Mejor! Una hora hacía que estaba el sacerdote á oscuras, sin que hasta entonces se apercibiera de ello. Había cerrado la noche. Román llamó á Teotista para que encendiera la lámpara.

—La cena está ya—dijo la cocinera.

—Cenen ustedes. Gracia y tú.

—¿Y usted?

—Yo no. No tengo ganas de probar bocado.

Y era verdad. Con aquellas imaginaciones dijérase que había saciado su apetito.

Sentóse á la mesa de pino, que para él llenaba los fines de escritorio, y continuó meditando. La lámpara estuvo encendida hasta la primera hora de la madrugada.

IX

Fué una tarde de invierno, en la que, despejado el cielo de nubes, hubo sol, volvieron á cantar los pájaros en los árboles de las plazuelas y paseos madrileños; la mayor parte de los empleados salieron más temprano de las oficinas; algunos estudiantes dejaron de asistir á cátedra, si la hora de cátedra pasaba de las tres, y todos los desocupados se echaron á la calle para estirar las piernas, entumecidas en la invernada del café Suizo.

Román estaba otra vez en el *boudoir* de la marquesa; sentada ésta, ó, mejor dicho, casi tendida, reclinándose en la *chaisse-longue*, con la indolencia, dejadez y pereza que siguen á una noche de baile, y el sacerdote de pie, mirándola fijamente, escuchando con profunda atención las palabras de la hermosa y noble andaluza.

En el rostro del sacerdote veíase también la

traza del insomnio; pero á la par una expresión de bienestar y contento, propia sólo de la resolución tomada después de sus cavilaciones durante la velada.

La marquesa estaba contándole los sucesos del banquete y del baile, haciendo un relato minucioso, no ya de las fiestas en sí, sino de los sentimientos y emociones á que dieron lugar en su alma. También era dichosa en aquel instante la dama de la reina. Sus ojos fijábanse con todas las complacencias de la mirada en la arrogante figura de su director espiritual, del hombre de Dios que iba á salvarla y á redimirla. Gustaba de aquella familiaridad con que se conducía en su tercera conversación y entrevista, de aquel desembarazo y soltura de que dió muestras, levantándose á mitad del diálogo, paseándose á veces mientras ella hablaba, volviendo á sentarse á lo mejor, como si estuviera en su casa, ó como si aquella casa, y sobre todo aquel *boudoir*, fuera de los dos. El banquete y el baile estuvieron muy lucidos; pero ella se aburrió soberanamente; y no como hasta entonces la preocupación de la fiesta la procuró goces y entretenimientos, sino que, por el contrario, su imaginación, ajena á cuanto la rodeaba, se consagró á pensar en la religión y en él.

—Sí, padre mío--exclamaba;—yo estuve toda la noche deseando que me dejaran sola, que se despidieran todos, para encerrarme en mis habitaciones y meditar de nuevo y libremente en la confidencia aplazada para hoy, en lo que yo tenía que decirle á usted esta tarde. Conozco que soy una mujer distinta de lo que era. Las vanidades mundanas, que antes eran mi encanto, empiezan á causarme repulsión y disgusto. Y esto ha sucedido no sé por qué. La hermosa palabra de usted ha llegado con gran oportunidad á mis oídos. La religión la siento como no creí que se pudiera sentir nunca. Como una pasión. Estoy como enamorada. Y me salva este amor, padre, me salva, porque iba á caer en la estupidez de buscar consuelos á mis pesares en el aturdimiento de los placeres. ¡Oh, mis pesares! Mis amarguras no tienen cuento. Sabe usted mucho acerca de esto, pero no lo sabe usted todo.

Román dejó su postura, acercóse rápidamente y se sentó junto á ella. La curiosidad tuvo en sus labios acento de reproche.

—¿Que no lo sé todo? Y, ¿por qué no lo sé? No debe el alma, Gertrudis, tener secretos para un confesor.

La penitente conoció que había llegado el momento de hacer las revelaciones temidas, pero necesarias. Que no podía retroceder después de lo dicho, que la exigencia del padre Acebedo era muy justa, y ella misma, con sus palabras, habíala provocado. Permaneció un momento en silencio, indecisa, bajando los ojos para evitar las miradas de Román.

—Vamos, hija mía—exclamó éste con manifiesta impaciencia.—Hable usted. Ya escucho.

Un pueril capricho la acometió; capricho, porque no podía tener otro nombre. Eran las cuatro, y el sol poniente dejaba entrar un rayo, en que parecían verse presos los átomos del aire, faja de polvo luminoso que caía, se deslizaba por entre el arranque en dosel de la cortinas hasta llegar á la alfombra, donde formaba un cuadrado perfecto, abrillantando y realzando los colores del dibujo. Aquel rayo de sol era lo que la molestaba para contar las asquerosas luchas que sostenía con su marido, la que sostuvo la tarde anterior; hubo de persuadirse que con el exceso de claridad experimentaba una vergüenza invencible; lo diría, sí, pero más tarde, en el crepúsculo, cuando no es todo luz ni nada sombra. El relato á la misma hora en que el día pasado ocurrió el hecho.

—¡Después! Hablaremos de esto después, padre. No se irá usted sin saberlo.

—Y ¿por qué no ahora?

La hija de confesión le dirigió una mirada suplicante.

—Ahora no puedo. Se trata de una cosa que es para mí un bochorno, que me irrita, que me repugna.

E incorporándose para terminar de una vez con el enojo del diálogo acerca de tal asunto, le miró risueña.

—Hablemos ahora de nosotros, padre Acebedo. Hablemos de usted, porque de mí no es cosa que deba ocuparnos siempre.

Recordó su deseo. La curiosidad con que anhelaba conocer la historia de Román.

—¿De mí?—dijo éste maravillado.

—Sí, de usted. Ya que no pueda ser su confesora, quiero que me tenga para algo más.

—¿Más que una amiga?

—Más, mucho más. Como á una hermana.

El sacerdote se estremeció. Pero ella, sin dejar de sonreir, dijo resuelta:

—Vamos, cuénteme usted su vida, que debe ser cosa muy bella.

¡Su vida! ¡Aquella mujer había perdido el juicio! ¡Cosa muy bella la vida de un sacerdote atormentado por el enemigo á quien la Iglesia llama *espíritu de fornicación*, contra el cual nada podía

el rociar su aposento y su cama con agua bendita, ni llevar encima el *lignum crucis* y el Evangelio de San Juan, ni el exorcismo privado: *Ego, ut minister Dei, præcipio tibi, aut vobis, spiritus immundis, ut recedatis ab hac creatura Dei*, de que una vez suplicó á su colega el padre Fermín usara en favor suyo, y que no sirvió para maldita la cosa, sin duda porque el colector tomólo é hízolo con tanta burla como el ventero la ceremonia de armar caballero á Don Quijote. Contar sus luchas con la carne, declarar la rebeldía que ésta, cada vez mayor, más intensa; rebeldía que ahora, por ella, por Gertrudis, tornaba á experimentar. Tentado estuvo de olvidar sus propósitos, renegar del acuerdo ya decidido con respecto á la manera de encaminar por sendas del espíritu su amor naciente, y allí, ante aquel rayo de sol, caer sobre el cuerpo de la mujer, estrecharlo en sus brazos, romper y desgarrar la bata color de acero, morder, si el beso no era bastante, y con tal brutalidad responder á la pregunta: «¿Mi vida? Aquí la tienes. Mi vida eres tú ahora. Y tú serás mi vida en adelante.» La miró de una manera motivada en estos pensamientos, é impregnándose en ellos de tal suerte, que Gertrudis, de improviso y por un segundo, tuvo la revelación de esto mismo, tan clara, tan preci-

sa, que retrocedió instintivamente. Pero el efecto fué rápido. El manteo y la sotana cayeron como espeso velo sobre todo sensualismo; lo ocultaron, lo disimularon, y la marquesa creyó firmemente haber tenido una sospecha culpable con que injuriaba al sacerdote.

—Mi vida es la de un pecador, en quien la Providencia derrama por gracia sobrenatural los dones de su infinita misericordia.

Así replicó el padre Acebedo, cruzando las manos y estrechando con fuerza los dedos unos contra otros.

Entonces también la penitente no se atrevió á insistir. También cobró miedo á la indagación de los misterios que solicitaba. ¿Quién sabe? Acaso bajo aquel rostro impasible del sacerdote, en que sólo había la expresión de la caridad paternal con que se recibe y acoge á los descarriados del rebaño de Jesús, se escondía una lucha de encontradas pasiones, de afectos tal vez monstruosos que la marquesa había intentado descubrir y remover buscando el fuego sepultado en las cenizas del ascetismo. Era mejor la ignorancia en que estaba, y la prefería. Pero, sin duda, Román, volviendo sobre su acuerdo, creyó conveniente para sus fines la opuesta conducta; porque, irguiendo la frente, que por un

momento inclinó, hubo de continuar diciendo:

—Sin embargo, puesto que usted quiere ser mi segunda hermana, séalo en buen hora. Puesto que le interesa saber lo que soy y lo que he sido, óigame atentamente.

¡Atentamente, sí! Gertrudis no perdió una sola palabra de aquella narración, en que la verdad estaba disimulada hasta el punto de que revestía caracteres difíciles de discernir de la mentira, participando de las cualidades de una y otra, formando una especialísima composición y amalgama. Román no fué sincero. Pero en cambio rayó su habilidad en el más alto grado. Contó su infancia, su desarrollo allá en Tudela, en el pueblo natal, y maravilló á la dama cortesana describiendo los alegres días de una niñez pasada al cuidado de la pródiga naturaleza, en pleno campo, al aire libre, ora saltando como un cervatillo por las rocas, trepando á la montaña, ó bien corriendo las llanuras, cogiendo el tomillo y el romero unas veces, y otras segando en los trigos las rojas amapolas, arrebatando el nido en la copa del árbol, bebiendo el agua en el mismo manantial, durmiendo la siesta en la era, sobre blando y oloroso heno, y volviendo á la tarde entre el bullicio de las gentes de labranza, de regreso á los hogares, guiados por el campana-

rio del pueblo, que se destaca en el horizonte entre las casas humildes, por cuyas chimeneas sube el humo de la retama, que chisporrotea, calienta y alumbra.

—¡Ah! ¡Qué hermoso!—exclamaba, interrumpiéndole de vez en cuando la pobre flor de estufa criada en los salones y encerrada desde niña, hasta para ir al *parterre* del Retiro, entre los cristales del *landau*.—¡Qué hermoso!--Y soñaba con haber participado de aquellos juegos, de las acaloradas tardes; ella también hubiera corrido, cazando mariposas, formando frescos ramos de margaritas para el altar de la Virgen, adornándose el suelto cabello con las misteriosas campanillas azules, siendo la compañera de Román; de Román, que la protegería así desde la infancia.

Luego contó el confesor sus estudios, su existencia en el seminario de Valladolid, las colisiones sangrientas á veces entre los *becas* y los cadetes de caballería de la academia, primer arranque y manifestación de odio entre los soldados de la religión y los de la patria, entre la espada y la cruz, entre el uniforme y la sotana; dos rivales igualmente poderosos que se disputan el dominio de los hombres. Entonces todavía ocupaba la Cátedra Apostólica Pío IX, que había visto morir

en ella á Pío VII, reinar á León XII, á Pío VIII, á Gregorio XVI; unir á ella el Africa y la Oceanía, dos mundos. Pío IX, que tuvo que sufrir, durante todo su pontificado, la audacia y el aumento insolente del mal; pero que, sin embargo, triunfó, y por dos veces arrojado de su trono, desterrado y cautivo, siguió siendo el jefe de las ideas y principios de orden, de justicia, de verdadero progreso, de libertad verdadera, porque es el Vicario de Jesucristo. Pío IX tuvo y recibió adoración en todos los seminarios. El fué la poética figura del soberano temporal que está preso en el Vaticano. Extendió por todas partes su autoridad respetada, reconocida y obedecida de sus amantes hijos. El, ¡el príncipe de la fe! Estando Román en el seminario, pudo ver, pudo convencerse de cómo bajo este pontificado se agrandaba y dilataba la Iglesia; en lo externo, por la creación de nuevas y numerosas sillas episcopales, por el desarrollo de la jerarquía y de las misiones, por la fundación y propagación de las órdenes religiosas y de las asociaciones católicas; y en lo interno, se engrandeció también por las nuevas afirmaciones doctrinales. La Iglesia vió el *Syllabus*, y tuvo el décimonono concilio ecuménico: proclamó dos dogmas, elevando dos verdades á la luz de la fe: la Inmaculada

Concepción de la Santísima Virgen, el 8 de Diciembre de 1864, y la infalibilidad del romano pontífice, el 18 de Julio de 1870.

—¡Ah! ¡Jamás olvidaré á Pío IX!--exclamó con creciente exaltación, después de hacer este panegírico.—Jamás, y menos ahora, que ofrece la Europa un espectáculo singular (y al decir esto, Román estaba transfigurado en arcángel); menos ahora, que todas las naciones están aplastadas y oprimidas por un progreso que ellas han querido, seguido, realizado y celebrado, y que las amenaza de muerte. Progreso en la ciencia, en las artes, en la guerra, en la política, en la industria, en la civilización, y progresos en todos sentidos, los unos particulares y concretados á ciertos países, los otros comunes á todos, pero todos temibles, todos perniciosos y probablemente mortales. ¡Ah, señora marquesa! Esos pueblos no son felices á pesar de estar saciados de bienes, de gloria y de triunfos; aun cuando tiene cada uno su bien propio y su victoria; hasta aquellos que han sido humillados por un cambio imprevisto y repentino de sus esperanzas y de su fortuna, también tienen su angustia propia y su propia inquietud; hasta los que se han visto elevados á la cumbre de su poderío y grandeza. Creen haber destruído á Cristo, y su dolor consiste en que no

ven medio alguno de desprenderse del cristianismo ni de toda sombra de él sin esta Iglesia católica, á la que tanto han combatido. Quieren gritar, como los bizantinos: «¡Antes la media luna que la tiara!», y no pueden conocer que la Iglesia, por más que se diga ó pueda decirse en contrario, no está vencida; y quieren á todo trance que lo sea, que sucumba y desaparezca del mundo, suponiendo que después les enviará Dios algún medio de resucitar al César.

—¡Afortunadamente, León XIII es hombre que sabe manejar y domar los más cerriles potros, señor cura!—dijo una voz nueva, interrumpiendo al orador en aquel instante.—León XIII, un gentilhombre completo, él y uno de sus adláteres, á quien tuve el gusto de conocer en mi último viaje, monseñor P..., que por cierto es el mejor *cicerone* para los que quieren conocer *tête-à-tête* á las más hermosas mujeres de Roma. ¡Oh! Monseñor P..., un alegre camarada. *Per Bacco*, como él dice; *un bon vivant*, impagable, divino.

El sacerdote, volviendo la cabeza, se encontró frente á frente de un caballero que le tendía cortésmente la mano. La marquesa hizo la mutua presentación con sólo dos frases:

—Mi marido—dijo á Román.

—Mi confesor—dijo al marqués.

—Lo celebro—replicó éste inclinándose con respeto.

En el hotel, las mullidas alfombras tenían la culpa de tales sorpresas. La dama no pudo reprimir un movimiento de contrariedad cuando vió al gentilhombre. ¿Qué significaba esta visita? ¿Venía quizás á repetir la escena innoble de la tarde anterior? Afortunadamente no la encontraba sola. Estaba allí el padre Acebedo, que, sin sospecharlo siquiera, bajo otro concepto nuevo, era su salvador. Providencial creyó la natural incidencia producida por la conversación, pues es lo cierto que si Román no llega á entusiasmarse con su perorata de orador sagrado, hasta el punto de que, él hablando y ella escuchando, olvidaran los dos lo avanzado de la hora, acaso ya se hubiera despedido. Bien es verdad que, escarmentada Gertrudis y sabedora de que el marqués se hallaba *relativamente bien de salud,* tenía el propósito de no exponerse al descuido de soledad, que el crapuloso noble buscaba, y llamar á Melita para que hasta la próxima hora de la comida la acompañara.

En definitiva: el marqués era un importuno. ¡Y pensar que estaba resuelta, ya que oscurecía, ya que el rayo de sol no entraba en el gabinete,

resuelta á ponerse de rodillas delante del sacerdote, y confesarle su tormento, su martirio más grande, el secreto de aquella vida que de matrimonial no tenía ya más que el nombre; detallar, en fin, lo que en la confesión general no detalló, lo que dijo sólo sintetizándolo en esta frase: «¡Estamos separados amigablemente para no dar escándalo!» ¡Amigablemente! No. El mejor día ella y él, en una de las luchas, iban á despedazarse como dos fieras. El sacerdote y el noble estaban hablando. Gertrudis prestó atención á lo que decían. El marqués continuaba la conversación empezada. Contaba su viaje á Roma, su estancia allí, su visita al papa, á León XIII, su intimidar con monseñor P...

—Figúrese usted, padre...

—Acebedo de apellido. Mi nombre es Román—apuntó el presbítero.

—Gracias. Pues bien: figúrese usted, padre Acebedo, que me tomaron por carlista. León XIII es un hombre que viste de un modo maravilloso. Muy elegante. Deslumbra. Materialmente deslumbra. Yo fuí presentado por monseñor P...

—¡Un cardenal!—exclamó el confesor.

—Un grande hombre. Un Richelieu del siglo XIX. Practicó la hospitalidad conmigo de manera tan acabada y completa, que no tengo por

qué quejarme. Un día, ¡Dios santo!, lo que yo pude reirme. Un día me llevó á uno de sus palacios, porque tiene dos, uno en la ciudad y otro en el campo. Fuimos á este último. Yo desconocía por completo las costumbres del hombre á quien trataba. Me sucedía lo que á usted. Exclamaba. «¡Este es un cardenal!», y con esto figurábame que estaba dicho todo. Fuimos en un precioso carruaje de último modelo. Llegamos á la hora precisa del almuerzo. Figúrese usted mi asombro. Al entrar en el comedor vi puesta la mesa para cuatro cubiertos, y apenas acabamos de tomar asiento, entraron dos mujeres muy bien vestidas, ó, para decirlo mejor, muy bien desnudas.

—¿Cómo?

—Sí, señor. Como suena. Al principio me figuré que serían damas de su familia, descotadas demasiado por raro capricho, ó por ser ésta la moda italiana. Ya sabe usted que en Roma, desde lo antiguo, las mujeres se distinguieron por esta manía. ¡Buenas damas te dé Dios! Mi confusión duró muy poco, porque declaro que me quedé desconcertado. Monseñor P... sonreía mirándome, hasta que, por último, queriendo que cesara todo género de dudas, las trató de un modo... de un modo que... me obligó á soltar la

carcajada y á imitarle. Lo repito: un *bon vivant*, un epicúreo en la completa acepción de la palabra. Cuando salí de Roma nos tuteábamos.

Román estaba sufriendo y á duras penas reprimía su enojo. Gertrudis acudió en su auxilio.

—Basta. Olvidas que estás hablando con un sacerdote, y esas calumnias son por lo menos, una impertinencia y una falta á todas las conveniencias sociales en este momento.

Pero el marqués se defendió.

—¿Calumnias? Pero, mujer, el señor, además de sacerdote, debe ser hombre de mundo. Debe saber esto sin necesidad de que yo se lo cuente. Lo saben todos los sacerdotes del orbe católico.

El director espiritual intervino.

—El señor marqués se equivoca. Aun después de su relato sigo en la más perfecta ignorancia.

—¿Luego usted cree que yo miento?—gritó el marido verdaderamente exasperado.

Román no contestó.

—Diga usted—insistió el aristócrata.

—Si se confesara usted conmigo—pronunció Román pausadamente y con gran entereza;—si se confesara usted de eso como sucedido real y efectivamente, yo, marqués, no le daría la absolución hasta después de haber cumplido la penitencia.

—¿Y la penitencia sería?...—preguntó de nuevo el marido de Gertrudis.

—Ir á Roma y pedir perdón, no sólo á monseñor P..., sino á todo el Sacro Colegio.

Aconteció entonces un extraño suceso. El marqués de Florida tuvo la revelación de estar en presencia de una gran virtud y de un modelo de eclesiásticos. La misma entereza con que el padre Acebedo le dió sus réplicas, lejos de molestarle, hubo de servir para intimidar al noble, y producir en su ánimo un profundo respeto. Enmudeció, inclinándose ante el confesor de su mujer, y llegó más allá; llegó á conceder, con su silencio, la razón al que de calumnia con la serenidad propia del justo le acusaba. Entre tanto la marquesa, impaciente y nerviosa, atendía sólo á que se iba haciendo tarde, muy tarde, pronto sería de noche; Román iba á despedirse, á separarse de ella; y la importuna presencia del gentilhombre, su entretenimiento en contar ridículas historias, habían estorbado la realización de aquellos propósitos suyos, que era preciso dejar aplazados hasta el día siguiente por lo menos. ¡Un día más! ¡No! la decisión formada tenía que cumplirse en el acto. Si dejaba transcurrir tiempo, no lo confesaría nunca. Pero el mismo causante de la contrariedad vino á

poner remedio al daño. Román, después de dichas sus últimas palabras, se levantó; y adivinando su propósito el marqués, lo estorbó.

—Señor sacerdote, he faltado, lo confieso y lo deploro. No quiero que se vaya usted así. Es preciso que hagamos las paces en toda regla.

—Hechas están—replicó el presbítero.

—No como yo deseo. Quédese usted á comer con nosotros. Háganos ese honor. Estaremos completamente solos, mi mujer, mi hija, usted y yo.

Román trató de resistirse. Pensó en Gracia, que estaría esperándole, impaciente y sola con Teotista.

—No puede ser.

—Sí. Es necesario—intervino la marquesa.—Es necesario, padre Acebedo. ¿Olvida usted que yo tengo que decirle algo muy importante?

—¿En confesión?—preguntó aturdidamente el noble.

—Sí, en confesión y hoy mismo, no puede quedar para mañana.

El director espiritual no tuvo respuesta valedera.

—Está bien. Acepto.

—Después de comer nos quedaremos solos y me oirá usted—terminó la hermosa dama.

X

El marqués se portó correctamente. Después del café se retiró á sus habitaciones; Melita le imitó, y quedaron solos en el suntuoso comedor Román y la marquesa.

Esta, reuniendo toda la energía de su voluntad, llevó al presbítero, no ya al *boudoir*, sino á su gabinete más reservado, que era á la vez alcoba, pero alcoba lujosísima, en cuyo centro ocupaba gran espacio una cama de palo santo con incrustaciones de marfil, un mueble que parecía una alhaja, y haciendo juego con él, de la misma madera y con idénticas incrustaciones, había á la cabecera de la cama un reclinatorio; en uno de los testeros, el armario de tres cuerpos, y por ende de tres espejos, y el escritorio de señora, una monada, enfrente del armario y cerca del balcón. Se llamaba el reclinatorio *prie-Dieu*, el escritorio *secretaire*, y así

por este estilo, cada cosa tenía su nombre francés, incluso el tapicero, que era *monsieur Prévot*. Este extranjerismo costaba muy caro.

Sentóse el padre, muy turbado con todo lo que estaba viendo en aquel santuario de la belleza, y sentóse la dama enfrente de él, ocupando ambos así las butacas inmediatas á la chimenea, en que, para mayor lujo, no ardía el cok, sino que chisporroteaba la leña.

El *Saint-Julien*, el *Chateau-Laffite* y el *Iquem*, bebidos sin exceso durante la comida, auxiliaban poderosamente á la sinceridad de la penitente, prestándole un valor de que antes careciera. Una copa de *Benedictino* completaba estos alientos, y la expresión bondadosa que tenía el rostro del confesor acabó de decidirla.

Sin embargo, ¡cosa más rara!, el corazón de la muñeca de baile latía apresuradamente, palpitaba con fuerza, como si no se tratara de hacer confidencias á un sacerdote, sino de hablar de una manera muy reservada, íntima, pero en entrevista mundana, con el hombre á quien la adúltera cuenta siempre las miserias y pequeñeces del marido. Era la cuarta vez que con el padre Acebedo la sucedía lo mismo. Empeñábase en limitar su pensamiento al cura; y al verle, consideraba que el cura aquel era muy buen

mozo. Mucho mejor que el maldito secretario de la embajada francesa.

Román esperaba con cierta inquietud la revelación del secreto. ¿Qué iba á saber? ¿Qué nueva tentación tendría que dominar escuchando el relato de su hija de confesión? Misterios de alcoba, indudablemente. ¡Misterios de alcoba contados en la alcoba misma! ¿Existe riesgo mayor? ¿Aquella mujer acabaría por volverle loco y dar al traste con todos sus propósitos? El había jurado solemnemente pagar la culpa del incesto y castigar su carne con castidad hasta la muerte. Jamás el castigo revistió carácter más cruento.

—Vamos, hija mía—dijo, rompiendo el primero aquel silencio, que era más peligroso todavía;—ya escucho. Mientras las culpas están en nuestras almas, son espinas; y cuando salen fuera por la acusación voluntaria se convierten en rosas y aromas; de modo que, así como la malicia las arroja á nuestros corazones, la bondad del Espíritu Santo las echa fuera. Vamos, empieza sin temor ni vergüenza, que lo que se dice bajo el sigilo de la penitencia es tan sagrado, que no debe decirse fuera de ésta, y á cualquiera que te preguntase si me has confesado tal cosa, puedes resueltamente, y sin peligro de

doblez, negárselo. Repito, pues, que perseveres firmemente y tengas por no dicho y totalmente callado lo que está cubierto con el velo sacramental.

Román iba al encuentro del enemigo, fuera cual fuese, heroicamente.

Gertrudis, alentada así, cobró mayor ánimo, y con emoción extraordinaria, lo dijo todo de prisa, muy de prisa, afanosa de llegar al término del relato; la palabra emprendió una carrera loca, á semejanza de lo que resuelven las personas limpias al encontrarse detenidas por el fango. Pasar cuanto antes, sin ver donde pisan, y por ende manchándose más.

En silencio, y demudándose la color á cada frase, el director espiritul escuchaba. ¡Ah! ¡Lo que él temía! ¡Todo lo que temía, superando á sus presunciones! Gertrudis, que era una tentación poderosa, éralo ahora irresistible para la lujuria por esta nueva fase de resistencia al marido; el hermano de Gracia cerró los ojos: no quería seguir viendo la hermosura del rostro, la gallardía del cuerpo; pero no pudo evitar la voz que llegaba á sus oídos, insinuante, llena de súplicas ardientes.

—¡Padre! ¡Padre mío! Usted me salvará. Usted puede salvarme. Esta noche le he estado

observando durante la comida. Ha producido usted en él un sentimiento de respeto grande, del cual le creía incapaz. Sí, con poco esfuerzo ejercerá usted en su ánimo influencia decisiva. No sólo se trata de mí. Se trata de su salud. El médico lo asegura. Mi resistencia me preserva del contagio; pero no es egoísta, no, porque una sola vez que yo fuera vencida, que las fuerzas, ya que no la voluntad, me faltaran, él pagaría su triunfo y sus violencias acaso con la muerte. El doctor lo afirma, el doctor me lo ha dicho. Y además, yo... padre Acebedo, es horrible, es quizás un gran pecado lo que voy á repetir; pero, usted ya lo sabe... Yo... no le amo.

¡Qué rayo de luz brilló de improviso en el desorden de pensamietos que atribulaba al sacerdote! En el momento mismo del naufragio total de sus resoluciones, se presentaba la tabla de salvación para ganar la orilla, flotando sobre las olas. ¡Sí! Allí estaba el remedio supremo, y era preciso apoderarse de él y curar, matando el daño en sus raíces. Hacer la seducción de aquella mujer imposible, hacer imposible todo peligro de unión carnal entre ella y él. Se irguió bruscamente, abrió los cerrados párpados, hizo que ante la suya bajara Gertrudis la mirada, extendió los brazos con imperativo

ademán para imponerla silencio, y después, con tembloroso lenguaje, pero dando á su voz, no la entonación del consejo, sino la del mandato irrevocable, he aquí lo que dijo:

—El médico padece error manifiesto; y aunque así no fuera, las órdenes de la ciencia tienen que anularse cuando contravienen las superiores de Dios y de la Iglesia. Ese hombre es tu marido. Tú eres su mujer. No amándole, pecas; resistiendo, te opones al segundo misterio que se simboliza en el matrimonio, que es la unión de Dios con la naturaleza humana, obrada en el vientre purísimo de María Santísima por la encarnación del Verbo divino, y significa la conformidad y similitud de la naturaleza entre Cristo y su Iglesia; y esta unión se representa en la de los cuerpos en el matrimonio carnal y consumado. ¿Ignoras acaso que la unión con tu marido es tan riguroso y estrecho vínculo, que venís á ser los dos una misma carne y un mismo hueso hasta el punto de que sólo Dios puede separarle?. Si él sufre, tú no debes gozar; si su carne está enferma, la tuya no puede estar sana.

La marquesa escuchaba horrorizada.

—¡Pero, padre! ¡Padre mío! ¿Qué exige usted de mí?

Román se mostró inexorable.

—Exijo que cumplas con tus deberes de esposa, que reconozcas los derechos de tu marido y no te rebeles contra su autoridad.

Gertrudis fijaba en él una mirada de loca. No podía hacer movimiento alguno. Tenía la parálisis del terror. El sacerdote continuó hablando con extremada agitación, pero cada vez con mayor imperio. La penitente lloraba; por último, con un esfuerzo supremo, se arrojó á los pies de su juez, se abrazó á sus rodillas, exaltada en aquella lucha, con el frenesí de la súplica.

—¡Padre, por Dios, piense usted lo que dice! Usted tiene talento; usted no puede ser un cura capaz de imaginar esas rutinas.

—¿Rutinas? ¡No lo son! No son rutinas. Es preciso.

Y al decirlo, el confesor procuraba desasirse de aquel abrazo de sierva, de esclava, porque sentía que, de continuar en tal postura y en tan humillante caricia, las sobrehumanas resistencias iban á faltarle.

Entonces ella, á su vez, tuvo la visión, clara hasta la evidencia, de lo que estaba pasando en el espíritu de aquel hombre. A su vez lo comprendió todo, y pudo darse la verdadera explicación de lo que consideraba absurdo. Se irguió, abandonó como inútil el ruego, tuvo la sonrisa

de una vencedora, púsose en pie, y, mirándole intensamente, en voz todavía más baja que la de sus confesiones, más baja y con emoción inenarrable, la muñeca de salón concentró en el primer tuteo todo lo que dentro de ella había como espíritu, como nervios y como entrañas.

—Conque eso quiere decir... ¡Eso! ¡Que tú me amas!

No esperó la respuesta; lo atrajo hacia sí, estrechándolo fuerte y nerviosamente, y, poniéndose de puntillas para llegar á su oído más misteriosamente aún, añadió:

—¡Y yo!... ¡Yo también soy tuya!

Se vió rechazada con inaudita fuerza, con inesperado impulso.

—¡De Dios tienes que ser!... De tu marido... Pero mía... jamás... Y ahora menos que nunca... ¡Ah! ¡Desdichada! Pudiste adivinar mis sentimientos. Pues bien: sí, te amo... Pero esta pasión la acepto como un castigo... No te he contado toda mi historia... No sabes tú el crimen que condena mi alma... Ahora, puesto que es preciso, vas á saberlo. Verás cómo el destino de este amor es la desesperación y la muerte.

Paseaba por la habitación con desordenado andar. Gertrudis llegó á sentir miedo.

—Este es mi delito. Escucha.

Y lo contó sin perdonar un solo detalle. Contó desde el principio hasta la consumación del incesto. Gertrudis, para escuchar, reprimía los sollozos.

—Es mi hermana, ¿entiendes?... ¡Mi hermana!... La hija de mi padre... Está enferma... Se muere... Y yo la dejo morir, porque ha pecado... Su muerte es una expiación, una penitencia sus sufrimientos... También lo son los míos... También yo quiero morir abrazado al crucifijo.

—Pero, ¿y yo?... ¿Y yo, Román?...

Era el supremo grito, en que se cifraba el egoísmo de la pasión.

—Tú—dijo el fanático con pausado y solemne acento,—tú, mujer, irás al encuentro del hombre á quien perteneces y te ofrecerás. Tú, mujer, que antes le resistías.

—¡Román! ¡Román! ¡Puedo morir!

El confesor, antes de que ella pudiera impedirlo, había tirado con violencia del cordón de seda que pendía desde el techo junto al reclinatorio. La primera doncella se presentó al sonar la campanilla.

—Llame usted al señor marqués, de parte mía y de la señora. Con urgencia.

Cuando la sirvienta los dejó nuevamente solos, se miraron pálidos, inmóviles.

Román indicó á Gertrudis el reclinatorio.

—¡Reza! ¡Espérale rezando!

Poco después, cuando el marqués se presentó, escuchó con asombro inaudito lo que motivaba aquel llamamiento hecho con tanta premura por el confesor de su mujer. Gertrudis, durante esta conversación, continuó arrodillada ante el crucifijo. ¿Lloraba ó rezaba?

—Y ahora—terminó Román respirando con desahogo,—cumplido ya mi deber, abandono esta casa. Mi sitio está en la iglesia, en el confesorio. He podido dejarlo por motivos de tanto peso. Allí espero á ustedes.

Marido y mujer quedaron solos.

Y cuando Román, á las once de la noche, hora desusada para él, entró en su casa, las temblorosas manos de Teotista levantáronse á la par, y, mirando el semblante demudado de su señorito, no pudo contenerse:

—Pero, ¿viene *usté* malo?

—¡No!

—¡*Tray* una cara!... Cualquiera diría que acaba de hacer un crimen.

XI

¡Un crimen! Eso podía llamarse, pero crimen inevitable. El cielo, la salvación en la otra vida, en la eterna, la unión íntima del alma con su Creador, ¡qué caro se paga aquí, en este valle de dolores, que sólo era de placeres para dos criaturas, para D. Fermín y su flamenca sobrina! Pensar lo que estaría sucediendo en aquel instante en la espaciosa alcoba cuyos muebles eran todos de palo santo, le sobrecogía, le aterraba. Allí estaba tomando proporciones gigantescas y formas de monstruo un nuevo y mayor remordimiento para la conciencia del sacerdote.

En vano procuraba olvidar cuanto acababa de decir y hacer á impulsos de una voluntad indomable. En vano á todos los reparos que se acumulaban como otros tantos cargos en contra suya, oponía con la estúpida terquedad del reo convicto y confeso que quiere eludir el castigo,

la nimiedad de su única circunstancia atenuante. Condenar á muerte ¿á quien? al amor. ¡Mucho más todavía! Él había echado el armiño en el fango, la limpieza en la porquería, y la salud habíala puesto en contacto con la epidemia más repugnante. Eso era obra suya, que se estaba realizando.

¡Gertrudis! ¡Gracia! Dos víctimas sacrificadas ante un ídolo qne, á semejanza de algunos de la India, tiene por holocausto más agradable el que mancha con sangre humana sus altares. Ante el celibato eclesiástico. Y aquel ridículo marqués de Florida ¿qué fué lo que le dijo? ¡Que los cardenales de Roma obsequian á los extranjeros bebiendo el vino de la hospitalidad en una orgía, partiendo con ellos el pan y las mancebas! Pues bien: él, cura español, hombre elegido por Dios para realizar todas las locuras del fanatismo religioso, daba la réplica al mismo Vaticano. ¡Él, Román Acebedo!

En la plenitud de la vida, en lo más lozano de la virilidad, una mujer, que no era por cierto ninguna perdida del Transtévere, una dama, hermosa como Venus, idealizada por las aspiraciones á la virtud, á la pureza, rehabilitada de su adulterio, caía, por fin, en sus brazos, entregándose en un éxtasis tal, que, así como el de

Teresa de Jesús era sensualismo y anhelo de una posesión sexual, más que del Hijo de Dios del Hijo de María, en ella fué admiración al sacerdote, y luego deseo de ofrecerse al hombre. El cardenal monseñor P... haría en este caso lo que se le antojara; él, más grande sin púrpura que con ella, él rechazó á Gertrudis, la sometió al férreo yugo, la sujetó y sujetó sus instintos de bestia lasciva; y así atada de pies y manos, la tiró, como una masa de carne palpitante aún de cariño, en la cama nupcial, devolviéndola al poder del marido: «Ahí la tienes. Es tu propiedad. Mátala con el contagio de tus besos. Hazla imposible para mí, aléjala del mundo con tu lepra, y acércala á Dios por el camino de la muerte». Un crimen era; pero tal, que le recordaba las palabras del sombrío célibe del Eclesiastés:

«Hay justos á quienes sucede como si hicieran obras de impíos, y hay impíos á quienes acaece como si hicieran obras de justos.»

El Eclesiastés era también el que le aconsejaba con estos otros conceptos:

«A la risa digo: enloqueces; y al placer: ¿de qué sirve esto?»

«Y yo he hallado más amarga que la muerte la mujer: la cual es redes, y lazos su corazón: sus manos como ligaduras. El bueno delante de Dios escapará de ella; mas el pecador será preso en ella.

«Vanidad de vanidades, todo es vanidad.»

«¿Qué es lo que fué? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol.»

«Anda, y come tu pan con gozo, y bebe tu vino con alegre corazón.»

Esto último sí que resultaba para Román un versículo incomprensible, y un consejo que no podía realizar. ¡Gozo y alegría de corazón! ¿Cuándo iba á tenerlo? Ahora menos que nunca.

Dieron las doce campanadas en el reloj de la próxima iglesia. ¡La media noche! Gracia dormía. Toda la casa estaba en silencio, oyéndose la respiración anhelosa de la histérica. Teotista acababa de acostarse en el gabinete, poniendo un colchón en el suelo para estar al cuidado de la enferma. No había más luces encendidas que las velas del altarito de la Virgen en el oratorio de Román. Este se acercó, se arrodilló, puso sus manos cruzadas en los mantelillos, y buscó los diferentes grados de la oración de unión con Dios, la unión de la voluntad suya con la voluntad divina. Recordó las advertencias de Santa Teresa: «Las almas que no gozan más que la

unión activa pueden tener mucho más mérito, porque es el fruto de sus esfuerzos: el Señor las trata como almas fuertes á quienes reserva, para dárselo todo á un tiempo, aquello de que las priva en este mundo.»

Gran rato estuvo sin acordarse más que de Dios, sin poder amar otro objeto, y con el entendimiento tan lleno de luz, que no podía pensar en otra cosa, ni aun en la gracia que disfrutaba; en ese estado, en fin, en que el amor divino forma esa dichosa oscuridad en que se hallan suspensas todas las potencias del alma. No pudo, sin embargo, llegar hasta el *éxtasis*, y sí sólo á la *aridez sustancial*, á la aridez del espíritu, que es una luz celestial por la que Dios hace conocer al alma su nada, y entonces sintió como si se hallara en la más cruel agonía. De una parte conoció que estaba más resuelto que nunca á vencerse en todo y servir al Señor; mas le pareció á la postre que el Señor le rechazaba, á causa de sus imperfecciones, y que empezaba desde esta vida á hacerle experimentar las penas del infierno, abandonándole.

De pronto desaparecieron como por encantamientos los misticismos en que estaba sumida su plegaria. Fué como si, caminando por una llanura, llegase á un tajo profundo en que se cortaba la carretera. Fué el contraste que encuentran los ojos acostumbrados á ver tierra y de improviso y por primera vez contemplan el mar. De pronto tuvo la visión clara de su amor á Gertrudis, no aniquilado, sino más fuerte, más poderoso entonces, en aquel instante mismo, cuando quizás la obra de destrucción estaba consumada. ¡Apasionado hasta la desesperación, desesperado hasta la locura, así estaba! Amaba á la marquesa, y en vano condenó á la podredumbre aquellas formas tangentes, á la fetidez aquel aliento; amaba y sentíase capaz de todo, hasta de imitar á los necromanos, y muerta la marquesa, desenterrarla y morir abrazando su cadáver. Era horrible, pero cierto.

Ahora sí que se despreciaba, ahora sí que se maldecía, y, pensando en lo que acababa de realizar, teníase por un miserable. Se representó en su memoria, en su recuerdo, en la imaginación de lo reciente, la escena ocurrida en la alcoba delante de la chimenea, teniendo á dos pasos, á la espalda de la butaca en que él estuvo sentado, la cama de palo santo con incrustaciones de marfil, cuyas incrustaciones reproducían costumbres de Pompeya. Vió á la marquesa caer de hinojos, abrazarse á sus rodillas, y de nuevo experimentó la sensación que le produjo aquel

contacto; la vió después levantarse, atraerle, fijar en sus ojos una mirada de sorpresa.

—¡Eso quiere decir!...¡Eso!...¡Que *tú* me amas!

Y luego, más estrechado por ella, abrazado nerviosamente, con la fuerza nerviosa de la pasión, con palabras que le besaron la oreja al decírselas al oído:

—¡Y yo también!... ¡También... soy tuya!

¿Qué hizo él entonces? Llamó al marqués; al verla en tal estado, llamó al marido, la entregó á la lubricidad de un ser á quien la lubricidad había señalado con una mancha asquerosa é infamante. El se acordó entonces de que era sacerdote, se olvidó de que era hombre.

Y en el silencio de la noche, en la soledad del cuarto, Román lanzó una carcajada estridente. A la verdad que era cosa para reirse de sí mismo. Se apartó del oratorio, donde era ridículo pensar aquello y permanecer en la fervorosa postura. Apagó todas las luces, y á oscuras se acostó. Se acostó; y en lugar de la calma que buscaba, dió lugar á mayores agitaciones. ¡Ya todo había concluído! ¡Ya la perdió para siempre! ¡Qué cambio! ¡Cuánta mudanza iba á sufrir la belleza de Gertrudis, y su mismo amor, rechazado por él tan brutalmente! Distinto hubiera sido, diferente suceso acaeciera, obrando él

de otro modo. Haciendo lo que en su caso haría el colector, el padre Servando, quién sabe si el mismo Carponto, y, sobre todo, el cardenal, de quien tenía noticias por el tourista marqués de Florida, el famoso monseñor P... ¡Bah! Toda la iglesia militante, si supiera cómo las gastaba Román en los asuntos de faldas, le trataría de estúpido, como le trataba el padre Fermín, considerando que su puesto no estaba en el templo, sino en una casa de orates. ¡Estúpido! ¡Loco! ¡Imbécil!

Román se levantó. Vistióse de nuevo apresuradamente. Puesto que no era posible dormir, velaría. Abrió el balcón. Hacía un frío glacial, pero el padre Acebedo no lo sintió. Vibró en la torre una campanada. ¿Eran las doce y media, ó la una? Durante el éxtasis había perdido la noción de medida de tiempo. Después de todo, ¿qué le importaba la hora? Miró la oscuridad de la noche frente á sí. En el cielo tenían un brillo insólito las estrellas. ¡Los imbéciles eran ellos! El sabía muy bien lo que hacía y lo que se proponía hacer. Allí, ante el grandioso espectáculo de la naturaleza, dormida en brazos del Dios de las alturas, vió á la Iglesia de Cristo en el simbolismo de aquella vibración, que rompió el silencio partiendo de la torre; la

vió con los cimientos y bases de naturaleza terrenal únicamente, clavada en el suelo, apegándose á los bienes y goces de este mundo procurando conquistar los pueblos y sujetar reyes á su dominio, cayendo unas veces y levantándose otras, tan pronto victoriosa y rehabilitada como vilipendiada, derrotada y escarnecida. ¡Los imbéciles eran ellos! ¡El no! ¡El sacrificaba el hombre á la misión que se había propuesto cumplir. Sacrificaba el amor á la ambición. Era presbítero; pues bien: llegaría á más. Se trataba de eso precisamente. De subir por todos los grados de la jerarquía eclesiástica; y para subir sin miedo, era preciso no bajar los ojos para mirar de qué materia estaban hechos los escalones. Fijarse en lo alto, ascender hasta allí, aunque durante el ascenso se pisaran cadáveres, se hollaran amor, riquezas y honores, aunque uno de los tramos fuese un barril de pólvora. ¡Subir! Subir siempre, y de una vez enseñar á todos cómo se llega y cómo se domina el mundo. Era presbítero, y quería administrar de un modo más fijo y estable, pasando por los distintos grados de vicario temporal y parroquial al de cura párroco, y no detenerse, r más allá; y si la fortuna era próspera, ¿quién sabe? El mencionado monseñor P..., ¿acaso no

fué presbítero como él? ¿Y León XIII? ¡Ah! Siendo cardenal podía ser elegido papa. Aquello fué la fábula de la lechera. Vió morir al pontífice. Vió salir del Vaticano á los oficiales; vió á los secretarios entregar al cardenal camarlengo los sellos y el anillo del pescador; asistió á los diez días, durante los cuales se celebraron los funerales y exequias.

Ya estaba reunido el cónclave; ya se habían agupado los cardenales en la basílica de San Pedro, y se celebró la misa de *Spiritu Sancto*. Ya regresaban al palacio apostólico cantando el himno *Veni Creator*. Ya se cerró la puerta con cuatro llaves. Ya no tenían comunicación posible con el exterior sino por medio del torno de honor cuya guarda está confiada á los patriarcas, arzobispos y obispos. Estaban presos, y, como no habían hecho la elección en los tres primeros días, casi sitiados por hambre, sirviéndoles tan sólo un manjar á la comida y cena. La elección era por escrutinio; cada cardenal llenaba los blancos de su papeleta con el nombre del elegido. El ponía en la suya, por sangrienta burla, el de monseñor P... *Ego cardenalis eligo in summum pontificem reverendissimum Dominum meum.* ¡Su nombre! Román Acebedo. Era el suyo el que todos, empezando por

el decano del Sacro Colegio, habían votado en igual forma: tomando la cédula, dirigiéndose al altar, ante el cual se arrodillaron, teniendo la cédula levantada, y prestando juramento en alta voz con estas palabras: *Testor Christum Dominum, qui me judicaturus est, me eligere quem secundum Deum judico eligi debere.* Su nombre el que se había colocado sobre una patena, y de esta descendió al gran cáliz de oro. Su nombre el que luego supo el pueblo, que vió desde la plaza salir por el cañón de la chimenea el humo más claro que el de la paja húmeda quemada, el humo que indicaba haber recaído elección.

Se vió, por fin, revestido con los hábitos pontificios: con la sotana y medias blancas, los zapatos rojos; con la cruz, roquete, muceta, estola y solideo blancos. También se vió sentado en la sede gestatoria, recibiendo la primera adoración de los cardenales; y uno de éstos, después de haber prestado obediencia, precedido de un maestro de ceremonias que llevaba la cruz papal, llegábase al balcón, desde el cual se dirigía al pueblo con estas palabras: *Annuntio vobis gaudium magnun: habemus papam eminentissimum et reverendissimum Dominum...* ¡Oh! ¡Qué importaba ya el crimen acabado de

cometer en la persona de la marquesa, ni el que estaba cometiendo con dejar abandonada y sola en la agonía á su hermana! ¿Y estos goces? ¿Y estas alegrías? A toda costa era preciso llegar á experimentarlos.

Mientras la mole negra de los edificios se agigantaba, tomando aspectos y siluetas estrafalarias en la noche oscura, el sacerdote encontró, por fin, su reposo; y con la sonrisa de aquellos sueños de ambición volvióse á la cama, repitiendo las palabras del Eclesiastés:

«Dije al placer: ¿de qué sirve esto?»

En buen hora que hombres como el padre Fermín, desprovistos de todo anhelo, repitieran aquellas otras:

«Vanidad de vanidades, y todo vanidad.»

«Anda, y come tu pan con gozo, y bebe tu vino con alegre corazón.»

«Goza de la vida, con la mujer que amas, todos los días de la vida de tu vanidad que te son dados debajo del sol.»

El, Román, prefería la gloria. La marquesa era nada más que una ocasión para darse á conocer allá, entre la curia romana, y juró aprovecharla.

XII

La primera persona que se acercó á la rejilla, apenas hubo entrado el padre Acebedo en el confesonario, fué una mujer envuelta la cabeza en un tupido manto.

Arrodillándose, entreabrió los pliegues de éste y mostró la cara, en que desesperación y dolor habían impreso su devastadora huella.

—¡Soy yo, Román! ¡Te he obedecido!

¡Gertrudis! ¡La víctima! El primer escalón para subir, allí estaba, á su merced, pidiendo ser pisoteado nuevamente.

—He traído á Melita. ¡Mi hija! Quiere también confesarse contigo.

Y como viera en el sacerdote un gesto de enojo:

—No te enfades porque siga tuteándote después... después... de lo pasado... Déjame este consuelo siquiera... Bien lo gané... Además, nadie nos oye... Conozco que voy á morir muy pronto... Perdóname... como se perdona á los moribundos... Te amo, sigo amándote... Hoy más que ayer... Iré adonde tú me digas... Haré lo que tú mandes... como lo hice ya... ¡Oh! ¡Qué horrible noche!... No puedes figurártela... El está peor... El médico tenía razón... Creo que de esta hecha se nos muere.

—¿Que se muere el marqués?—exclamó Román asustado, sorprendido de los efectos de su acción al verlos en la realidad.

—Sí... Está en la cama... El doctor vino... asegura que su estado es muy grave... ¿Y sabes lo que me ha dicho?

—¿El qué?

—«Señora, nada se oculta á la ciencia. Usted no ha podido ó no ha sabido resistir, como era su deber.» ¿Oyes?... El también dice que no era mi deber obedecerte. «La noche pasada costará la vida al señor marqués.»—¿Y yo? le pregunté; ¿y yo? ¿Qué me pasará á mí?»—«Usted, terminó, desde hoy puede considerarse en análoga situación. Acudiremos, si es posible, á tiempo.»

—¿Cómo?—preguntó Román.

—Sí; me ha puesto en cura. Una receta. Una medicina. ¡No sé lo que es! Ya la he tomado.

—¿A qué hora se llamó al médico?

—De madrugada... No quiero contarte los detalles... Son horribles... El marqués dió de pronto un horroroso grito... Estaba allí... en mi cama... tendido á mi lado... junto á mí... Salté del lecho asustada... Sequé mis lágrimas como pude... Porque ya puedes figurarte... que he llorado mucho... Le vi desmayado... Desvanecido por el dolor... Envié en busca del doctor... Mi marido... todavía no ha vuelto en sí...

—Bien está--contestó el padre Acebedo secamente.—La religión ha hecho lo que le corresponde... Dejemos ahora los caminos abiertos á la ciencia. En cuanto á ti, hija mía, has empezado la vida de una gran mortificación, y debes perseverar en ella; pide á Dios el desprendimiento completo de las cosas de la tierra.

Gertrudis le miró sorprendida.

—Pero, Román, no es eso... Yo no he venido aquí para tratar de eso... He venido para hablar contigo...

—Y yo estoy en el confesonario... Aquí eres para mí una penitente... Una de tantas... Digo más... Lo eres aquí y fuera de aquí...

—Y... ayer... ¿Y lo que ayer pasó?

—Fué un sueño. Debes olvidarlo. Si no vienes á confesarte, si es tu hija la que viene, levántate y que ella se acerque.

—¡Román! ¡Román!—contestó la devota con un sublime arranque.—Ayer te dije que era tuya. ¡Hoy, no pudiendo ser tuya, quiero ser de Dios!

No es posible relatar lo inefable del gozo que experimentó el padre Acebedo al escuchar tales palabras. El triunfo era completo. La marquesa estaba fanatizada. Aquella mujer, bajo su dirección, era capaz de todo. Rápidamente concibió el plan que debía seguir para lograr sus fines.

—Levántate, retírate, llama á tu hija. Que venga y la oiré en confesión.

—¿Y á mí?

—Aquí no. Esta tarde iré á verte. Ahora recibe mi bendición, porque bien la mereces.

A las doce dejó Román las tareas de juez en el tribunal de la penitencia, encaminándose á la sacristía.

Allí vió nuevamente al padre Fermín, su amigo íntimo hasta el día anterior; el colector fué á su encuentro con la sonrisa en los labios.

—¿Se le ha pasado á usted ya? ¡Mal genio!

El padre Acebedo tomó el partido de reirse. Verdaderamente ahora, considerándolo á san-

gre fría, no había motivo para la riña. Ahora Román quería ser amigo de todo el mundo, porque estaba contento. ¡Muy contento! Iba á conseguir lo que se había propuesto. Considerábalo ya como cosa hecha, y el futuro papa tenía que mirar con gran benevolencia al que se contentaba con recaudar el importe de las misas y entierros, y no pasaba de ser el tío postizo de una buena hembra andaluza y llena de carnes que se llamaba Anita.

Los que aspiran al papado no deben considerar como insignificante ninguna enemistad en el seno de la Iglesia.

Fuerza es decirlo. Román, por desdicha, no se equivocaba. Hay ciertos estados especialísimos que acusan la flaqueza de la limitada inteligencia humana, y Gertrudis empezaba á ser víctima de uno de estos estados.

Había acudido á la religión y al sacerdote huyendo del amor, y al pie del altar, en el mismo confesonario, encontróse con el amor de nuevo. El hombre, como dueño, era esta vez más despótico; como enemigo de la paz del alma, más temible; porque el hombre era un ministro del Señor. Cupido se disfrazaba con manteo, sotana, cuellecillo y ceñidor.

Al verse rechazada cuando se ofreció en sus

brazos, lejos de sentirse herida, sintió la mano que la sujetó para siempre. Sintió los hierros de la esclavitud. Vió en Román una superioridad que la fascinaba. Tal vez teniendo aquella escena su desenlace natural; tal vez gozada la oferta y realizado el extremo á que llevaba el deseo de los dos, Gertrudis se hubiera salvado de toda servidumbre, porque hubiese visto en su confesor un hombre como los demás. Pero el soberano dominio de voluntad que demostró tener el padre Acebedo la deslumbró: como Román había juzgado acertadamente, estaba fanatizada. Iría adonde él quisiera. La vanidad de la dama, que entraba por mucho, necesitaba creer que era un santo aquel que amándola la resistía. En todo esto pensaba el presbítero mientras hacía las paces con D. Fermín; y ya iban los dos á retirarse por ser la hora de la comida y haber terminado sus deberes de la mañana en el templo, cuando se presentó un mocetón vestido de librea.

—¿Está aquí el padre Acebedo?—preguntó, quitándose al entrar su achatada gorra de plato.

—Yo soy—contestó el llamado.

—De parte de mi señora, que vaya inmediatamente, porque el amo se muere y ha dicho que quiere confesarse con usted.

—¿Y quién es tu señora, zángano?—exclamó el padre Fermín.—¿Quién es tu amo?

—El señor marqués de Florida.

—¡Carape!

Y el tío de Anita, con esta interjección, que le servía de comentario, quedóse mirando á su colega, cuya turbación era manifiesta.

—Di que voy en seguida. Ahora mismo.

Que el marqués estaba enfermo, que había tenido que guardar cama, ya lo sabía. Lo sabía por noticia de la misma Gertrudis y desde aquella mañana. Pero que el peligro de muerte se presentara tan pronto dejábale suspenso y maravillado.

El lacayo, al retirarse, había dicho:

—Quiere mi señora que, si hay tiempo, reciba el amo todos los sacramentos.

Román, despidiéndose del padre Fermín, se encaminó precipitadamente al hotel.

En la misma alcoba donde dió el espantable grito, en la misma cama de palo santo y marfil, en el sitio donde, por fin, sació su lujuria la noche antes, allí iba á morir, allí estaba.

El médico, al ver entrar al sacerdote, le devolvió su saludo con otro ceremonioso, y se retiró.

La marquesa, acercándose á Román, hizo un expresivo gesto levantando la vista al techo, moviendo al par la cabeza. Aquello quería decir: «No tiene remedio. Hoy quedará todo terminado.» Melita, á los pies de la cama, miraba el rostro del enfermo, y procuraba contener sus lágrimas. El gentilhombre, al ver á su convidado de la noche anterior, dijo lentamente:

—Quiero quedarme solo con él.

Gertrudis tocó en el hombro á su hija, y ésta, estremeciéndose al contacto nerviosamente, se levantó y siguió á su madre, que, al pasar, advirtió al padre Acebedo en voz baja:

¡Luego, en el *boudoir!*

—¡Luego! ¿Cuándo? Cuando el alma hubiera abandonado aquel cuerpo lleno de podre. El padre Acebedo no pensaba salir de la alcoba hasta que esto sucediera.

No reproduciremos toda la confesión. Baste decir que Román combatió rudamente contra todas las tentaciones de que encontró poseído al moribundo.

No le habló de la justicia de Dios, de las penas de los condenados y la enormidad de sus culpas; antes bien procuró inspirarle con oportunidad sentimientos de confianza en la misericordia divina, en la pasión del Salvador, en las

promesas y en la intercesión de la Virgen Santísima y de los santos.

—Dios—le dijo—desea más nuestra salvación que nosotros mismos, y se lamenta de verse abandonado por los que quisiera estrechar en su corazón. Busca sus ovejas perdidas, y cuando encuentra una, la acaricia, la abraza y la pone sobre sus hombros. Ámala con una ternura particular, como lo manifestó con Santa María Egipciaca, la beata Angela de Fulgino, Santa Margarita de Cortona y otras muchas pecadoras. Así, todo el que tiene buena voluntad no ha de temer ser condenado por un Señor tan bueno, que por no condenarnos se condenó á sí mismo á morir en cruz.

Como viera en este punto que el enfermo se impacientaba á causa de sus padecimientos, le recordó todo lo que padecieron los mártires; le dijo que las angustias de la enfermedad eran inevitables; que con su inquietud y rebelión no haría más que aumentarlas y exponerse á mayores penas en el otro mundo; pero que si, por el contrario, aceptaba aquellos dolores poniendo la mira en Dios, abreviaría el purgatorio y aumentaría su recompensa en el cielo.

—Los dolores de la última enfermedad—añadió—completan nuestra corona eterna, porque, según San Buenaventura, sufrir con paciencia es la obra más perfecta de todas.

—¡Oh padre!—replicó el marqués.—Los dolores no me aterran. Vengo soportándolos hace muchos años. Lo que sí me entristece es que sean los últimos. Morir. Tengo bienes de fortuna sobrados para enriquecer al que me diera la vida con una receta. Tengo honores. Todo me sonríe, y muero.

—Los bienes terrenos, hijo mío, no son verdaderos bienes, sino bienes de teatro que se desvanecen ó causan más pena que contento; los que nos satisfacen plenamente y no pasan jamás son los que Dios nos reserva en el cielo. No te aflijas por dejar á tu mujer, á tu hija, á las personas que, además de éstas, te sean queridas. Todos debemos morir, hermano; lo que has de procurar ahora es merecer tu salvación, y en el cielo pedirás por ellos, y algún día seréis dichosos juntos por toda la eternidad ¿Has hecho testamento? Si no fuera así, yo me retiraré, si quieres, para que lo hagas en el acto; porque es útil para la paz de tu familia y para el descargo de tu conciencia.

—Hecho está, padre, hace tiempo. Tuve esa previsión al adquirir el convencimiento de que moriría de esta enfermedad.

—A favor de tu mujer y de tu hija, ¿no es cierto?... ¿Y de nadie más?

El enfemo no contestó. Román se mordió los labios.

De pronto cobró el sacerdote mayor susto mirando el rostro del enfermo. ¡Oh! ¡Pero si no era posible! ¡Aquello iba, como vulgarmente se dice, por la posta! ¡La respiración dificultosa, los ojos hundidos, la nariz afilada, las sienes contraídas! ¡Iba á entrar en la agonía tan pronto!

—¿Me oye usted, marqués?...—gritó asustado.

—Sí—respondió el moribundo con voz débil,—sí... pero... me pongo mucho peor.

—Acaso será pasajero. ¿Quiere usted hacer un acto de resignación?

—Quiero...—dijo el gentilhombre—que me deje usted en paz. Esto... me parece... muy... muy pesado.

Román no esperó á más. Salió de la alcoba. Entró en el inmediato *boudoir*.

—Que avisen á la parroquia. Que vengan inmediatamente.

—¿Para la comunión?—preguntó la marquesa con una tranquilidad asombrosa.

—No, no puede comulgar. Se muere; esto viene como un rayo. Para la extremaunción.

—¿Le ha absuelto usted, padre?—preguntó la llorosa Melita.

—*Sub conditione*, hija mía; porque está como privado de conocimiento; es decir, privado, no; pero no tiene ya el uso completo de la razón.

Melita lanzó un grito supremo.

—Yo quiero verle.

Hubo que sujetarla y convencerla del mucho daño y ningún provecho que resultaría de acceder á su voluntad.

—Nada tiene usted que hacer allí—dijo Román,—y yo tampoco. La extremaunción; que avisen inmediatamente.

Con lo cual Melita se desmayó, y fué preciso trasladarla á su cama.

Cuando Gertrudis quedó sola con el sacerdote, éste, bajando los párpados, repetió á la mujer la pregunta:

—¿Ha hecho el marqués testamento?

Quedóse maravillado al oir la contestación.

—El marqués no tenía más bienes que la administración de los míos, por ser mi marido. Toda la fortuna, así como el título, me pertenecen.

¡Ya era suya!

XIII

Había sido tan inesperada y repentina la agravación de la dolencia, hasta llegar en pocas horas á lo desesperado, que los numerosos amigos de la marquesa nada sabían, y seguramente Madrid entero ignoraba que estuviese agonizando un palaciego.

Aconteció, pues, que por el desmayo de Melita, cuyo cuerpecillo de muchacha que empezaba á ser mujer se llevaron más desgarbado que nunca las doncellas, para acostarlo en su virginal lecho; por este desmayo y ausencia, Gertrudis y Román quedaron olvidados de todas las gentes del hotel.

Por el balcón del *boudoir* vieron salir de nuevo al lacayo que iba á la parroquia; en la inmediata habitación oíase cada vez más dificultosa la respiración del moribundo y la voz del mayordomo, que acababa de entrar, y, acercándose,

decía estúpidamente: «Señor marqués, señor marqués, ahora vendrán. Han ido ya por ellos.» Como si pudiera oirle, y como si se tratara de un vaso de agua, de un cigarro puro ó de otra de las muchas órdenes que daba el día anterior el gentilhombre.

La marquesa se acercó á su confesor. Tenían sus ojos un brillo extraño; la expresión del semblante, la actitud, todo acusaba la exaltación del espíritu.

Repitió lo que había revelado.

—La fortuna y el título son míos. Vuelven á mi poder. Vuelven cuando ya no los quiero.

—Y, ¿por qué no?—contestó el padre Acebedo.—Antes, al contrario, debes alegrarte de que lleguen cuando puedes emplearlos de la manera más conducente á la salvación de tu alma.

—¡La salvación de mi alma! ¡No es posible! ¡Tampoco puede ser!

Hízole sentar á su lado, é inclinándose, acercándose más, añadió:

—Ya sabes tú por qué.

El hermano de Gracia experimentó como una sacudida eléctrica. Conoció los riesgos á que se exponía en aquella entrevista, proporcionada por la casualidad únicamente. Quiso evitarlos y conjurarlos con una frase que devolviera á la

marquesa el sentimiento de la realidad, y sólo supo decir:

—Piensa en Dios. En lo que está pasando en esta casa.

La contestación reveló á la mujer.

—Yo no pienso desde anoche más que en ti.

Retuvo al sacerdote, que hizo un movimiento como para alejarse, como para huir.

—En ti, Román. ¿No lo conoces? ¿No lo estás viendo? Es verdad; ahí en esa aleoba se muere mi marido. Estamos oyendo el estertor de su agonía, y yo te hablo de mi amor. Yo, que no quería decirte otra vez lo que te dije. Ni oir de nuevo lo que tú me respondes. Sé que sufres como yo. Sé que sigues amándome *á pesar de todo*. ¿Lo entiendes? A pesar de todo. Eso me pasa á mí. ¡Dios! Dios es bueno; Dios será nuestro consuelo. Pero no tiene poder bastante para arrancar de nosotros esta pasión. Será una herejía decirlo, pero es cierto, Román, es cierto.

¡Ah! ¿Qué se hicieron los propósitos del futuro papa? Cuando ya tenía segura la victoria, cuando todo se conjuraba en favor suyo, la carne, rebelándose de nuevo, iba á conseguir que se perdiera todo. Se pasó la mano por la frente. Un sudor repentino y copioso, un vahido, cuanto acusa el vencimiento llegó á sentirlo. Hizo un esfuerzo

sobrehumano. Ya que la presencia y la proximidad del cuerpo de Gertrudis le causaban aquellos trastornos, era preciso que lo imposible viniera en su socorro.

—¡Cuéntame! No me has dicho lo que pasó anoche. Lo que ocurrió entre él y tú, entre vosotros dos.

La hermosa comprendió el objeto de aquella exigencia. Comprendió que buscaba Román el áncora de salvación en esta pregunta. Tuvo, inspirada por el egoísmo de la pasión, las intenciones de mentir, de engañarle, diciendo: «Me resistí á pesar de tus órdenes, y no pasó nada.» Pero, ¿acaso era posible?

Valerosamente emprendió la enumeración de los hechos.

Un relato repugnante. Román buscaba en él remedios supremos al sensualismo que le dominaba, á la emoción que sentía. Encontró, en lugar de esto, sobreexcitación mayor. Preciso es decirlo claramente. La escena vista no hubiera producido mayor impresión que descrita por ella misma.

—Cuando quedamos solos se arrojó á mis pies, me abrazó fuertemente las rodillas, luego se levantó. «¡Por fin!», dijo, y me besó en la boca con el ansia frenética de un loco, de un ende-

moniado. Estaba horrible. ¡Parecía un sátiro! Yo cerré los ojos. Pensé en que era preciso obedecerte. En que eras tú el que me lo mandaba, y me abandoné en sus brazos. Lo que pasó no he de contártelo: fué un delirio suyo, un espasmo de todo mi ser. Yo era una estatua.

Luego terminó:

—Ahí está, se muere. El médico dice que yo le he matado.

Lo que en aquella narración se callaba, suplíalo perfectamente la imaginación del tonsurado. La imaginación, la fantasía, que iba tal vez más allá de lo sucedido.

Permanecer un instante más al lado de ella, en la soledad en que estaban, soledad propicia á todo, era correr un grave riesgo. Román se levantó. No quiso esperar á que llegaran los Santos Oleos. Se apartó de Gertrudis. Salió del *boudoir* y luego del hotel, casi corriendo, como un insensato.

¿Adónde iba? Como en otro tiempo, cuando sintió por Gracia el primer monstruoso deseo, la rebelión de la carne; cuando tuvo que rechazar las caricias fraternales porque tenían dejo de sensualidad, y sintió extrañeza en el contacto; como entonces, huyó horrorizado, sin rumbo fijo, paseando entre la muchedumbre sus legiones de ideas. De pronto quiso retroceder, porque había llegado, como instintivamente, á las inmediaciones de la iglesia, ¡de la suya! Subió apresurado la cuesta de la calle, y á pocos pasos se vió detenido por una mujer que en el portal oscuro de la famosa casa, objeto de los rencores de Carponto, se apoyaba indolentemente en el quicio.

—Entra. Ven. ¡Anda! Ahora que no pasa nadie. Nadie te verá.

Era el lupanar. Entró.

Entró allí. Fué la aparición, repentina como una explosión, de la terrible enfermedad que estaba minando su organismo. Siguió á la mujer como un perro sigue á quien le ofrece el alimento. Sólo vió la hembra. Sólo vió algo que le parecía lo que la riqueza al miserable, lo que la luz al ciego, lo que el manantial no esperado al que se siente morir de sed en el desierto. La monomanía erótica. La satiriasis presentándose de improviso.

Que en el cuerpo humano hay un principio de acción superior á la voluntad é independiente de ella, con citar los movimientos del cora-

zón queda probado. Poco importa que los resultados de este principio de acción sean distintos de los que llevaron al sacerdote á penetrar en la mancebía; son del mismo género. Siempre es cierto que hay en nuestro organismo algo que el hombre no domina; fuerzas que tal vez son las que hicieron pensar en la existencio del alma; fuerzas que en estado fisiológico, esto es, cuando los órganos donde parece residir su centro están ilesos, producen equilibrio, y la voluntad determina la dirección de sus movimientos; mas cuando estos órganos están heridos ó lisiados, se declara en el animal un impulso hacia adelante, hacia atrás ó giratorio, tan violento, que si lo detenemos, sentimos el arranque que le mueve en aquella dirección.

Parece que hay cuatro fuerzas: una que impele hacia adelante, otra hacia atrás y otras dos á los lados, y de su antagonismo resulta el equilibrio, que sólo se rompe por medio de la voluntad racional del hombre; esta voluntad, con el auxilio de la fuerza antagonista, mueve á su placer el organismo; faltando esta fuerza, la contraria impera. Es como el nadador que se ejercita en un canal junto á una esclusa: mientras la esclusa está cerrada, puede dirigir sus

movimientos, domina el agua; álzase la esclusa, y la corriente le arrastra; perecerá.

Llámesele enfermedad, aberración fisiológica, como se quiera, ello es que un instinto, un sentimiento preponderante, es una conmoción impulsiva, análoga á esas fuerzas, del mismo estilo, y, como ellas, reacciona sobre los centros del movimiento y los obliga á realizar sus voliciones, siquiera protesten contra ello la reflexión y los instintos ó sentimientos antagonistas subyugados.

Esto sucedió á Román. Era una locura sin delirio, un estado de integridad mental y de conciencia mezclado con impulsos de un loco; esa fuerza invencible que impele al monomaníaco al mal, no por efecto de una afección del cerebro, sino por una depravación violenta de las pasiones.

Entró en el lupanar, porque de no entrar allí, hubiera vuelto al hotel, y allí, en el *boudoir*... ¡No! Era preciso rechazar esta idea. Respetar siquiera la agonía del moribundo.

¡Oh! ¡Qué asquerosa y qué innoble tarde pasada allí, en una habitación de paredes desnudas, cuya cal manchó el paño negro del traje talar; allí, en un cuartucho interior, un cuarto como el que para dormir tenía Teotista; dentro de la

casa de camas, sin más luz que la de una mal oliente y sucia de aceite; al lado de aquella infeliz, que reía cínicamente, que parecía burlarse de él primero, y que luego le miraba asombrada; de aquella infeliz, víctima de una salacidad horrible, de un furor tal, que á la postre comprendió con quién tenía que habérselas, el peligro que corría; y al comprenderlo, de un prodigioso salto se puso en pie y huyó, salió corriendo en camisa, dando voces, profiriendo imprecaciones y palabras groseras, pidiendo socorro á sus compañeras.

Y cuando se vió rodeado por todas ellas, atronándole los oídos con una gritería estridente, insultándole, llenándole de improperios, él, Román, el futuro papa, tuvo que arrodillarse suplicante, humillarse ante aquellas furias, implorar su piedad, rogar con lágrimas en los ojos que no le echaran, que le permitiesen permanecer allí una, dos, tres horas más, todas las precisas para esperar á que anocheciera, á que llegase la oscuridad, y, á su amparo, poder salir sin escándalo, sin ser visto.

Luego la vuelta á su casa, el regreso al hogar, donde el colector le esperaba intranquilo por esta larga ausencia, donde encontró á Gracia con un nuevo ataque en brazos de Anita, la cual,

cuando le vió, fulminó contra él una mirada insolente, una mirada que descubría las manchas de cal del manteo mal cepilladas, el trastorno del semblante, el brillo de los ojos, la sobreexcitación nerviosa de que continuaba el cura poseído.

—Supongo que tendrá usted mucho apetito —dijo con socarronería.—Como no vino á la hora, le he guardado su parte de comida.

Y llamando á Teotista.

—Sírvasela usted corriendo.

Cambió un guiño con el tío, y tosió, volviendo la espalda para reanudar sus cuidados á la enferma.

Hubiera sido mejor no reconciliarse y seguir enemistado con el padre Fermín.

XIV

No se hablaba en la corte de otra cosa que de la muerte del marqués de Florida, y de la conducta que observaban las gentes del hotel, y con especial la viuda.

El caso no era para menos. A Gertrudis el luto *la iba muy bien;* pero esto sabíase únicamente por referencia, y por indiscreciones propias de la gente de escalera abajo.

La señora estaba muy triste y andaba malucha, quedándose algunas veces en la cama. Cuando no, se encerraba en sus habitaciones y prohibía la entrada á todo el mundo, sin hacer más que dos excepciones: la del médico que asistió á su difunto marido, y que seguía visitándola, y la de otro personaje, que excitaba poderosamente la atención, un sacerdote, el padre Acebedo, de quien las doncellas y lacayos podían decir tan sólo que era el confesor de las dos mujeres: de la marquesa y de su hija.

Este padre Acebedo, este cura—añadía la servidumbre,—era un hombre de pocas palabras, taciturno, *muy metido en sí*, poco amigo de tolerar familiaridades, hosco y huraño, hasta el punto de haberse quejado un día á la marquesa de la conducta que observaba Pepa, una de las doncellas, muy linda muchacha y algo devota, que, sin encomendarse á Dios ni al diablo, siempre que se encontraba al cura y se cruzaba con él en los pasillos, cogiéndole una mano, se la besaba. Alguien hubo de notar que al recibir el beso se inmutaba siempre el confesor.

Y la Pepa añadió que una de las veces, después de su homenaje, se atrevió á levantar la vista, y se encontró con las miradas de aquel hombre de iglesia; y cobró gran susto, porque eran tales, que parecían como de loco. Por lo demás, el manteo del director espiritual, la sotana, eran una negrura que daba el tono, digámoslo así, al duelo que se guardaba en el hotel, duelo rigurosísimo, cada vez más sumido en la soledad y en el retiro voluntario de todo trato social y de las pompas mundanales.

La señora rezaba demasiado, pasaba diariamente un par de horas de plática con su sacer-

dote; y las antiguas órdenes de refrescar las flores en el salón de baile, de llamar precipitadamente á la modista, de encargar juguetes para el cotillón, tuvieron reemplazo con otras de muy distinta índole. El *boudoir* ya no existía. El *boudoir* estaba convertido en oratorio. No eran muebles lo que hacían para el hotel en casa de *monsieur Prévot*. Eran altares. En lugar de flores, cirios. Las hermosas estatuas de alabastro, los barros cocidos, iban relegándose á las habitaciones cerradas. Ahora traían vírgenes, santos y santas, crucifijos; la devoción de Gertrudis no se cansaba de comprar imágenes, agua del Jordán, *lignum crucis, piedras de María*, rosarios benditos por el papa, devocionarios: era la mejor parroquiana que tenía la venta de reliquias del Vaticano; la conocían ya en la comisaría de los Santos Lugares, en la Nunciatura, en las tiendas de objetos religiosos y en las cererías.

No se enganchaba el carruaje abierto y sí sólo la berlina, todas las mañanas, para llevar á la marquesa siempre al mismo sitio, á la iglesia; unas veces iba sola, y otras con Melita, que también imitaba á su madre en lo santurrona; el cochero andaba mohíno y refunfuñando siempre. Los caballos eran de raza y no paseaban;

el cocinero tampoco estaba contento. Se acabaron los banquetes en que su mérito podía lucirse. Ahora, cuando era de precepto, se comía de vigilia. ¡Horror! El buen hombre no quería ni siquiera tocar las espinacas, y encomendaba el condimento de los potajes á sus pinches. Tenía la convicción de que la preparación de uno solo de estos manjares era lo suficiente para deshonrar á un discípulo de Vatel y al admirador de Brillant-Savarín; tarea indigna, en fin, de un jefe de cocina que se estima á sí mismo. A las doncellas las hacía toser el humo del incienso, que reemplazaba ahora en las habitaciones al humo de los perfumadores ingleses. Corríase la voz de que la señora había escrito á Roma, de acuerdo con su confesor, para solicitar el costosísimo privilegio de tener capilla privada en la cual se pudiera decir misa.

Aseguraba el mayordomo que el arquitecto estaba haciendo los planos, y que la capilla se levantaría á espaldas del hotel, en el mismo sitio que ocupaba el invernadero, destruyéndolo.

Se hablaba también de cuantiosas sumas enviadas para *el dinero de San Pedro* con aterradora frecuencia. Aterradora, porque la marquesa disminuía sus gastos; y uniéndose tales pormenores á la exigencia de que los domingos fueran

todos á misa, la irritación y el disgusto de la servidumbre iban tomando serias proporciones.

Hablaron de pedir su cuenta é ir en busca de casa más profana y divertida unos cuantos ganapanes, y dió la voz de ¡sálvese quien pueda! el mismísimo cocinero, que, no pudiendo resistir más aquella *cocina mística*, como él la calificaba, armóse del suficiente valor para quitarse gorro y mandil, y con toda etiqueta solicitar su reemplazo, cosa que le fué concedida inmediatamente. A este primer osado siguieron otros, y la dispersión fué numerosa. Gertrudis no cubría las vacantes; así es que llegó á tener á su servicio la gente más precisa. Dos doncellas, el mayordomo, otros dos criados, el cochero, el jardinero y el lacayo. El portero creyó producir un conflicto con su dimisión, equivocándose de medio á medio. No tuvo sucesor. ¿Para qué? Antes, en vida del gentilhombre, en los tiempos de los banquetes, del tresillo y de las grandes reuniones mensuales, el servicio de abrir y cerrar la verja del hotel era continuo. Ahora, al principio, solían de vez en cuando detenerse ante ella algunos carruajes, pero no pasaban. El lacayo, bajándose del pescante, preguntaba, y á su pregunta recibía siempre el traslado de la consigna: «Las señoras no reciben». Los del carruaje entregaban una tarjeta, y no volvían. Ibanse haciendo comentarios y cruces. Ahora, en fin, no entraban más que los dos individuos que dejamos dicho. El médico y el sacerdote. Era el hotel de la triste mansión de los enfermos del alma y del cuerpo.

Román y Gertrudis, en efecto, vivían de una manera extraordinaria, para librarse cada uno del demonio que le atormentaba. Engañándose á sí mismos, haciendo una parodia de la vida contemplativa. Querían borrar el pasado, olvidar las palabras dichas, las miradas cambiadas, las emociones sentidas, y con verdadero frenesí, los dos infelices se refugiaban en la devoción; buscaban el cielo, y no querían convencerse de que lo habían perdido, de que era un bien que no reconquistarían nunca.

Gertrudis mostraba señales extraordinarias de contrición, aunque no se veía en ella disminución de sus culpas. Amaba á Román, que la exhortaba con estas ó parecidas frases á que por ello no se desalentara:

—Bien sabes que la misericordia de Dios no tiene límites. El señor entra á veces en el corazón de los pecadores cuando menos lo merecen, y produce no poco á poco, según el curso ordinario de su providencia, sino súbitamente una

sincera conversión. Hay señales sólidas y prudentes en ti de esta operación de la gracia; veo una gran mudanza entre tu estado presente y tu pasado; veo en ello la intervención del Señor, á quien quiero imitar mostrándome tan liberal como Él y no privándote de los efectos de la justificación y de la paz reservada á los pecadores arrepentidos. Ten entendido que la verdad y la fuerza de las máximas eternas que estás oyendo continuamente son como un asalto general dado por todas partes al corazón humano, con todo género de armas, que al cabo le rinden. Confía en tu salvación, sigue y persevera en esta vida, porque no es un remedio transitorio, sino un sistema metódico y completo, compuesto de diferentes medicinas administradas en varias veces y que producen la curación espiritual.

Un sistema completo, un sitio en toda regla. No puede concebirse expresión más gráfica de cuanto en el hotel ocurría. Sitio á los bienes espirituales y temporales. Gertrudis, bajo la influencia del amor que sentía, era esclava en poder de aquel hombre. Poco á poco, de una manera casi insensible, perdió la voluntad, se convirtió en un sér pasivo, tímido, casi idiota, contribuyendo en grado sumo á esta imbecilidad la misma dolencia física adquirida, y de la que

el otro médico, el del cuerpo, hacía supremos esfuerzos para aliviarla. El temperamento apasionado, la contradicción que siempre tuvieron sus deseos y aspiraciones, mujer cuya naturaleza iba al cariño como el acero al imán, y que siempre tuvo que alejarse de él con su marido, con el primer amante, con el secretario de embajada, y ahora con el sacerdote, había de prestarse á servir de instrumento dócil para los fines que Román perseguía. Refugiarse en la religión era muy lógico ya, puesto que no quedaba á sus labios, chispeantes de besos, más expansión que la de la blasfemia ó la plegaria. Optó por esta última. Se arrodilló y rezó. Quería destrozar el invernadero para erigir una capilla; y en el hotel, donde antes había tocadores, puso altares, hizo oratorio del *boudoir*, y aconsejó á su hija que abrazara como mejor estado de vida el religioso.

Acusaba todo aquello los destrozos causados por el desengaño; acusaba una de las formas que puede revestir en lo humano la desesperación, cuando el sér que se desespera es débil, es femenino; cuando no tienen fuerzas sus manos para herir, para devolver el daño, y sí sólo para secar las lágrimas que acuden á los ojos. ¿Adónde iba? ¿A la muerte? ¿Qué iba á ser de ella, de

su hija, de sus riquezas? Lo que *él* quisiera. *Él* la recomendó que recibiera el sacramento de la penitencia á lo menos una vez á la semana. Comulgaba frecuentemente, casi á diario, y el dicho del cochero circuló entre los murmuradores con gran éxito. El que enganchaba sólo la berlina para llevarla á la iglesia, el que temía por la salud de los caballos de pura raza, que hacían poco ejercicio, que no paseaban, una mañana, en el pescante, volviéndose al lacayo, exclamó:

—Oye, ¿tú sabes si la señora toma chocolate luego, al volver á casa?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque apuesto á que no. A que la hostia es todo su desayuno.

Ello es que Román se mostraba muy envanecido de su penitente, y la persuadía de que estaba guiándola á la perfección. *Ecce constitui te super gentes, ut evellas, et dissipes, et ædifices, et plantes,* palabras que dice el Señor á Jeremías, observólas el padre Acebedo en su conducta con la marquesa. Hacíala comprender todo el peligro de las almas que, llamadas por Dios á una vida más perfecta, permanecen sordas á su voz, y fundaba su dirección espiritual en tres cosas: en la meditación ó contemplación, en la mortificación y en la frecuencia de los sacramentos.

—El pecado es compatible con todos los ejercicios de piedad menos con la meditación—la decía á menudo.—Según asegura Santa Teresa el alma que en ella persevera llegará ciertamente al puerto de salvación, cualesquiera que sean los pecados que le haga cometer el demonio.

Y Gertrudis se entregaba á meditar en las verdades de la fe, en las postrimerías, cuya memoria, sobre todo la de la muerte, es más útil á los principiantes, ó en la pasión del Salvador. Pero en lo mejor de su oración mental acordábase de que no pensaba con verdadera resolución en nada de esto, sino en Román, en la tremenda escena de la alcoba la víspera del fallecimiento del marqués, en los destrozos sobrevenidos á su amor, á su salud y á su vida. Entonces esperaba con nerviosa impaciencia la visita del médico, del otro, del del cuerpo; y al verle entrar, acudía presurosa á su encuentro, le cogía las dos manos, se las estrechaba con fuerza, poniendo grandes anhelos en su voz para decirle con una súplica llena de emoción ardiente: «Doctor, ¿me curaré? Me curaré pronto, ¿no es verdad?» El doctor procuraba tranquilizarla; no decía que sí ni que no; y luego, al salir del hotel, íbase entristecido, moviendo desesperadamente la cabeza. Eso es lo que ella pedía á los

dos hombres. La curación. Una curación completa. Y ninguno de los dos podía conseguirla.

¿Qué fué en tanto de la pasión de Román? ¿Cómo pudo vencerla? ¿Cómo la dominó hasta el punto que revelaba lo severo de sus amonestaciones, lo rígido de su doctrina? El sacerdote, que progresó de grado en grado, halagando su instinto génesico, su amor físico, su adhesión á la penitente, aumentando el deseo que por ella concibió hasta llegar á su colmo, ¿cómo pudo conseguir que desapareciese todo de improviso, que muriese de aquella manera? ¡Ah! No había muerto, no había desaparecido. Existía todo con la misma fuerza, con mayor impulso, pero en condiciones distintas. Gertrudis tenía tanta enfermedad en el alma como en el cuerpo. Román sólo en el cuerpo, sólo en el organismo. Luchaba, por tanto, con más ventajas para la victoria. El que sabía mucho de esto, el que pudiera explicarlo, era Carponto, nuestro antiguo conocido; Carponto, para quien no era ya el confesor un nuevo San Alfonso de Ligorio, ni un San Carlos Borromeo, ni un San Felipe de Neri, ni siquiera «el padre Acebedo», sino Román, «el cura Román» á secas, uno más de la colección de p... que se reunían en la sacristía

y profanaban la casa que era del Señor y suya, de Carponto. La antigua admiración convirtióse en menosprecio. En odio. Odio que era mayor cuanto más pudo sufrir con el engaño. En cierta manera, Román resultaba más odiado que el mismo padre Servando, porque siquiera este último no se ocultaba; desde el primer momento, el sacristán supo perfectamente las inclinaciones y aficiones del cura gordo, mientras que *el otro* le debía una venganza por haber sorprendido su buena fe con aquella monita de hipocresía, revistiéndose con el manto de la santidad, que le sedujo hasta un extremo tal, que él, Carponto, había llegado á confesar sus pecados con aquel hombre. ¡Buena estaba la santidad! ¡Ahora podían venir á hablarle de ella! Ahora sabría contestar á tales encomios con una carcajada. Sus mismos ojos lo habían visto, lo estaban viendo todas las tardes.

Román iba allá, á la maldita casa de la misma calle en que estaba la iglesia, á la casa de la vieja que por las mañanas aparecía en el portal y con una mueca horrible contestaba á las miradas amenazadoras, destructoras casi, que desde el atrio fulminaba nuestro acólito.

El que sabía esto era Carponto, y el que sospechaba gran parte de la verdad era el padre

Fermín, por lo que estaba viendo y por ciertas maliciosas insinuaciones de Anita.

Sí. El secreto estaba allí. El lupanar le preservaba de las tentaciones en el palacio. En él adquiría fuerzas para la resistencia. En él daba el loco rienda suelta á su locura.

Porque ello era preciso. Las alucinaciones de aquella noche en que tuvo la visión de todas las jerarquías eclesiasticas, visión que llegó hasta la reunión del cónclave, proclamándole por escrutinio, tenía en el presbítero tanto arraigo como el amor mismo, tanta intensidad como sus deseos. El instinto de conservación también, sobreponiéndose á todo, le mostraba los riesgos de caer, riesgos para la salud, en las confidencias á solas con la enferma Gertrudis. Había que resistir á la tentación, como tal tentación, como pérdida de su influencia y superidad de confesor en el ánimo de la penitente, y, por último, como contagio.

La servidumbre no se equivocaba en sus murmuraciones. Estas eran ciertas. La marquesa de Florida, por instigaciones de su confesor y por conducto suyo, había enviado grandes sumas como donativo para el *dinero de San Pedro*. Román estaba esperando de un momento á otro la bendición apostólica.

XV

Era un castillo de naipes que el aliento de un niño podía derribar.

Para levantarlo se habían cometido crímenes verdaderos.

Gracia estaba muriéndose.

La muerte del marqués revistió los caracteres de un asesinato.

La enfermedad de Gertrudis podía considerarse como un envenenamiento.

Las cantidades que se remitían á Roma desheredaban á Melita, mermando considerablemente la fortuna del marquesado.

Todo ello estaba hecho de una manera tan voluntaria por parte de las víctimas, que el Código penal ninguna pena tenía que aplicar al culpable verdadero. Al sacerdote, al confesor.

El marqués murió porque quiso.

Gertrudis enfermó por cumplir como buena y amante esposa.

Los donativos al Papa hacíanse de una manera espontánea.

Melita no pensaba en quejarse de ello, por la sencilla razón de que no pensaba en heredar, y y cada vez era más firme en la pobre niña su vocación de monja. Tenía quince años y se había educado en un convento. Volver á él le parecía la vuelta á los alegres días del colegio.

Sin embargo, una tarde, en casa de la histérica, en el comedor, el colector tomó la palabra, y á fe que habló de cosas que parecían no venir á cuento, pero su discursillo hizo palidecer al padre Acebedo.

—Cada día conozco más que es muy difícil—dijo de pronto—determinar si está en su sano juicio el hombre que, celoso, colérico, envidioso ó *fanático*, comete un atentado; el sujeto que, acosado del hambre ó de la sed, ha robado ó cometido un atropello para satisfacer sus necesidades. La medicina legal misma se encuentra perpleja. Pero yo creo que todos los casos de esta naturaleza son cuestiones de filosofía y de moral que las leyes han resuelto, exigiendo el interés de la sociedad, la tranquilidad pública y la seguridad individual que los tribunales no

absuelvan al asesino, al matador, al incendiario, al ladrón, al estuprador, etc., por más que se le presenten como arrebatados por una pasión irresistible. En fisiología y en moral, disculpa tiene el que en un arranque de cólera da una puñalada; el que tiene hambre, y roba comestibles; el que, abrasado por la venus, atenta al pudor de una doncella ó mujer cualquiera por quien concibió una pasión desenfrenada; el que, en fin, cegado por el fanatismo, cometa un asesinato, creyendo inmolar una víctima grata á Dios. El infeliz que así se deja dominar por sus pasiones ó ideas extraviadas es como un maníaco que ha perdido su libertad moral. Pero ¿adónde iríamos á parar si este modo de apreciar los hechos se hiciese práctico, si las leyes no fueran como una especie de reserva para refrenar los ímpetus trastornadores de aquellos que salvasen la barrera puesta por la filosofía, por la educación y la religión? Los preceptos de la religión y de la moral son, sin disputa, poderosos medios de fortalecer en la senda del bien á los que para él han nacido, y de alejar de la senda del mal á los que, desgraciadamente, están organizados para hacerle. La sociedad es una demostración de esta verdad. ¡La locura! ¡La razón! ¿Está cuerdo, ó loco el que comete

un crimen? Esta cuestión es la más espinosa y acaso la que más exija el estudio profundo del entendimiento y de la voluntad del hombre, tanto en estado fisiológico como en sus aberraciones.

—Y ¿á qué viene todo eso?—dijo aturdidamente Anita.

—A que conozco uno que tiene tanto de criminal como de loco, y que lo mismo merece el presidio que el manicomio.

Todos se callaron, y Román deseaba que la comida terminase cuanto antes. Decididamente, el padre Fermín era un obstáculo que había que suprimir. Pero ¿cómo? Después de la reconciliación, el colector y la andaluza vivían más íntimamente que nunca en sus relaciones de vecindad con nuestro presbítero. Como la gravedad de la histérica era cada vez mayor, Anita estaba siempre allí, en el gabinete de Gracia; tenía las llaves de la despensa, de los baules, de las cómodas; la reemplazaba en todos los menesteres y disposiciones de ama de casa; daba órdenes á Teotista; tomaba la cuenta de la compra, de la lavandera; intervenía en todo y entraba y salía en las habitaciones sin pedir permiso, interrumpiendo á lo mejor la meditación de Román; registrándole los bolsillos cuando necesitaba dinero, y tomando lo que necesitaba sin pedirlo; haciendo y practicando estos abusos con una gracia y naturalidad tan especiales, que era forzoso callarse y sonreir, nada podía ocultarse á su malicia, y éste era otro inconviente. Una noche, presentándose al presbítero, le dijo, sacudiendo el chaleco que llevaba en la mano, y poniéndoselo casi delante de las narices:

—¿En qué demonios gasta usted tanto dinero desde hace algunos días? Esta mañana tenía usted cuatro duros, y ahora no encuentro ni un céntimo. Véalo usted.

Román dominó como pudo un gran sonrojo, abrió un cajón de la mesa y sacó la cantidad pedida.

—Tome usted; no los he gastado. Los guardé aquí.

Anita soltó una carcajada al recibir la moneda.

—No es usted embustero que digamos. A mí no se me engaña. Estas son pesetas. Los cuatro duros estaban en pieza.

Luego, encogiéndose de hombros:

—En fin, su dinero, de usted es. Allá usted. Pero había para cuatro cosas de á duro; y, como dice Fermín, cuatro duros se gastan en cuatro veces, no en una sola, señor calavera.

Marchábase después de esto muy satisfecha, creyendo haber dicho todo lo que era permitido decir para demostrar «que estaba al tanto del secreto».

En otras ocasiones acudía á procedimientos más irritantes. Buscaba la complicidad y ayuda de su tío. Entablaba con él un diálogo especialísimo delante de Román, ó en sitio desde donde el diálogo pudiera ser oído por éste.

—¡La pobre niña se muere!

—¡Qué le hemos de hacer!

—Todos los hombres sois unos bribones.

—Mujer, todos no. Aquí me tienes á mí.

—Sabe Dios lo que harás tú cuando estás en la calle.

—Andar.

—Bueno. Serás una excepción, un fenómeno. No lo discuto. ¡Pero otros!

—Cállate, mujer. ¿Y qué quieres tú que hagan?

—Yo, nada. Pero eso de obrar mal y arrepentirse después de causado el daño, y acordarse de que es pecado después de cometerlo, y decir «ahí queda eso»... Vamos, no digas...

—Anita, que te calles.

—No me da la gana, hijo. El día menos pensado vamos á tener un disgusto.

¡Era insoportable! ¿Que pretendía? Un imposible. Que se reprodujera el pasado. ¡Eso nunca!

Anita era cruel. Anita ignoraba lo que él estaba sufriendo. Gracia iba á morir. ¡Ah! Preferible era la muerte á los tormentos horribles que el sacerdote experimentaba. El estaba acaso más grave, y tenía derecho á la conmiseración. No al odio. No á la burla. Los cuatro duros que faltaban siempre, que faltaban todos los días en su bolsillo, era preciso gastarlos. Preciso para evitar mayores males, para preservar de riesgos terribles... á la misma sobrina de D. Fermín, en aquellos momentos en que el colector no estaba presente, y ella entraba y salía, y se encontraba á solas con el hermano de Gracia, y se acercaba confiada, sin saber que aquello era una fiera y que no había peligro porque estaba harta de carne.

El colector le creía loco, le creía víctima de una enajenación mental idiopática; era más bien sintomática; reconocía por causa el deterioro á que se sometía una parte de su organismo desde la fatalísima tarde pasada en la casita baja objeto de las iras de Carponto; la influencia cada vez más funesta de aquellos excesos sobre toda la economía, y en particular sobre el sistema cerebro-espinal.

Allí había que buscar aquellos profundos

cambios ocurridos en su carácter y en todo su ser: debilidad de las ideas, torpeza de la palabra, terror, irascibilidad, misantropía, apatía profunda para todo, indiferencia por lo que más amó, por su hermana; insomnios, agitación por las noches, cara encendida de color, que reemplazaba su anterior palidez; ojos brillantes, inyectados, fijos é inciertos al mirar.

Había en él algo de esa monomanía ó delirio melancólico que unas veces le llevaba á creerse poseído del diablo, por lo que pasaba las noches conjurando sus tentaciones, y otras llegó á sufrir verdaderos accesos de licantropía, le impulsaban á huir de la sociedad, á buscar algún sitio agreste y vivir allí como un lobo, correr por el campo, dar aullidos, dejarse crecer la barba y las uñas, adquirir la convicción de que era una bestia cubriéndose de largos pelos y armándose de garras. Dom-Calmet refiere que, en un convento de Alemania, los religiosos se creyeron convertidos en gatos, y que á una hora fija de la noche corrían mayando en competencia con los que verdaderamente lo eran. Michelet, en *La Sorcière*, habla de esto mismo.

Cada loco con su tema, dice el adagio, y Román no lo desmentía. En medio del desarreglo general de su delirio, que residía en los instintos más que en los sentimientos, la visión del papado era persistente. De ello no hablaba con nadie, ni siquiera con la marquesa, así como también ocultaba á todo el mundo lo que ya sabían Carponto, D. Fermín y Anita. Había en él una antítesis, una lucha íntima, una contradicción; porque, de una parte, sentíase impulsado al mal de un modo imperioso é irresistible, teniendo, sin embargo, conciencia de él, aborreciéndole, condenándole; íntegras sus facultades intelectuales, podían reflexionar y discurrir perfectamente sobre las consecuencias de los actos á que se sentían impulsados; é integros los sentimientos, érales dado apreciar todo el valor de la inmoralidad de sus impulsos. La «Nosografía filosófica» llama á tales enajeciones *neurosis*. ¡Qué neurosis puede haber más terrible que la producida en Román por la continencia!

Ya presentía que todos sus esfuerzos serían inútiles. Que caería al fin, no en el lupanar, sino en el hotel. Gertrudis iba perdiendo sus riquezas; pero cuando toda la fortuna de la dama hubiese desaparecido en las arcas del Vaticano, el amor de aquella mujer seguiría íntegro, la idea fija, el anhelo constante que la llevaba á implorar del otro médico, del del cuerpo, siempre con la súplica ardiente en los labios y con lágrimas

en los ojos: «Por Dios, doctor, ¿me curaré? Cúreme usted pronto.» Y cuando el doctor daba alguna esperanza, aquella tarde, al presentarse Román, mostrábase alegre como una chiquilla, y recordaba al mirar su antigua maestría de coqueta.

¡Y la bendición apostólica tardaba en recibirse! Pues qué, ¿aquellos purpurados eran insaciables? Los donativos se repetían con la frecuencia posible. Acaso hubiera sido mejor enviar toda la cantidad de una vez. Quizás no hubieran hecho la suma de las entregas parciales. ¡Capaces eran! Y entonces... á toda costa había que obtener un esfuerzo supremo de la marquesa. Un sacrificio mayor que todos los anteriores juntos.

Generalmente iba al hotel por la noche. Permanecía allí hasta la diez, hora en que se retiraba, para conciliar en lo posible las iras que estas salidas nocturnas, por ser una novedad, producían en la andaluza; evitar cualquier indirecta de D. Fermín, indirecta que solía ser como las de «el padre Cobos», y ver á la histérica, despierta aún, antes de que se recogiera á descansar.

Con motivo de tales visitas, no sin gran trabajo pudo conseguir que la cena se adelantara de un modo desusado. Cenábase á las siete, á la hora de la *comida á la francesa*, y con ello llegaba al hotel á tiempo de tomar una taza de café con las dos mujeres. Madre é hija esperaban siempre, si el cura tardaba, para hacerle partícipe de este agasajo.

El día que echó de ver Anita la falta de los cuatro duros, fué también aquel en que Román formó el propósito de celebrar con Gertrudis una conferencia importantísima.

La andaluza había interrumpido un trabajo de cálculo que estaba haciendo el sacerdote, escribiendo con lápiz una serie de guarismos en las márgenes de su breviario. La suma de las cantidades parciales remitidas hasta entonces para «el dinero de San Pedro».

Veíanse allí cantidades de cuarenta, de cincuenta mil reales, que tenían una repetición pasmosa, y al lado de estas cifras las fechas de remisión. La suma total tenía cinco ceros, ¡400.000! Veinte mil duros, de que se había desprendido la marquesa en el primer mes de su viudez. ¡No era bastante!

Vistióse el sacerdote con más esmero que de costumbre, tomó un coche al salir á la calle, y

tardó pocos minutos en llegar á la morada de la marquesa.

Esta y Melita estaban ya impacientes por su tardanza, esperándole en el comedor.

Gertrudis tenía aquella noche en los ojos un brillo extraordinario, encendida la color, inquieta, nerviosa en todos sus movimientos; hablaba con gran verbosidad; mostrábase contenta, regocijada, llena de extrañas emociones, repetidas como á sacudidas eléctricas, que eran expansiones necesarias de la alegría.

Así recibió á Román, así le acogió, estremeciéndose al verle entrar placenteramente, deseando luego que llegara el momento de quedar á solas con él. ¡Oh! Tenía tantas cosas que decirle, acariciaba en su mente tantos proyectos: desde que no le veía, desde la mañana, habían sobrevenido tales cambios en su existencia, alteraciones profundas, sucesos nuevos que modificaban todo, absolutamente todo, las costumbres, los pensamientos, el porvenir, los afectos y las creencias.

El médico era el causante de estas fiebres; él, con cuatro palabras, tuvo poder para el retorno de la felicidad, la vuelta de la confianza para aniquilar toda desesperación y poner término al pesimismo.

—Esto va mucho mejor. La curación...

Gertrudis le interrumpió, no le dejó concluir.

—¡La curación, doctor! ¿Qué dice usted? ¿Será posible?

Y el doctor, sonriendo, inclinándose cortésmente, añadió:

—Ahora, marquesa, la viudedad es una garantía. Respondo de usted en absoluto.

Eso había dicho. Eso era lo que deseaba que Román supiera. Cuanto antes. Casi no le dejó apurar el contenido de la taza.

—Melita, hija mía, esta noche tengo que consultar con el padre.

Melita hizo ademán de levantarse.

—No—dijo Gertrudis resuelta.—Iremos nosotros al oratorio.

Luego modificó su propósito, y al pasar por delante de una puerta cerrada, volvió la cabeza, vió que el sacerdote la seguía, y abrió.

Era el gabinete-alcoba donde había muerto el gentilhombre. Habitación de la marquesa que ésta había condenado, de la que no quería hacer uso, durmiendo en otra desde el día de la desgracia.

XVI

Volvieron á entrar los dos allí, y sintieron al hacerlo una emoción que les obligó á detenerse á la par y en medio del cuarto. En la alcoba hacía frío. La plancha de la chimenea estaba levantada, y todo tal como quedó el día de la catástrofe. El aire, penetrando por los tubos, desde el tejado, había removido las cenizas del hogar apagado, esparciéndolas dentro por la alfombra. Veíase aún el altar que se improvisó para recibir el Viático. Las velas ardieron hasta consumirse, haciendo estallar las arandelas. Todo tenía el desolado aspecto de lo que no se habita. Los tres espejos del riquísimo armario parecían grandes pedazos de hielo. El polvo se posesionaba de los tapices, de las colgaduras; formaba una capa sobre el barniz de los muebles. Nada tenía brillo. La cama estaba hecha. Román y Gertrudis no miraron hacia

aquel lado; les daba miedo. En el *secretaire* había dos ó tres frascos de medicina. Cuatro manchas, cuatro grandes manchas de cera señalaban á distancias iguales los sitios en que estuvieron puestos los blandones. Dijérase que sólo se conservaba allí el olor á muerto.

Gertrudis se apresuró á encender las bujías del juego de candelabros. Aun con estas luces no desapareció lo sombrío del conjunto.

—¡Dios mío!—dijo temblándole un poco la voz, pero tratando de sonreir.—¡Dios mío! Esto está helado.

—Sí. Hace frío.

Los dos disimulaban. ¿El qué? No lo sabían. El terror experimentado como si fuera un sentimiento culpable.

La marquesa se dominó primero. Decididamente era una niñería. Se sentó, é inclinándose, registró la leñera y sacó dos ó tres troncos.

—Tendremos que servirnos nosotros mismos. Vamos á calentar esto un poco.

Preparó el hogar, le prendió fuego, y bajó la plancha para que se avivara la llama, estableciendo una gran corriente de aire.

Luego se quedaron cada cual en su butaca, acurrucados, silenciosos, tiritando.

¡Qué rareza! Ella que estaba poco há resuelta á decirlo todo, llena de inmenso regocijo, ahora entristecíase cada vez más, y le pesaba la lengua en la boca como si fuera de plomo. ¡También fué capricho inexplicable la idea súbita de entrar allí! Levantó por fin la cabeza, mas no para hablar. No se atrevía. Esperaba, se daba treguas estúpidas. Ahora tenía formado el propósito de empezar la conversación cuando estuviera la chimenea bien encendida. Al levantar la plancha, al sentirse envuelta en las ondas de calor. De pronto vió entre los dos candelabros el reloj de sobremesa que estaba parado. Tenía cuerda para ocho días, y hacía treinta, más de treinta de la muerte del marqués. Se puso en pie, buscó la llave, y con gran premura realizó la operación, como si fuera muy necesaria y requisito para el mejor éxito de la entrevista. Lo cierto era que no sabía cómo empezar; que sentía preciso lo que iba á decir, y á punto fijo ignoraba los términos de su declaración. Decir que estaba muy bien, casi curada, y que el médico tenía ya la certeza de llevarla á puerto de salud, de restablecerla completamente. Eso era. Bien. Pero ¿cómo se dice eso?

Luego aquel cuarto, que antes era suyo y ahora *el cuarto del muerto,* tenía la culpa de

todo. ¡Cualquiera hablaba allí! sonaba la voz á hueco. Había que animar y dar más vida á todo aquello. Volvió la cabeza. En su armario había también dos brazos para bujías. Dos elegantísimos brazos de bronce dorado. Los dorados en *el cuarto del muerto* parecían objetos de color mate, amarillos. Era el polvo. Se dirigió al armario, y encendió también aquellas luces. Ya parecía otra cosa. Levantó, al sentarse nuevamente, las planchas de zinc. ¡Qué hermoso fuego! ¡Qué alegre chisporrotear de leña y qué danza de llamas juguetonas!

—Estoy esperando lo que tienes que decirme.

¡Oh! ¡Siempre lo mismo! ¡Siempre dueño de su energía! ¡El tercer hombre, y de los tres, el único á quien había amado! ¡Pues no! Ya no quería someterse. Se rebelaba. La fortaleza del sacerdote fundábase en la debilidad suya. Ella demostraría que era la más fuerte. Caería él, allí, aquella noche, á sus pies; y cuando lo tuviera así, en revancha de la otra vez en que ella se le ofreció en esta postura humillante, y fué rechazada; cuando lo viese suplicar, como suplicó ella misma; cuando, embriagado de amor, quisiera estrecharla en sus brazos, se resistiría, ¡oh!, con mayores fuerzas que nunca; pero se resistiría para decirle: «¡No, bien mío, todavía no! Espera

á la vuelta de la primavera, que será también mi vuelta á la vida, mi regreso al amor, mi entrada triunfal en la alegría de este cariño.»

—Ahora te lo diré. Dentro de un momento.

Con rapidez suma había formado su plan. Al encender las luces del armario se miró en los espejos. Estaba hermosa, pero no con la hermosura necesaria, no con la de Eva, con la que incita al pecado. Estaba hermosa; afortunadamente, á pesar de las curas del cuerpo y del alma, no padeció detrimento su belleza. Como el día que, por primera vez, se presentó en el confesonario, su pelo seguía rubio, de color de oro mate, sin una cana; sus ojos, sin perder el brillo, azules, limpiamente engastados en párpados, como joyas; muy pálida, y no palidez enfermiza, sino delicada, distinguida: el nácar con el azulado tornasol de las venas transparentándose levemente; dientes menudos, iguales, como escogidos todos del mismo tamaño; el óvalo de la cara, como las redondeces donde terminan algunas nubes, tenía límites tan vagos, líneas tan confusas, que no podía copiarse con lápiz, sino con difumino. Era toda ella así, como había sido antes del contagio y antes del misticismo. Un ligerísimo vello dorado idealizando la carne. Opulentas formas, ninguna demacración é inspirando la idea de un peso tan ligero como el de los cuerpos más porosos. «Una mujer hecha á propósito para que la llevaran siempre en brazos.» ¡La muñeca! La misma muñeca, pero mal vestida. En esto vió la modificación, y en el cambio, la influencia del sacerdote. Influencia que atribuyó á la maña, á la astucia; que era ó podía muy bien ser un ardid de guerra. Para no ser vencido, habíala desarmado. Los rezos, la vida retirada, las oraciones de pura contemplación, las vigilias, todo no llevaba más fin que el de inspirar su desdén por las galas. ¿Iba acaso á ponerse adornada para entrar en el oratorio? ¡Ah! ¿Conque esas tenemos, Sr. Acebedo? Y por maravilloso retorno de los hábitos mundanos volvió á pensar en francés, cosa á que la hubo de acostumbrar el secretario de embajada. *A nous deux!*, dijo *in mente*. Recordó que dentro de aquel armario estaban sus trajes, olvidados como todo, como la habitación entera, como su pasado. Dió vuelta á la llave y abrió.

—¿Qué vas á hacer, hija mía?—preguntó Román.

¡Ah! ¡Tunante! Sin duda empezaba á maliciarse algo, y no las tenía todas consigo.

Eligió un traje, el más á propósito, su favorito para las noches de tresillo. El que hacía de ella,

entre los amigos de confianza, una diosa lar enloquecedora, adorable.

Lo mejor era sorprender al enemigo.

—Pronto vuelvo. Voy á llevarme esto.

No esperó la réplica, y se fué con el vestido como con un trofeo.

Román quedó solo.

No tenía miedo, no. Experimentó, sin embargo, inquietud y malestar extraños. No tenía miedo, porque Gertrudis dejó la habitación profusamente iluminada, y los leños ardían en el hogar formando un foco de llama cuyo calor confortaba el cuerpo. El gabinete-alcoba estaba ya desconocido. Podía haberse muerto en él una persona; pero, no sabiéndolo, en nada se revelaba. Antes, por el contrario, volvía á ser el elegante retiro de una marquesa. Las mismas manchas de cera de los blandones, que parecían antes cuatro huellas impresas allí, indicando el sitio en que se había parado de pronto y en seco la siniestra cabalgadura de la Muerte, era preciso fijarse mucho para distinguirlas ahora, porque se confundían con el dibujo claro de la alfombra. Dijérase que el nuevo temple de la atmósfera las iba derritiendo y las borraba. En cuanto á la cama, hecha un mes antes, también guardaba su secreto de haber servido para lecho de agonía. Román se atrevió por fin á mirarla. Allí era donde Gertrudis, separada *amigablemente*... La inquietud del sacerdote aumentó. La víspera del fallecimiento... á esta misma hora... antes de que entrase el marqués allí, como el duque Alfonso en la cámara de Lucrecia para amar y morir... antes, pocos momentos antes, Gertrudis y él... los dos... ¡Qué escena!... Ella fué la que lanzó aquel grito apasionado: «¡Tú me amas... y yo, yo también á ti!... ¡Soy tuya!» Pero ¿qué estaría haciendo? ¿Por qué le dejaba solo? ¿Qué tenía que decirle? El sí que estaba intranquilo, sin saber cómo abordar el asunto de su entrevista. ¡El Vaticano! Era preciso producir allí una maravilla. Un grito de asombro, saciar la avaricia de una vez. Enviar, por fin, la famosa carta con el presente. La carta cuya redacción improvisó Román no há mucho tiempo: «Ganado en el confesonario, y entrega de una de mis penitentes para el dinero de San Pedro». ¿Cuánto pediría? Lo más que pudiese dar. ¿Él qué sabía de esto? Mucho. Que fuera mucho. Un millón.

Una nota, un timbre metálico, agudo, vibrando, le distrajo de estos pensamientos. Era el reloj á que la marquesa había dado cuerda. ¡La

media! ¡Las nueve y media! Pero, ¿dónde estaba Gertrudis? Se levantó y púsose en pie delante de la chimenea. No estaba buena su cabeza aquella noche. Sus ideas empezaban á desordenarse. Dejarle solo. ¿Por qué tardaba tanto? Para obligarle, sin duda, á lo que estaba pasando, á que no pensara más que en ella, á que deseara volver á verla. Conoció que sus inclinaciones iban ya por la fatal pendiente. Era preciso resistir á todo trance. Los registros que Anita hacía en los bolsillos tenían la culpa de todo. Aquel temor de verse descubierto, recriminado, de infundir sospechas si le faltaba mucho dinero. ¡Cuatro duros! Había gastado cuatro duros únicamente. Pues bien: deberían haber sido cinco, seis, ocho, todos los necesarios, y así no correría el riesgo de que se repitiera su acceso, precisamente cuando más necesitaba el dominio y la perfecta posesión de sí mismo.

Por fortuna podía salvarse. Podía salvarse, porque, si se tratara de otra mujer cualquiera, sería inminente la explosión de insensatez, de locura erótica. Pero con Gertrudis no. Salvábale el mismo crimen cometido para prevenir tal daño. Salvábale, predominando sobre el instinto genésico el de la propia conservación. El miedo á ser contaminado. El temor del contagio. Hermosa, sí, irresistible, si no fuera su belleza como la de la fruta nociva y la de la flor venenosa.

Abrióse la puerta que comunicaba la alcoba con el antiguo *boudoir*, y Román lanzó un grito. No esperaba la transformación del traje. Jamás había visto vestida de aquel modo á la marquesa. No conocía más que la seda negra con que entraba en el templo y la famosa bata color de acero. Pero aquello, aquellas espumas de encaje, que dejaban lo rosado de la carne, aquel raso ciñendo el busto, la presentaban como otra mujer, en una forma nueva. Frunció el ceño; pero palideció de tal modo, que ella hubo de verlo, y por tal motivo dibujaron sus labios la primera sonrisa de esperanza en el triunfo.

—¿Qué locura es ésta, marquesa?

No la tuteaba, no la llamaba ya «hija mía». Ella, en cambio, hízose más familiar, se adelantó hasta el centro del gabinete, crujiendo el raso al andar.

—¡Locura no! No estoy loca. Estoy contenta; recobro mi afición á los trapos, y eso es todo.

El confesor la miró con verdadero susto. ¿Se rebelaba? ¿Iba á escapar de su poder? ¡Oh! Entonces todo estaba perdido. ¡Todo! ¿Y qué? Lo que importaba más podía ganarse. No la jerarquía eclesiástica, no los honores, no la bendi-

ción papal; nada de eso. El amor de aquella mujer, de aquella que se le aparecía ahora como la lasciva madre de Cupido. ¡Estaba allí sola con él! ¡Solos los dos! Tuvo que hacer un extraordinario esfuerzo para dominar el arranque que le impulsó hacia ella, que le llevaba á estrechar tanta esbeltez entre sus brazos. Recordó, y para recordar mejor hizo una pregunta, una pregunta para asirse á ella como á una tabla de salvación en el naufragio.

—¿Vino el médico esta tarde?

Cuando esperaba el desencanto; cuando, más que en otro concepto, creía sentir la náusea ante las impurezas de realidad, al escuchar la contestación de Gertrudis, ésta, acercándose mucho, recogiendo para sí aquel tuteo que él abandonó poco há:

—Esa es—dijo—la buena nueva y la sorpresa que te reservaba. ¡Esa la explicación de mi alegría, y he querido vestirme, adornarme, para decírtelo!

¡Sonreía! ¡La infeliz sonreía, mirando las alteraciones que gradualmente iban produciéndose en el semblante del loco! Viéndole encendida la color de las mejillas, trémulos los labios, inyectados los ojos, nervioso y casi convulsos todos los miembros. Sí. Era la explosión del amor,

la del deseo, la del sensualismo. Eralo todo; pero no como aparece en el ser humamo, sino en la bestia. Era el acceso. ¡La satiriasis! Y ya se preparaba á verle caer de rodillas, como se figuró pocos momentos antes, ya iba á decirle: «No, bien mío, aún no. Espera á la vuelta de la primavera, que será también mi vuelta á la vida.» Vió á Román levantarse, abalanzarse sobre ella, lanzando, no el grito de la pasión, sino el de los instintos brutales y groseros:

—¡Mía! ¡Ya eres mía!... ¡Tú lo has querido!... ¡Es inútil que te resistas!

Inútil, sí. No se resiste el torrente ni se detiene el alud. Inútil, porque el único poderoso freno habíase roto. Porque las palabras de Gertrudis hicieron creer al sacerdote lo que no era verdad, le hicieron entender lo que no estaba en ellas afirmado ni negado todavía.

«Vino el médico esta tarde», había preguntado. Ella quiso engañarle, y le engañó. «Esa es la buena nueva y la sorpresa que te reservaba. Esa la explicación de mi alegría.» ¡Esa! La visita del médico. Román creyó aquella respuesta equivalente á decir: «Mi curación, esa es la noticia. Me he vestido y adornado para comunicártela.»

Sintió el contacto duro del fauno; los brazos

la estrecharon, no como caricia, sino como agresión: dos zarpazos de fiera que desgarraron los encajes, el raso; quiso rechazarle, púsose densamente pálida, sus cabellos se desataron, cayeron en ondas, aumentando su hermosura, encerrándola como en un marco dorado. Estaba sujeta, no podía moverse. No era un hombre, era un loco furioso.

—¡Quieta! ¡Quieta, ó te mato!

Pudo hablar. Lanzó con una exclamación de angustia la revelación suprema.

—¡Román! ¡Por Dios! ¡Déjame!... El médico...

Entonces dijo la verdad, pero ya era tarde. No fué creída. Además, el satiriaco estaba poseído de un frenesí delirante. Cayó desmayada después de un grito de desesperación, de dolor, de espanto.

¡La madrugada! Acababa de amanecer. Pasaban por delante de la iglesia las mujeres arrebujadas en gruesos mantones de lana; los obreros, resguardando el aliento con el embozo de viejas capas ó la molesta lana de la bufanda, metidas las manos en los bolsillos del pantalón ó de la chaqueta, andando de prisa, pisando fuerte para que entraran en calor los pies.

Estaban en las aceras los puestos de *café económico*; entraban grupos de gentes madrugadoras en la recién abierta taberna; cruzaban ya por entre ellos las modistillas, costureras, sastros, ribeteadoras, operarias de la fábrica de tabacos, y sonreían á los piropos, contestaban con el gracioso descaro de las hijas del pueblo madrileño á los atrevimientos de palabra y obra; compraban buñuelos en las mesas de pino, cuya blanquísima veta acusaba la monomanía de la limpieza; mientras que en medio de la calle, por el arroyo, los traperos y los perros vagabundos revolvían los montones de basura buscando el hueso y el mendrugo emporcados y mal olientes. A lo lejos se oía el alegre sonar de campanillas, con que en precipitado y menudo trote iban acercándose las burras de leche.

En el atrio de la iglesia estaba ya el sacristán, que acababa de abrir las puertas del templo; Carponto cambiaba en aquel instante su mirada de reto con la vieja desgreñada, sucia, horrible, que barría el portal de la casita baja de dos pisos, de balcones herméticamente cerrados, que estaba situada á la izquierda conforme se salía del templo.

La vieja del lupanar hizo su acostumbrada mueca; é iba ya nuestro acólito á girar sobre sus talones, huyendo á refugiarse en el sagrado

recinto, cuando se detuvo al ver avanzar por el otro extremo de la calle á un sacerdote.

—¡Calle! ¡El cura Román! ¡Y no viene de su casa!

El cura no le había visto. No venía de su casa, sino que á ella iba. A ella iba ebrio de felidad, de contento, herido tal vez de muerte, pero sonriendo á sus ambiciosos sueños, que ahora se realizarían.

¡El millón! ¡Podía contar con el millón para Roma!

¡La marquesa se lo había prometido! Habíase dado un trabajo ímprobo para arrancar aquella tajada por medio de las relaciones puramente espirituales. Antes, mucho antes lo hubiera conseguido conociendo mejor á la muñeca de salón de baile.

—¡Un millón!—acababa de decirle Gertrudis. —¡Tonto! ¡Lo tendrás! Venderé, si es preciso, una finca. Más que eso me costó el otro, sin pedirme un cuarto y sin que yo se lo diera.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? El secretario de la embajada. Y más caro que vosotros dos juntos, mi marido.

Román pasó por delante del atrio sin apercibirse de la presencia del acólito.

Carponto le siguió con la vista, y se quedó murmurando:

—¿De dónde saldrá ahora este? ¡Qué sacerdotes, señor, qué sacerdotes!

Quien abrió la puerta no fué Teotista, sino el padre Fermín en persona.

El padre Fermín, que también tenía la cara de insomne y desvelado. En la casa reinaba un gran silencio. Oíanse unos sollozos de mujer allá en el comedor.

El colector, de pie delante de su colega, no decía una palabra, pero le impedía el paso.

Román creyó que iba á preguntarle dónde había estado durante toda la noche. Se inmutó. Dijo lo primero que se le vino á las mientes, lo que creyó más oportuno entonces.

—¿Y mi hermana, cómo está?

—¿Quiere usted verla? Venga usted.

Y echó á andar, seguido del otro; abrió la puerta del gabinete. Entró, hizo pasar al presbítero y cerró de nuevo.

Por los cristales del balcón entraba la luz dudosa todavía de aquel amanecer frío, lleno de nubes en el cielo, de niebla espesísima en la tierra.

—¡Ahí *la tiene usted!...*

No dijo más el tío de Anita. Volvió Román á oir los sollozos de la andaluza allá en el comedor.

El sacerdote miró con recelo hacia la cama.

¡Allí la tenía!

Allí estaba la hermosa doncella que vino de Tudela para ser más casta, más inocente, más pura, completando su educación al lado de *su hermano el cura.*

Allí estaba Gracia, vidriados ya los ojos y hundidos, arrugadas las sienes, perdido el conocimiento, abriendo y cerrando las manos para coger *á puñados* las sábanas que la cubrían.

Estaba con el estertor. No se oía otra cosa en el gabinete. Un hervor de flemas que ensordecía á Román, *al futuro papa.*

Lo escuchaba atontado.

FIN DE LA NOVELA

APÉNDICE

APÉNDICE

LA CRÍTICA DE «EL CURA»

La primera crítica que se escribió acerca de mi anterior libro, ó una de las primeras, según tengo entendido, fué la del Sr. Miralta, y se publicó en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, que dirige el Sr. D. Ramón Chíes.

De ella tuve noticia por este último, y fué la víspera de su aparición. Yo no tenía el honor de conocer, más que de fama, al director de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, y habíame figurado de él un tipo especial, llevado de esos vicios de la imaginación, aficionada siempre á las hipótesis.

La loca de la casa, por estas y otras manías, hízome siempre reir á costa suya con ridículas creaciones que me costaba luego mucho trabajo poner de acuerdo con la realidad. Antes de

conocer y tratar como amiga á una porción de gente, la imaginación, por su solo nombre, les aplicaba cualidades á cual más estrambóticas; y como si las sílabas que forman cada apellido fueran colores, pintaba en ellas el retrato de un personaje á su capricho, y escribía debajo: «Este debe ser D. Fulano de Tal.» El don de adivinar es imposible, pero no lo es la casualidad, y á veces por casualidad la imaginación no tiene que borrar una sola línea, ni cambiar el colorido de sus creaciones. Pero se equivoca más que acierta. Se figuró que Campoamor tenía la cara de Voltaire, y luego se disgustó mucho con la naturaleza al ver que D. Ramón tenía el semblante como de un niño mofletudo y travieso que se ha puesto por diversión patillas de algodón en rama. Prescindamos, porque bien se puede prescindir, de alguna que otra arruga. Otro día, leyendo el artículo de un crítico que me insultaba, la eterna hipótesis dijo: «Este hombre, cuando escribe así, es porque quiere batirse», y luego tuvo que ver un acta indecorosa para convencerse de que el crítico era un coborde. A Núñez de Arce le atribuyó la estatura de Retes, y á Retes la de Núñez de Arce. Tuvo que hacer un cambio absoluto de figuras, pidiendo mil perdones.

Pues bien: con el Sr. Chíes ha sucedido algo de esto. Antojábaseme un hombre tan alto como el Sr. Aza, muy aficionado á poner títulos largos en todas sus producciones, desmadejado al andar, anémico. De todo ello tenía la culpa ese nombre de un cuarto de hora que estampa frente de su publicación y los extensos artículos que he leído.

El director de *Las Dominicales* y yo teníamos igual deseo de conocernos. Ignoro el efecto que le causaría mi presencia; pero en cuanto á la suya, dejóme maravillado. La imaginación tenía que borrar mucho. D. Ramón Chíes es hombre bajo de cuerpo, nervioso, muy dado á la oratoria, muy bien vestido de palabra el pensamiento; la cara no de hombre sano, sino de convaleciente; fogoso en la emisión de ideas, entusiasta de lo que proclama, muy meridional, casi árabe de naturaleza, soñador; esta generación es un inmenso muestrario de enfermos. Nuestra presentación hízola otro que está más grave de la fiebre en que se epidemia todo un siglo. Zahonero. El librepensador me colmó de elogios. Exageró hasta el punto de proclamar su afición mayor á mis libros que á los del gran maestro del naturalismo. Dijo que ésta era la síntesis de su opinión literaria. «¡Cuánto siento

—añadió,—ahora que le conozco á usted, el artículo de crítica que sale mañana; lo siento, porque es un varapalo. Voy á retirarlo». «No haga usted tal cosa. Déjelo».

Insistí más cuando supe que la crítica de *El Cura* estaba hecha por un presbítero. ¡Un presbítero librepensador! Como si dijéramos: un monárquico republicano, algo por el estilo del señor Castelar en tamaño de tarjeta.

Al día siguiente compré *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Allí estaba el artículo. Lo leí con mucha curiosidad. En efecto, aquello era de un presbítero. Si el Sr. Miralta no fuese sacerdote, merecía serlo.

Y como se ha comentado mucho mi silencio ante este *varapalo*, voy á procurar analizarlo.

Desde las primeras líneas, sin ambages ni rodeos, como á mí me gusta, se deja ver claramente la irritación que le ha producido al señor Miralta, presbítero librepensador, la lectura de mi libro.

Empieza por afirmar que yo pretendo ser el portaestandarte del naturalismo en España. ¡Yo! ¿Dónde he dicho yo eso? El Sr. Miralta no sabe

nada de mí, ni tampoco sabe lo que significa la palabra *pretendiente*. Reflexione un poco. Yo no tengo la culpa de que unos elogien mis libros hasta exagerar su mérito y otros exageren también la censura. Yo no puedo ser responsable, por ejemplo, de que su director de usted tenga en mucho más mis novelas que las de M. Zola; y no dejo de protestar contra este gusto con toda sinceridad de convicción, porque para mí monsieur Zola es el primer novelista del mundo, y también el primer crítico. No puedo ser responsable del encono con que me atacan unos, ni del entusiasmo con que otros me lisonjean. Yo no respondo más que con mis bienes. ¿Dicen que yo soy el portaestandarte del naturalismo en España? Pues hay que esperar, para acusarme, á que yo lo diga. A M. Zola, algunos títeres de la literatura le han llamado *cochón*, cerdo; á mí, otro títere me llama escritor asqueroso. Pues ni M. Zola en Francia, ni yo aquí, tenemos olvidada nuestra propia dignidad, y por eso no se contesta á los títeres. A pesar de este silencio, la opinión no nos declara reos de indecencia y asquerosidad.

Pero usted, señor Miralta, no es un payaso contratado para hacer reir con groseras posturas á un público soez; no tiene usted esa mi-

sión, por la que se admite como justa retribución, no el sueldo de un escritor, sino la exigua paga, el salario ó jornal de un escribiente en cualquier diario ilustrado madrileño. Usted no es así, y debe considerar las cosas y verlas tal como son.

Desgraciadamente, toda la crítica de *El Cura* de que vengo ocupándome adolece del mismo defecto: es una serie de afirmaciones y negaciones, *porque sí*, porque usted lo dice, y su comentario natural es la conocida y proverbial frase: «Lo dijo Blas, punto redondo».

«Más que novela—dice usted de mi libro,—es un pecado literario». «Por esa senda se va á cualquier parte menos al naturalismo». ¡Afirmaciones! Afirmaciones constantes. Pruebas de la afirmación, ¡ninguna!

«No discutiré si se debe ó no dar carta de naturaleza en la literatura á las novelas médico-sociales, ni si pueden constituir un género,» añade el Sr. Miralta. Y ¿por qué no? Precisamente porque la discusión es más difícil que el sistema de negar ó conceder sin razonamientos, dejándose inspirar, no por el libre pensamiento, sino por el Espíritu Santo.

Pero á la postre, el Sr. Miralta habla de *El Cura*, refiere su argumento y lo encabeza asegurando que no puede ser más inverosímil ni descabellado. «Algún ángel malo—escribe el presbítero—ha aconsejado al *valiente* novelista que se meta en la Iglesia; es lo peor que podía hacer quien no la conoce.» ¿Lo ve usted, señor crítico? Volvemos á lo de antes. Yo, ¿qué culpa tengo de que usted me atribuya la superior cualidad del valor? La misma que de esa suposición respecto á mi ignorancia. Es verdad que mi desconocimiento lo razona, por fin, el señor Miralta algunos renglones más abajo. Leamos:

«El inteligente que lea la novela conocerá que su autor ha pasado algún tiempo leyendo libros de teología, cánones, mística y liturgia, *que es cabalmente lo que hay que hacer para no conocer la Iglesia y sus gustos.*»

¡Cuando digo yo que un presbítero librepensador tiene que ser algo muy raro! Aquí tenemos á Don Quijote diciendo aquello de: «La razón de la sinrazón...» y otros disparates no menos chistosos por lo enrevesados.

De seguir los consjos del Sr. Miralta, yo debería haber leído, para «conocer la Iglesia y sus gustos», algún libro de cocina; y así por estilo, el que trate de estudiar en novela las costumbres de la clase aristocrática, no obrará cuerdamente si no frecuenta las tabernas; para

describir á un pilluelo, deberán tenerse á la vista en lo que respecta al traje, los figurines de *La Moda Elegante*.

Con franqueza: para razonar así, valiera más que no se metiese el crítico en dibujos. Seguir como empezó, y yo seguiría repitiendo, á guisa de estribillo, la misma frase: «Lo dijo Blas. Lo dijo Blas. Lo dijo Blas.»

¡Que si quieres! El Sr. Miralta va á demostrar que conoce la Iglesia y sus gustos, y hasta en eso de la liturgia me prepara una jugada de mate á *El Cura* en toda regla.

«Los detalles, las descripciones de cosas de la Iglesia, resultan completamente faltos de verdad», dice, y pasa á probarlo ajustándome una especie de cuenta de la lavandera. Yo no he fijado la época, ni fecha alguna en que pase la acción de mi libro; pero con presbíteros y críticos como el Sr. Miralta, esta malicia de nada me sirve. El lo averigua. He aquí cómo:

«Esta (se refiere á la acción) tiene lugar en 1885, *pues el protagonista cumple veintidós años el domingo XI después de Pentecostés, que es 9 de Agosto en el año que va á terminar*. La cosa no puede ser, á primera vista, más terminante. Mas he aquí una pequeña, una pequeñísima objeción que se me ocurre, y es que el Sr. Miralta no ha tenido en cuenta que el domingo XI después de Pentecostés, como fiesta variable, puede ser el 9 de Agosto en este año, y puede haberlo sido en otro cualquiera de los años anteriores, y mi elección de fiesta variable obedeció precisamente á eso, á que pudiera ocurrir, no sólo en el año actual, sino en los pasados y hasta en los venideros. El 9 de Agosto es domingo XI después de Pentecostés en el año actual. Lo celebro infinito. ¿No lo es? También lo celebro inconmensurablemente. «Es que hay más—supongo que pensará el Sr. Miralta;—es que hay otra coincidencia para establecer y fijar la fecha de un modo indudable. Es que también ha sido este año el 9 de Agosto el día en que cumplió años su protagonista de usted, que se llama Román.» Pues la coincidencia es mayor de lo que usted pueda suponer, Sr. Miralta. No sólo este año, sino todos los años sucede lo mismo. De manera que Román pudo cumplir los veintidós años y un día en un año en que su santo fuera el domingo XI de Pentecostés. ¿Que en los diez y nueve siglos de la era Cristiana, registrados sus mil novecientos almanaques, resulta que sólo el año actual es el que tiene dicha fiesta en el 9 de Agosto? todo esto es ridículo. No parece sino que la crí-

tica de un libro es como la de un número de cualquier periódico, y ha de tenerse en cuenta el día que se puso á la venta, que es un hecho de la vida real, y ver si con arreglo á esa fecha adelanta ó atrasa, está conforme ó no la acción novelesca, que es un hecho imaginario. ¿Qué consecuencia deduce el presbítero librepensador de estas premisas? ¿Qué importancia tienen para los fines críticos? ¿Demuestra acaso que se trata con falsedad de las cosas de Iglesia? En último extremo, ¿he falseado el almanaque, aun concediendo todo lo que el Sr. Miralta pide con tanta necesidad? Pues que me demande de injuria y calumnia el Zaragozano.

Este es todo el razonamiento que se encuentra en la crítica que apareció en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Está basado, como se ve, en que yo, para escribir novelas, cometo el enorme delito de no mirar el calendario.

En cambio, el librepensador, como presbítero, ignora muchas cosas de la Iglesia. Niega que se haga el matrimonio con el ceremonial que yo copio. Pues *si lo copio*, si lo que está prescrito por la Sagrada Congregación de Ritos, esta negación prueba su ignorancia.

«No es tampoco aguado el vino de la consagración», añade el exsacerdote, ó el librepensador

futuro. ¿Que no? Vamos á verlo. La cuestión es enojosa; pero como da el Sr. Miralta importancia de error craso al asunto, hay que acometerla.

Todo el mundo sabe que el pan simboliza el cuerpo de Cristo y que es materia de sacramento, porque, por virtud divina, en la pronunciación de las palabras, que es la forma, la sustancia del pan se transustancia en cuerpo de Cristo. El vino simboliza la sangre derramada por nuestra redención, *y el agua simboliza el sudor en el Huerto*, UNIDO Á LAS GOTAS DE SANGRE QUE CAYERON EN LA TIERRA, dice San Lucas, y debería usted saberlo, Sr. Miralta. *También simboliza el agua que salió del costado del Señor en la cruz*, y por esta razón *mandó Alejandro I*, que gobernó la Iglesia desde el año 121 del nacimiento de Cristo hasta el de 132, QUE SE MEZCLARA EL AGUA CON VINO, corroborando así este pontífice *lo que ya se practicaba en la Iglesia por tradición apostólica.*

Si quiere el presbítero más textos, sigo copiando.

«Es pecado mortal no mezclar, cuando se celebra la misa, el agua y el vino en el cáliz, *como lo dispone el concilio Florentino.*» *(Tertium autem Sacramentum.)* «Aunque la cantidad de agua

sea en sí cosa parva (añade otra de las obras de que estoy copiando, y cuyos autores no diré todos quiénes sean, porque le reservo sorpresas á mi adversario, bastando con que le asegure que son *todos ellos sacerdotes]*, aunque sea cosa parva, es muy grave respecto del fin, significación y misterio que simboliza.» No convienen los autores sobre la cantidad de agua que se ha de mezclar. Layman dice: «Mas no es necesario escrupulizar demasiado sobre si han de ser dos ó tres gotas; aunque sea la octava ó décima parte respectivamente al vino que se pone, no hay que hacer escrúpulos» (1). Lugo añade «que aunque sea la sexta parte ó quinta, puede permanecer tranquilo el sacerdote que así procediese (2). Pero si el vino es demasiado débil, si por descuido se echase la quinta ó sexta parte de agua, yo aconsejaría se añadiese después un poco más de vino. *Si el mezclar el agua con el vino es por derecho divino ó eclesiástico, las gotas de agua pasan inmediatamente á ser sangre de Cristo*».

Esto lo dicen los doctores eclesiásticos Layman, Villalobos (3), Diana, en la parte tercera,

(1) Layman, tom. II, lib. V, tratado 4.°, cap. II, núm. 9.
(2) Lugo, Disp. 4.ª, núm. 58.
(3) En la *Summa*, parte primera, tratado 7.°, discurs. 7, números 3 y 5.

tratado 4.°, resolución 49; Leandro del Sacramento y otros que puede consultar el Sr. Miralta, y con eso no hablará tan de ligero.

Yo siento tener que decir á un presbítero que *no sabe de la misa la media;* deploro que aparezca brusco mi escrito, pero responde al estilo que campea en el suyo. El lo niega todo sin probarlo; yo lo que niego se lo pruebo. Además, el señor Miralta adopta un tono doctoral irritante.

«Sepa el Sr. López Bago—escribe en uno de sus párrafos,—sepa el Sr. López Bago que el incesto entre sacerdotes es considerado, por fortuna, como un crimen tal, que sólo su nombre les asusta de verdad.»

Ya lo sé, porque supongo que esto equivale á decirme: «Sepa usted que robar es un crimen, y matar otro, y otro incendiar», y así sucesivamente. Sí, señor; no sólo entre sacerdotes, *por fortuna*, sino entre la gente que tiene sentido común, el incesto es incesto. Estamos conformes. Entre sacerdotes y entre cadetes del arma de caballería. No me extraña nada. Porque, francamente, después del «Sepa usted, señor mío...» yo esperaba, como es natural, que iba á saber algo, como, por ejemplo: «Sepa usted que el incesto lo consideran como un crimen hasta los niños de teta.» Cosa que, por lo menos, me hu-

biera sorprendido bajo el punto de vista de que esas criaturitas no saben nada de lo que pasa por el mundo. ¡Nada! Ni siquiera que está tramitándose en la actualidad, en este mismísimo año de 1885, una causa criminal, por incesto, en los tribunales de justicia, y que, *por desgracia, el reo es un sacerdote.*

Sigue el Sr. Miralta negando, y asegura que ningún sacerdote, por fanático que sea, llega al extremo de tener en su cuarto un Cristo de gran tamaño, rodeado de bayetas negras y con dos cirios siempre encendidos, «porque esto no puede sufragarlo un cura que almuerza mal». «¡Cuesta muy caro—dice el crítico,—mucho!» Pero, hombre de Dios, ¿usted sabe cuánto dinero tenía Román en el cajón de su mesa? Usted no puede saber de mi cura más que lo que yo diga. Y ¿no recuerda usted que Román era hijo *de unos labradores* RICOS de Tudela?

Pues suponga usted que ningún cura tiene ese Cristo; pero á Román le dió por ahí la manía, y lo tuvo. ¿Es eso tan difícil como comulgar con ruedas de molino? También asegura usted que «ningún clérigo *hijo de labradores acomodados* (¿lo ve usted?) dice su primera misa lejos de sus padres». Al leerlo, confieso, Sr. Miralta, que me aterré. Acaso había dejado de consultar los cánones que tratan de ello. Busqué la razón. Quería saber dónde estaba prohibido. Si era, en fin, el suceso incompatible con la disciplina clesiástica.

Y dice el Sr. Miralta para fundar su negativa en razones tan poco sólidas como todas las de su ataque.

«Sería entre nosotros lo más extraordinario y hasta indecoroso; pero más extraño aún sería

que en tan solemne día

saliese solo de casa y no tuviera más que un plato de patatas para desayunarse, ni más *acompañamiento* que su hermana. El sacerdote español á quien esto sucediese se creería muy desgraciado ó maldito».

Hombre, maldito no. Maldito no se considera más que Ducazcal, y eso porque se maldice á sí mismo. Todo lo más que concedo es que se considerase mal alimentado. Y en cuanto al *acompañamiento de hermana*, ¿qué quería usted que hiciese? ¿La iba á matar? Pues entonces se acababa la novela. Román, por disposición mía, tuvo que resignarse, ser muy frugal, porque él era así, partir lo que había con la muchacha y comer menos.

Se incomoda usted sin razón. Al leer ese

capítulo, si no le parecía á usted bien lo de las patatas, comprendo que me hubiese usted mandado á casa un par de perdices, y yo me las comería por Román, á quien maldita la falta que le hacen, y en comiendo yo, él está contento.

Pero oigamos el final del famoso *varapalo:*

«Esta es la novela en lo que tiene de eclesiástico. Por lo que respeta á lo de médico, vale más que callemos».

Otra vez lo de siempre. «Callemos». «No discutamos». «Pasemos por alto». Pero entonces, ¿para qué diablos ha cogido usted la pluma? Hablar es mejor; con eso sabríamos si es usted tan médico como presbítero, que me parece que sí.

A ver ahora si tengo más suerte; copio:

«¡Cómo mencionar, ni aun para la crítica, escenas imposibles, descripciones de formas humanas y de fenómenos ó funciones naturales, crudezas inauditas, que si no responden al verdadero estudio médico, huelgan por subidas de color en el social, y no tienen trascendencia ni objeto en libro alguno, como no sea exclusivamente pornográfico! ¡No, la novela de punta, la que combate vicios ó plantea problemas, no excita; se puede decir mucho más, y decirlo

sin rodeos ni hipocresía de estilo, pero también sin llegar á la nota satiriaca!»

Ya pareció aquello. Pero, ante todo, ¿lo ve usted cómo hacía divinamente en callar *por lo que respecta á lo de médico?* No se pueden decir más disparates en menos palabras. *La nota satiriaca* no existe. Ya sé yo lo que usted quiere decir, pero no lo dice. Usted quiere hablar de otra cosa, y por eso replico yo: «Ya pareció aquello». La *nota* satiriaca no existe en el *pentagrama* literario. La satiriasis es una enfermedad. Pero usted ha oído hablar de poesías eróticas, de género picaresco, de escritores sensualistas, y ha querido expresar algo así.

¡La moral en el arte! Ese es el argumento que no ha salido. ¿No es eso? Pues bien: para juzgar la literatura como moral, desde el momento en que trata de examinarse así, es mejor llevar el libro á los tribunales de justicia, porque no es terreno en que los literatos lleguemos á entendernos nunca. La literatura no debe examinarse más que como obra de la inteligencia. ¿Hay talento en ella, ó no le hay? Esa es la primera y única pregunta. La única. Entendámonos de una vez, porque el galimatías va siendo ya insoportable. La moral está penada en el Código.

La tontería no, y por eso no se puede contar el número de las estrellas ni el de los tontos que las miran con la boca abierta. La inmoralidad existe como acto, pero no es delito relatarla, de igual manera que el acto de robar es un delito, pero no la descripción que hace un escritor del robo mismo. El que incendia, el que mata, el que estupra, es un criminal, y llenas están las páginas de literatura del relato de tales desafueros. ¿Que la literatura no puede atacar á la moral? Vamos despacio. En primer término, hay que distinguir entre la índole que tienen con respecto al público las varias producciones literarias, ó, mejor dicho, todos los impresos. Lo que no se puede cometer por medio, no ya de la literatura, sino de la imprenta, es el escándalo. Y el escándalo es delito que reviste gran publicidad, un carácter externo que lo haga visible aun para aquellos que no quieran verlo. Es una fuerza que se impone al prójimo á pesar suyo, que lo sorprende en cierto modo. Pero el libro tiene una índole distinta de la hoja suelta, del periódico y del cartel.

Es un género de comercio que puede elegir ó desechar el comprador. Entre el libro y el público media un contrato de venta y compra completamente respetable. Con el libro, si es

escandaloso, se escandaliza el que quiere. Ningún librero puede imponer como necesaria la venta de las obras de su almacén. El contenido del librero no se expone al público cuando no quiere leerlo como los carteles, pegado á las esquinas. No promete el libro, como promete el periódico, tratar de tales ó cuales doctrinas políticas, filosóficas ó literarias, y luego, por conveniencias diferentes ó cambios de dirección y de empresa, sorprende al suscritor y llega á su casa, llega como á buscarle, con doctrinas nuevas, contrarias á las que le indujeron á la suscripción ó la compra.

¿No bastan estas diferencias, que los hechos corroboran y que la manera de ser de estas publicaciones demuestra claramente?

Pues yo digo que no puede negarse á la literatura lo que se concede á la filosofía, á todas las ciencias, á toda la especulación de los conocimientos humanos.

¿Hay ataques á la moral en la obra literaria? Pues que se defienda la moral de otros más rudos que los que puede recibir en una novela. ¿Se concibe mayor ataque á esa moral que destruirla? No. Entonces habrá que prohibir la venta de las obras en que se estudia y desarrolla la filosofía racionalista.

Pero es que se ha extendido como una epidemia la virtud, y yo no creo en la virtud más que con carácter endémico. Una nación que de pronto se hace virtuosa debe ponérsela en cuarentena hasta que se aclare si es virtud ó hipocresía para ocultar la corrupción y para que no se vea la llaga que sale de repente á la cara.

Ahora, como palabra aprendida de nuevo, no se oye más que repetír la de *pornografía*, y pudiera ser que se equivocaran, que no estuviésemos bajo el dominio *pornográfico*, sino bajo el *pornocrático*, y entonces todo se explicaba fácilmente.

Parece como que los sacerdotes de la moral en el arte no han leído las odas de Horacio, ni el *Arte de amar*, ni las *Pastorales*, de Longo, ni *La Celestina*, ni el *Quijote*, ni las *Cartas del Caballero de la Tenaza*, ni saben que existió Shakespeare, Gœthe, Voltaire, Tirso de Molina, ni oyeron hablar nunca de Montaigne, Sthendal, Balzac y Gustavo Flaubert; y para que no se diga que hago citas especialísimas, ahí están *La confesión de un hijo del siglo* y *Mademoiselle de Maupin*, *La noche de Cleopatra*, *Fortunio;* ahí están los jefes del romanticismo, del idealismo, con Víctor Hugo á la cabeza, entre los autores modernos. Ahí están, entre los que escriben aún,

Paul de Saint-Víctor, también romántico, los veristas en Italia y Eça de Queiroz en Portugal.

A esto me contesta otro crítico, el Sr. Tuero, que mis obras no son naturalistas. ¿Por qué? Sistema Miralta. ¿Porque sí? Repetición del estribillo: «Lo dijo Blas...» Y este Blas entiende tanto del género en que se le ocurre clasificar mis novelas, que hasta no sabe el nombre de su autor. Le llama el *marqués de Sada*. No hace más que repetir lo que ha leído en una crítica de M. Zola acerca de M. Barbey d'Aurevilly. Con la diferencia de que el papagayo no puede imitar nunca el hermoso grito de Zola, grito de águila francesa. No se ofenda el buen astur. Para hablar del marqués de Sade *(Sade*, no *Sada*, porque españolizando así los apellidos, á M. de Goncour le llamaría el Sr. Tuero *Goncorto.)* Para hablar del marqués de Sade, para compararme con él, hace falta lo más preciso para toda comparación. Y el Sr. Tuero habla del *sadismo* de oídas, por la sencilla razón de que el marqués de Sade no era un literato, sino un enfermo, un loco que fué encerrado en Charleston en los tiempos de Napoleón I, y que durante su encierro escribió *un cartapacio*, el cual, naturalmente, no llegó á imprimirse, y, por tanto, no ha leído el Sr. Tuero el manuscrito de un

loco, que se hizo desaparecer como padrón de ignominia.

Siga el Sr. Tuero haciendo las clasificaciones que guste; y cuando escriba algo que no sea literatura al por menor, un librejo, «aunque sea tamaño como un grano de trigo», que, como dijo el mercader á Don Quijote, «por el hilo se sacará el ovillo», y yo juro clasificar con más fortuna el género á que pertenece; y aun «si es tuerta la obra, con todo eso, por complacer á vuesa merced, diremos en su favor todo lo que quisiere». A mí, después de todo, ¿qué me importa ni me perjudica el que se vendan y tengan éxito los libros de cualquiera? ¡Ah! El señor Miralta y el Sr. Tuero. Tengo el honor de proponer estas dos candidaturas para el puesto de gobernadores civiles al Sr. Cánovas del Castillo, y con cualquiera de ellos conseguirán los conservadores, cuando vuelvan, un reemplazo digno de su antecesor el Sr. Corbalán. Lo malo es que si al dicho Corbalán le hice comprender en una entrevista la distancia que había entre él y yo, al Sr. Tuero prometo tratarle más cortésmente, porque al fin somos amigos los domingos, que es cuando yo descanso y me doy el lujo de ir al café; y al Sr. Miralta, como presbítero librepensador, le besaré la mano, y felicitaré entonces por sus nuevas naturalezas de autoridad eclesiástica y gubernativa.

Lo que yo no perdonaré nunca á este último es que se figure: primero, que el Sr. D. Alejandro Sawa es discípulo mío; segundo, que he sido yo el que ha insertado el artículo laudatorio de mi personalidad literaria titulado *Impresiones de un lector*, que el susodicho Sr. Sawa escribió y firmó.

Ha publicado el artículo el editor de la obra, y nada he tenido yo que ver en eso. La obra no es de mi propiedad, y su dueño pudo hacer é insertar en el tomo, después ó antes de mi novela, un artículo del Sr. Sawa; otra novela del Sr. Tuero, por ejemplo, si el Sr. Tuero la hubiese escrito; la *paliza* que usted me da; su retrato de usted bebiéndose el vino puro en el acto de la consagración, el mío, el suyo, el del vecino de enfrente ó el del Sr. Corbalán en traje de uniforme. Lo que le diere la gana, como ahora inserta este apéndice en EL CONFESONARIO, porque me lo encarga, porque lo paga bastante bien, porque yo lo cobro, y Cristo con todos. ¿Qué le hemos de hacer, Sr. Miralta? Este es el mundo, y estas las envidias y miserias y pequeñeces que abundan en este valle de lágrimas.

Pasemos ahora á la segunda hipótesis, que es también completamente gratuíta.

El Sr. D. Alejandro Sawa no es discípulo mío. Es un romántico de tomo y lomo, como vulgar y malamente se dice. Y usted le llama «reo de los mismos delitos que ha cometido el Sr. López Bago». Pero, ¡hombre de Dios!, ¿ve usted lo que resulta de no saber lo que es naturalismo ni romanticismo, y arriesgarse imprudentemente en terrenos desconocidos? Está usted en la literatura como en un país extranjero. Ir desde la sacristía á una redacción de un periódico que circula tanto como *Las Dominicales*, es más difícil de lo que á primera vista parece. Empieza usted por no conocer á nadie, por no haber leído más que el breviario, y sigue por otra porción de cosas que dejo enumeradas.

Precisamente el Sr. Sawa está tan distante del naturalismo, que en su mismo artículo *Impresiones de un lector* lo combate con esa brillante energía y esos penachos de caballero de la Edad Media, que tiene su romántica manera. Lo trata como á villano. Y reclama para sí todos los fueros, hasta el derecho de pernada. No vence á pesar de su armadura y de su fuerte lanza; pero esto depende de que el naturalismo, sin casco ni coraza, se aprovecha de los modernos

inventos de guerra, y lucha con armas de fuego, que traspasan los aceros y blindajes de mejor temple. ¿Quiere usted un detalle de carácter privado? El Sr. Sawa y yo éramos amigos mucho antes de la publicación de *El Cura*, y antes también se trocaron en enemistad nuestras relaciones. ¿Por qué? Es muy sencillo. Sawa es vehemente, nervioso, un soñador, á quien le molesta, como si fuera una herida, el codazo de la realidad que le hace abrir los ojos y mirar por dónde anda. Porque es hombre que anda con los ojos cerrados entre la multitud. He dicho soñador. Pongamos que es sonámbulo. Fanático admirador de Víctor Hugo, *sectario* si usted quiere, porque la palabra sectario es una honra en estos tiempos, en que cada cual se adora á sí mismo; sectario de Víctor Hugo, como yo lo soy de Balzac, de Flaubert, de Zola y de otros muchos cuyas obras usted no debe haber leído. Conmigo y con él, la discusión casi parece siempre una riña. Muchos nervios y mucha sangre. Las palabras salen con la fuerza que tienen los puñetazos. Dos hombres así se interrumpen á cada instante; cada vez que uno habla siente el invencible deseo de taparle la boca al otro con la mano, como para evitar y contener algo que va á explotar. Si se calla, le mira asombrado.

«¿No me interrumpes? ¿Entonces es porque he dicho alguna sandez?» Y se enfurece consigo mismo. En la habitación en que se entabla un diálogo semejante, hay estallidos más que voces: parece que se están haciendo fuegos artificiales. Una discusión de este género tuvo la culpa de todo. No recuerdo si fué Zola ó Hugo el que nos separó, para que por defenderle no llegáramos á rodar por el suelo como epilépticos. El caso es que tomó el sombrero, un sombrero también romántico, color de castaña con botones rojos, tomó el sombrero y se marchó. —«¡Esto no se puede resistir! ¡Hemos concluído!»—«Conformes». Yo creía que las escaleras las bajaba de cabeza. ¡Tan de prisa iba!

Hasta ahora. Mejor dicho, hasta ayer. Los odios de estos temperamentos duran una eternidad de un par de meses á lo sumo. Ayer no pudo resistir más. Hizo bien, y en esto se me anticipó, porque hoy pensaba yo haberle robado la idea. Una idea sencillísima: decir él: «¡Viva Zola!», á condición de que yo vitorease á Víctor Hugo. Me equivoqué, y dije: «¡Viva la amistad!» Grandeza por grandeza, no sale perdiendo el autor de *Nuestra Señora de París*.

Y aquí tiene usted, contado en el estilo de Alejandro Sawa, contado y probado el error de

suponer al autor de *La mujer de todo el mundo* discípulo mío. Lo cual es tan chistoso como decir que es naturalista Arsenio Houssaye, Adolfo Belot y demás restos del romanticismo francés.

Usted dice, Sr. Miralta, que el naturalismo no consiste en esto, en lo otro ni en lo de más allá. Que no consiste en la descripción de actos carnales, *verbi gratia*. Estamos conformes. Pero en mis libros no hay solamente esto. A no ser que usted no vaya buscando otra cosa, razón poderosísima para que no encuentre lo demás.

Una vez más es preciso repetir las afirmaciones hechas por el jefe del procedimiento naturalista acerca de la crítica en este sentido.

En España y en Francia, con respecto á la manera de hacer la crítica, y á lo que ésta es actualmente, nos hallamos en el mismo caso. Allí es un poco mayor la altura. Juzgue M. Zola cómo será la de aquí, cuando en su estudio acerca de la crítica contemporánea ha tenido que decir lo siguiente, que parece escrito como para los que viven á orillas del Manzanares:

«Estos males no dependen ciertamente de que escaseen los periodistas que hacen la críti-

ca. Antes por el contrario, no hay joven recién llegado de la provincia que no sueñe con distribuir palmetazos. Y como los directores de periódicos profesan un hermoso desdén á la bibliografía, confíanla casi siempre á los novatos, á los aprendices, á los que quieren acostumbrarse al manejo de la mano. La bibliografía se relega á la última página, á un rincón. Se ajusta con ella; es decir, que se estira ó se encoge según las necesidades del número. Es menos importante que los accidentes y que los crímenes, á los que se cuida con especial cariño. Se publica un libro; ¡vaya una noticia! A nadie le interesa. Y así es como los pinches del periodismo debutan en la crítica; se les dan libros para que los destrocen, como en las cocinas se dan las legumbres á los pinches para que las deshojen. ¡Figuráos lo que hacen! Estos pobres muchachos generalmente no tienen dos ideas claras y precisas en la cabeza. Fáltales la práctica. Pegan palo de ciego. De aquí que se produzcan apreciaciones extraordinarias, que dan á nuestra crítica actual el parecido con una verdadera Babel, en donde se hablan todos los lenguajes menos el de la verdad y la justicia, que es el que se debería hablar.»

Pero es más importante que el hecho en sí las apreciaciones que sugiere á M. Zola.

«Ahora no hay crítica en Francia—dice;—esto es lo que oigo repetir desde que murió Sainte-Beuve. Es extrictamente exacto.

»El papel que hace la crítica en una literatura es, sin embargo, de una importancia capital. Cierto es que yo no creo en su influencia más ó menos directa sobre el nivel literario. No estamos ya en los tiempos en que la crítica ordenaba á los escritores el respeto á los géneros y á las reglas, en que distribuía palmetazos, como un maestro de pueblo. No tiene ya la misión pedagógica de corregir, de señalar las faltas como en una lección de un alumno, de ensuciar las obras maestras con anotaciones de gramático y de retórico. La crítica se ha ensanchado, se ha convertido en un estudio analítico de los escritores y de sus obras. Coge á un hombre, á un libro, hace su autopsia, se esfuerza en mostrar porqué mecanismo de engranajes aquel hombre produjo este libro, se contenta con explicar y formar un proceso verbal.

«Se investiga el temperamento del autor; las circunstancias y el medio en que trabaja se fundamentan; la obra aparece como un producto inevitable, bueno ó malo, del cual se trata de demostrar tan sólo la razón de ser. Toda la operación crítica se limita de este modo á compro-

bar un hecho, desde la causa que lo ha producido hasta las circunstancias que determinará. Indudablemente, este trabajo contiene una lección; y al verse en un espejo tan fiel, un escritor puede reflexionar, conocer sus defectos, tratar de ocultarlos todo lo más posible. Pero la lección viene de muy alto, se deduce de la misma verdad del retrato, y no es ya la enseñanza rutinaria de un dómine. La crítica demuestra, no enseña. Ha comprendido que su influencia sobre el nivel literario era casi nula, porque los temperamentos son indóciles, y ha preferido representar el hermoso papel de escribir la historia literaria contemporánea explicada y comentada.

»Su importancia actual es, pues, la de señalar los movimientos de escuela que se producen. Debe estar siempre, como un notario, levantando acta de los hechos nuevos, dando fe de la dirección en que camina cada generación de escritores. El público, á quien asusta la originalidad, necesita que le tranquilicen y que le guíen. Un crítico que posee autoridad sobre sus lectores puede prestar los mayores servicios. De él se acepta todo, se espera á que hable para creer. Desde este momento, si es de amplio ingenio, si acepta los temperamentos originales, él solo tiene poder para imponérselos á la multitud que vacila. Estudiará estos temperamentos, mostrará las raras cualidades que aportan, formará de este modo la educación del público, que acabará por domesticarse. No hay misión más noble que la de acostumbrar á la gran masa de gentes á los alarmantes esplendores del genio.

»Iré aún más allá; diré que cada generación, cada grupo de escritores necesita tener su crítico que lo comprenda y lo vulgarice. El mismo hecho acontece en el teatro. Nace para cada forma dramática un parto de cómicos capaces de interpretar esta forma. La tragedia produjo sus intérpretes, que han muerto con ella. El drama romántico se encarnó igualmente en algunos grandes actores, que desaparecieron después á la par de este drama. De igual manera las escuelas literarias exigen combatientes en la vanguardia, trompetas que las anuncien y que hagan ponerse en dos filas á la multitud, para abrirles amplio paso. Se comprende que el crítico definido así debe nacer con la generación de escritores que viene á revelar é imponer; necesita las aficiones de esta generación, sus mismos amores y sus mismos odios; viniendo antes ó después no la comprendería y la combatiría. Es, en una palabra, un soldado del grupo, que tiene

en el cerebro más comprensión que inventiva, y que se resigna al cargo de portaestandarte, mientras que los demás se baten.

»Cuando una generación no encuentra su crítico, es para ella una gran desdicha. La lucha es mucho más larga, y la victoria no tiene brillo. El público se obstina en no comprender. Nadie está allí para explicarle el combate, para probarle que este combate es necesario y glorioso. No hay guía, no puede asirse á una opinión superior, en la cual tenga fe. Nótese que el público quiere que lo gobiernen: hay que darle mascadas las convicciones para que las digiera. En tanto que no habla el crítico autorizado, de diez personas, nueve esperan para decidirse; y en cuanto abre la boca, su opinión es la de la mayoría. Explícase, pues, el papel decisivo que desempeña un crítico entre el escritor y los lectores: es el intermediario, el común amigo en cuya casa se encuentran ambos para conocerse y entablar amistad. Si el crítico falta, el autor y el público se quedan cada cual en su domicilio, y se profesan durante muchos años una mutua desconfianza.

»Pues bien: la generación actual de escritores naturalistas tiene la desgracia de no haber encontrado su crítico todavía. Así es que la batalla continúa sin victoria decisiva. Los escritores no se cansan, producen obra tras obra; pero es lo más frecuente que no consigan más que indignar y exasperar al público, que ve tan sólo

aspecto brutal y ruidoso de la campaña. Ya es tiempo de que un crítico adquiera influencia, para explicar el movimiento que se está operando actualmente en nuestra literatura. Tranquilizados los lectores, comprenderán al fin. Verán de qué lado está el talento, la vida, el porvenir. Aceptarían á los escritores naturalistas, como les fué preciso aceptar á los escritores románticos después de la lucha homérica de 1830.»

. . . . . .

«Durante estos últimos veinte años no se ha presentado ni un solo crítico. Existe en esto, seguramente, una escasez de hombres. Pero debe añadirse que jamás fueron las circunstancias más desfavorables. Indicaré, sobre todo, las transformaciones que se han operado en la prensa, como una de las principales causas de la decadencia de la crítica.

»El periódico, hace veinte años, era un órgano grave que daba todo espacio á la política y á la literatura. Las noticias estaban relegadas á la última plana. Se suscribían por simpatía hacia tal ó cual redacción; se esperaban los artículos

de tal periodista; se leían religiosamente, aunque tuviesen cinco columnas. La crítica, en aquella feliz época, campeaba á sus anchas. No se apresuraba; esperaba dos meses para hablar del último libro publicado, y daba sentencias minuciosamente consideradas. Los mismos lectores no experimentaban ninguna impaciencia. Exigían ante todo conciencia, talento y justicia.

»Todo eso lo hemos cambiado. El periódico nuevo aspira á poner en el arroyo á la literatura. Las noticias, bajo varios apelativos diferentes, invaden las cuatro planas. La prensa de noticias ha nacido. No se trata ya de analizar un libro. ¡Qué les importa eso á los lectores! Hay que decirles lo que medió la víspera en el salón de la señora *** y en los bastidores del teatro de Variedades; es preciso contarles el crimen de la noche anterior en trescientas líneas, con el retrato del asesino, lo que comía, lo que bebía; es preciso reducirlo todo á sueltos muy concisos, brutales, sin ningún adorno. De seguir este movimiento, los periódicos, antes de cincuenta años, se habrán transformado en simples hojas de anuncios.

»Se comprende el terrible golpe que la prensa de noticias ha venido á descargar sobre la crítica. Los estudios extensos, sabiamente pre-

parados, honradamente escritos, no están ya de moda. Ocupaban mucho espacio. El axioma de todos los directores es que ya no se leen los artículos largos. Y se ha llegado al chiste, á la chirigota; se ha considerado como rutinarios á los escritores que se aferraban á las viejas costumbres; se ha pretendido que sus artículos servían para probar la resistencia. La primera palabra del jefe de redacción es: «Trate usted de eso en cincuenta líneas nada más.» No se trata ya de conciencia ni de justicia. ¿Para qué? Los lectores no lo necesitan. Pero se exige que el artículo acerca de un libro se publique al día siguiente de la aparición de este libro, y mejor aún la víspera. No se necesita ningún estudio. Ni siquiera se lee. El crítico abre las hojas cogiendo una palabra de ésta y otra de la siguiente, y cuando el libro está abierto sabe ya de él lo bastante; se pone inmediatamente á redactar las cincuentas líneas exigidas. Con mucha frecuencia no habla del libro, sino de cualquier cosa á propósito del libro. Basta que se cite el título y el nombre del autor. Lo importante, en efecto, es la noticia de haberse puesto á la venta, que se procura dar antes que los demás periódicos; en cuanto á lo demás, al mérito real de la obra, su originalidad, su influencia futura,

importa poco. En estas condiciones, los críticos improvisados deberían contentarse con anunciar la aparición del volumen en dos líneas. La desdicha consiste en que no se ha llegado aún á este laconismo. Elogian ó censuran por razones particulares. Ninguno tiene un método. Acumulan monstruosidades, errores y mentiras. No hay nada más lamentable que este espectáculo que da la prensa cuando aparece una obra. No hay sandeces que dejen de decirse; y para tener una prueba del rebajamiento de la crítica en Francia, basta entonces con coleccionar los artículos publicados, leerlos y ver en todos ellos manifiesta la estupidez y la mala fe.

»El temor de aburrir, lo repito, ha matado los estudios concienzudos. Se acostumbra al público á leer un periódico de prisa. Se traga los sucesos pequeños, pero los artículos de tres columnas no pasan. ¿Se quiere que un hombre que vive nuestra alocada vida tenga tiempo de leer un artículo serio? Además, necesitaría reflexionar, hacer un esfuerzo de inteligencia, y sería desastroso. Así es que se le presentan lugares comunes, ideas usadas ya, que entran fácilmente en el cerebro. El entusiasmo, la fe literaria, todo lo que conmueve, desarregla la digestión. Lo más cómodo es ir á la ventura, diciendo ayer

que es negro y hoy que es blanco, halagando á la multitud por repetir lo que ella dice. De aquí un galimatías espantoso. Desafío yo al día siguiente de un estreno, por ejemplo, á que se lean cinco ó seis noticias acerca de la obra nueva, sin que la náusea llegue á la garganta.

»Hablad de esta situación á un director de periódico. Os contestará que necesita estar bien con el público. No tiene encargo de la curación de almas, y cuida, ante todo la prosperidad de un negocio comercial. El público quiere noticias, y se le ceba de noticias. Padece con ello la literatura, es indudable; pero ¿qué remedio tiene? Según el sistema nuevo, un periódico debe fabricarse en algunas horas, á medida que las noticias van llega[illegible]sl, muchos periódicos que se tiran por la noche dan el análisis de las comedias nuevas al día siguiente de su primera representación; de manera que el redactor encargado de los teatros vése obligado á salir de ellos antes del últi[illegible] acto, corriendo á amasar su pedacito de artículo, mientras que las máquinas esperan. Pregunto yo ahora: ¿qué apreciación puede hacer sobre todo, aunque su artículo esté escrito en parte desde la víspera, al salir del ensayo general? Es imposible ser justo en estas condiciones. La crítica se empequeñece hasta

adoptar la forma de un simple prospecto, redactado casi siempre en mal francés.

»Los únicos artículos que toleran los periódicos noticieros son los que se fabrican con extractos de las obras nuevas. Ciertos redactores se procuran los libros antes de que se pongan á la venta y recortan de ellos los párrafos más interesantes. Añaden algunas líneas para unirlos, y sirven esto al público, lisonjeándose de ser los que dan estas primicias. Es una redacción que sale muy barata. Además, entra en el sistema de la indiscreción, que tiene muchos prosélitos. El rey público queda encantado. No se le impone ninguna opinión; se le evita hasta el trabajo de leer un libro entero; porque en leyendo estos extractos, conocerá la obra lo suficiente para hablar de ella, sin darse mayor molestia. El periodismo moderno está basado en la pereza y la vanidad del vulgo.

»Y esta situación se halla tan bien cimentada, que los autores hábiles no solicitan nunca un estudio en los periódicos amigos. Prefieren, bajo todos conceptos, que un cronista hable de sus obras intercalando la crónica entre una anécdota acerca de la linda Z*** de los Bufos y un escándalo financiero ó un proceso célebre. En este sitio, por lo menos, tienen la seguridad

de que todo París leerá el reclamo; porque por mucho que se quieran extractar los artículos críticos, el lector omite el leerlos, pásalos por alto, reprimiendo un bostezo. De este modo, los cronistas han pasado á ser los críticos más influyentes: sólo ellos consiguen vender algunos centenares de ejemplares. Tienen una influencia superior á la del mismo M. Taine. Cuando intercalan un chiste acerca de una obra, la edición se agota; y esto es profundamente triste. El talento no se discute. El escándalo reina como un monarca absoluto.

»Que no se me acuse de ver las cosas de un color muy negro. Los diarios noticieros son agentes de perversión literaria. El daño es tal, que ha concluído por contagiar á los periódicos serios. No hay una publicación que no esté epidemiada. Sin duda que en la prensa francesa contamos todavía con algunos órganos que conservan su antigua dignidad. Pero estudiad á estos mismos de cerca y despacio, y veréis que ya el enemigo está dentro de la plaza. Los periódicos más venerables han querido rejuvenecerse: han dado amplitud á las noticias, han creado una crónica. Luego, cada vez con mayor rareza, arriesgan trabajos de mucho aliento: la literatura llega á ser para ellos, como para todos,

un estorbo, que conservan únicamente para no romper de una manera brusca con sus tradiciones.

»Tal es, pues, la situación. La literatura estorba. El libro, sobre todo, es un espantajo. En los periódicos callejeros, por ejemplo, raramente se encuentra un estudio crítico: apenas si de vez en cuando se desliza un reclamo en una crónica ó en los *Ecos de París*. Si elijo un periódico que se califica como serio, *Le Temps*, la indiferencia por las letras es, en resumen, la misma. Se pasan quince ó veinte días sin que publique un artículo literario. La política lo invade todo; y no sólo la política, sino la Bolsa, los tribunales, los boletines meteorológicos, etc. Sólo el libro se desdeña. Los teatros consiguen mejor parte: un sainete preocupa más á la prensa que una novela. Esto depende de que el teatro tiene aspectos que no son literarios. Los cronistas dramáticos tienen, para amenizar sus artículos, las aventuras de las cómicas, las indiscreciones de bastidores, todo el barullo de esa gentecilla de la escena que hace tanto ruido. Jamás se cansa el público de que se le hable del teatro: este es el secreto. Si se condena al libro, si se le trata de intruso, es porque tiene la desgracia de no ser un pilluelo y de que no hay en él faldas, como se dice.

»Resumiendo: acuso á la prensa diaria de ser la gran culpable del rebajamiento de la crítica. Es imposible, en medio de este tropel de periódicos, tener tiempo para escribir ni para leer un estudio serio. Lo peor es que los lectores se acostumbran á este régimen, y cada vez saben leer menos. Sin embargo, si el periodismo actual explica la extraña cacofonía de las opiniones literarias, no trato de llevar las cosas al extremo de decir que impida la venida de un crítico verdadero. Creo que lo que falta es el hombre. Si se produjera, se haría escuchar pronto, á pesar de las circunstancias desfavorables, en medio de los balbuceos de todos esos *reporters* que se meten á juzgar á los escritores y á sus obras.»

Hasta aquí la opinión de Zola. Traslado á la crítica actual de España y á la prensa española.

Tratando luego de la campaña emprendida por la prensa en contra de ciertos géneros literarios, escribe el eminente y batallador crítico lo que sigue:

«En verdad que nuestros padres tenían más amplitud y tolerancia. ¿No os asombra esa brusca cruzada de la prensa contra lo que llama obscenidad á boca llena? Lo acaba de descubrir; la obscenidad es hoy día el peligro; la sociedad está perdida si no se hace una guerra á muerte

á la literatura obscena. Pero, ¿dónde diablos veis esta obscenidad? Antes al contrario, nos morimos por la falsa virtud y el pudor fingido. En este momento del siglo, en el punto á que hemos llegado de la evolución científica, cuando tan poderosos agentes trabajan los pueblos y los transforman, hacer la guerra á un pobre periodiquito (el *Gil Blas)* y declarar que sus cuentos picarescos nos ponen en peligro, eso me parece tan ridículo y tan imbécil como si un mecánico, en una locomotora lanzada á todo vapor, se volviera loco y creyera que descarrilaba el tren al ver de pronto una pulga saltando en su máquina.

»Sí, es cierto; nos morimos de tartufismo. Una nación es como una mujer que pasa por el cándido impudor de la infancia, la reserva de la juventud, y llega, por fin, á la rigidez hipócrita de la edad madura. Leed nuestra historia, y encontraréis con mucha claridad estas tres edades en nuestras costumbres y en nuestra literatura. No insistiré en lo respecto á las costumbres; el fondo vicioso está en ellas siempre, es la naturaleza humana en sí; pero según las épocas, hay más ó menos franqueza en la satisfacción de las necesidades naturales. Nuestros antepasados vivían mucho más al aire libre. Era una grosería triunfante de buen muchacho, ó, por lo menos, sus modalidades nos parecen así ahora, que nos afina una larga educación de pudor. Pero quiero detenerme particularmente en la literatura, la expresión escrita de las costumbres. Ved todo el siglo XV y todo el XVI: los asuntos son de libre elección, el escritor no retrocede nunca ante la palabra. Encuéntrase allí un idioma abundante, que no oculta nada del hombre, que llama á las cosas por su nombre, y esto hasta el extremo que sería imposible citar ciertas páginas de los autores más leídos de aquella época. En las obras dramáticas se encuentran los ejemplos más característicos de esta libertad; sabido es con qué cuidado se evita hoy en el teatro la menor palabra equívoca, por miedo á los silbidos; hace tres siglos, la comedia se tomaba todas las libertades, llevaba hasta su fin los encuentros amorosos, sin perdonar los actos ni las palabras. Era, volviendo á repetir mi comparación, el cándido impudor de la infancia en nuestra sociedad que nacía. Luego vino la reserva de la juventud con el siglo de Luis XIV. Molière tiene todavía á veces una franqueza y una claridad de lenguaje que nos sorprenden hoy; pero las cosas no van más allá de la palabra, y aun ésta escasea y se tolera únicamente en el género cómico. Llega después el

siglo XVIII, tan refinado de vicios, tan enredado en la elegancia y gracia de la frase, y cuya retórica tan bonitamente descubre las desnudeces; la hipocresía de la edad madura empieza, y con ella la ciencia de permitírsele todo en estilo estudiado y expurgado. Y llegamos así á nuestra época de protestantismo, al pudor exagerado de las solteronas que se tapan el pelo. Las palabras nos asustan mucho más que las cosas. Estamos como esas gentes cansadas de vivir, podridas de crápula, viendo una alusión y un ataque personal en toda palabra franca y enérgica. Los borrachos no hablan nunca del vino y no quieren oir hablar delante de ellos.

»Una reflexión que me ha detenido mucho es la de que el romanticismo, en sus audacias de idioma, siempre retrocedió ante la palabra propia. Puesto que tenía la pretensión de reanudarse con el siglo XVI, saltando por encima del largo período clásico, de remontarse al genio nacional, de recoger en su origen el ardor y la riqueza del antiguo idioma, ¿por qué se contentó con el relumbrón, con la frase lírica y relumbrante, con ese torrente de símiles que se desborda en los poetas, sin apropiarse jamás la palabra adecuada, la franqueza y la fuerte sencillez de la expresión? Sencillamente porque el

romanticismo, á pesar de sus modales de mosquetero y su anunciado horror al burgués, no es, en resumen, más que un hijo de nuestra edad, pudibundo y miedoso. Ha visto al siglo XVI en plena leyenda de melodrama, nos lo ha servido en una mascarada de carnaval, no yendo más allá de la audacia del disfraz, no preocupándose de penetrar bajo la carne, y darnos esa hermosa infancia de nuestra sociedad, tan libre y tan viril. En mi opinión, el romanticismo ha expurgado el siglo XVI poniéndolo al uso de las lectoras y espectadores de 1830. Era demasiado fantástico para poder asimilarse las verdades y energías del idioma. Teófilo Gauthier no hizo más que protestar contra la hipocresía literaria en el famoso prefacio de *Mademoiselle de Maupin;* personalmente refinó mucho más la metáfora y perífrasis, sin atreverse á resucitar las palabras de nuestros antiguos autores. Para que se hiciera este ensayo, para que un novelista se atreviera á procurar devolver á nuestro idioma algo de su aspecto viril, tan trabajado y afeminado hoy, era preciso esperar á que el movimiento naturalista se produjera, y que diese á los escritores la verdad como base y el método como herramienta.

»Sería un estudio muy interesante el de esta

larga educación del pudor. Hemos llegado á limitar todo el pudor á un punto; y cuando se tapa este punto, ó simplemente se guarda silencio acerca de él, todo va bien, la moral se ha salvado. Esto recuerda la estupidez del avestruz, que se cree invisible en cuanto mete la cabeza detrás de un guijarro. Nosotros ocultamos el sexo; basta con una hoja de parra, y á veces con una oblea; desde este instante, desde que el sexo queda suprimido, podemos enseñarlo todo: las flaquezas de nuestros miembros, las llagas del pecho, los granos del rostro. Se miente, se roba, se mata á cara descubierta; pero si se llegase á amar al aire libre, le silbarían y apedrearían al infeliz. ¿Cómo es que el hombre ha ido á refugiarse á semejante sitio?

»¿Cómo es que un novelista, que puede narrar un asesinato en sus circunstancias más horribles, no ha de poder pintar el ayuntamiento de dos esposos sin ser entregado á la repulsión de los hombres honrados y á la severidad de la justicia? ¿Es, pues, más culto el asesinato y menos vergonzoso que el acto de la generación? ¿Es, pues, más decente matar á un ser que crearlo? En absoluto, no lo comprendo. Notad que la antigüedad, los pueblos niños, desarrollados al sol, paseaban en procesión falos y los besaban

con devoción. Fué precisa la idea cristiana de la indignidad del cuerpo para convertir en vergonzoso el cuerpo y colocar la perfección moral en la castidad. El hombre no ha sido creado, según ella, para reproducirse, sino para morir. Se predicó la muerte en todo, se pusieron la felicidad y el poder fuera del mundo. De aquí nuestras generaciones que tiritan, que se ocultan, que consienten todavía en comer en público, pero que públicamente no se reproducen; que han hecho, en fin, de los órganos que perpetúan la raza, una vergüenza, de la que no se puede hablar, por más que se abuse de ellos hasta la ruina y muerte. No tengo el propósito de filosofar, de investigar si el pudor es un sentimiento natural ó un sentimiento de educación. Me asombro, y deploro sencillamente como escritor, de que el estudio del sexo, entendido en sus verdades fisiológicas, nos esté vedado como una basura casi infamante.

»Otro hecho que me sorprende á menudo es la influencia cada vez mayor del protestantismo en nuestras costumbres, en política y en literatura. Los doctrinarios, los dogmáticos, los pudibundos, no son más que protestantes más ó menos declarados; y aquí tenemos un ejemplo muy característico de una secta que á su nacimiento

nos hizo avanzar un paso hacia la libertad y la verdad, pero que desde esta época se ha convertido en un terrible obstáculo á nuestra marcha, cerrando el camino y empeñándose en una inmovilidad completa. Hoy los protestantes, esos revolucionarios, esos liberales de otro tiempo, son los peores reaccionarios que yo conozco, hundiéndose en el dogma como guardacantones, llamándose los únicos poseedores del bien y de la verdad, tapándose los ojos y los oídos ante las nuevas soluciones de las ciencias. Por otra parte, este es el destino de todas las religiones: empiezan por un grito de libertad, y se ponen rígidos en seguida fatalmente con la negación de lo que puede moverlos. Sólo la ciencia marcha desde lo conocido á lo desconocido, sólo ella es bastante amplia para corregir sin cesar sus errores y acrecentarse con todas las verdades nuevas.»

Estas apreciaciones de la moral francesa vienen también como anillo al dedo á la naciente moral española.

EDUARDO LOPEZ BAGO.

OBRAS PUBLICADAS

POR EL

COSMOS EDITORIAL

QUE ADMINISTRA ESTA CASA

DELPIT.—**Desaparecido.**—Versión castellana.—Un tomo: en rústica, 3 pesetas; en tela, 3,50.

Como en la vida.—Versión castellana.—Un tomo de 385 páginas: en rústica, 3 pesetas; en tela, 3,50.

Las dos á un tiempo.—(Una sociedad que acaba.)—Versión castellana.—Uu tomo: en rústica, 3 pesetas; en tela, 3,50.

Cadena rota.—Versión castellana.—Un tomo: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

Las represalias de la vida.—Versión castellana de Miguel Bala.—Un tomo en 8.° mayor, de 415 páginas; en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

¡Toda corazón!—Versión castellana.—Un tomo de 400 páginas: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

GAUTIER (TEÓFILO).—**Fortunio.—La muerta enamorada.**—Versión española de un aprendiz de estilista.—Un tomo: en rústica, 2,50; en tela, 3.

Novelas cortas.—(El vellocino de oro.—El nido de ruiseñores.—Una noche de Cleopatra.—El perrito de la marquesa.—El rey Candaule.—La cadena de oro.)—Versión castellana de un aprendiz de estilista.—Un tomo en 8.° mayor, de 332 páginas; en rústica, 2,50; en tela, 3.

LOTI (PIERRE).—**Aziyadé.**—Versión castellana: un tomo en 8.° mayor, de 295 páginas; en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

El casamiento de Loti.—Versión castellana de Miguel Bala.—Un tomo: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

MEROUVEL (CHARLES).—**¡Maldita!**—Versión castellana de Julián Morón y Antón.—Dos tomos con cerca de 1.400 páginas, 8 pesetas.

Diana de Briolles.—Versión castellana.—Un tomo: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

La condesa Elena.—Versión castellana.—Dos tomos en 8.° mayor, de 615 páginas entre los dos; en rústica, 5 pesetas; en tela, 6.

El pecado de la generala.—Versión castellana.—Un tomo: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

Una noche de bodas.—Versión castellana.—Un tomo: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

¡Abandonada!—Versión castellana.—Dos tomos en 8.° mayor, de cerca de 850 páginas entre los dos; en rústica, 5 pesetas; en tela, 6.

La señorita Juana.—Versión castellana.—Un tomo en 8.° mayor, de 450 páginas; en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

La confesión de un noble.—Versión castellana.—Un tomo: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

Odio y amor.—Versión castellana.—Dos tomos muy voluminosos, en 8.° mayor, de 1.038 paginas entre los dos; en rústica, 6 pesetas; en tela, 7.

El loco de Quimper *(Femme de Chambre).*—Versión castellana.—Un tomo de cerca de 350 páginas: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

Todo menos el honor *(La maitresse de M. le ministre).*—Versión castellana.—Un tomo de cerca de 350 páginas: en rústica, 2,50; en tela, 3.

El marqués Gaetano.—Versión castellana.—Un tomo: en rústica, 2,50; en tela, 3.

La leyenda de Chevagnes *(Les tremor).*—Versión castellana.—Dos tomos en 8.° mayor, de cerca de 800 páginas entre los dos; en rústica, 5 pesetas; en tela, 6.

Flor de Córcega.—Versión castellana.—Un tomo de 370 páginas: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

Los hijos del crimen *(La fille sans nom).*—Versión castellana.—Tres tomos con cerca de 1.000 páginas entre los tres: en rústica, 6,50 pesetas; en tela, 7.

Los últimos Kerendal.—Dos tomos: en rústica, 5 pesetas; en tela, 6.

Amores que matan.—Versión castellana de Angel Bala.—Dos tomos en 8.° mayor, de cerca de 900 páginas entre los dos; en rústica, 6 pesetas; en tela, 7.

La virgen de Marinae *(Le Roi Milliard).*—Dos tomos: en rústica, 5 pesetas; en tela, 6.

El honor ó la vida.—Dos tomos de más de 660 páginas entre los dos: en rústica, 5 pesetas; en tela, 6.

Por una mirada.—Un tomo en 8.° mayor: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

El collar del Rajah.—Un tomo en 8.° mayor en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

Matrimonios convencidos *(Dos á dos).*—Un tomo en 8.° mayor: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

Ricos y pobres.—Dos tomos de más de 1.000

páginas entre los dos: en rústica, 6 pesetas; en tela, 7.

El doctor Mont Dore.—Un tomo en 8.° mayor: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

Boca negra.—Dos tomos: en rústica, 5 pesetas; en tela, 6.

Fiebre de oro.—Tres tomos: en rústica, 9 pesetas; en tela, 10,50.

SALES (PIERRE).—**La venganza de un noble.**—Versión castellana de Julián Morón y Antón.—Tres tomos: en rústica, 6 pesetas; en tela, 7,50.

Lindo Page.—Versión castellana de Alab y Rónmo.—Un tomo: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.

La herencia del condenado.—Dos tomos de cerca de 700 págs.: en rústica, 6 pesetas; en tela, 7.

Milagro de amor.—Un tomo: en rústica, 2,50 pesetas; en tela, 3.